



AÑO II.

NUM. XX.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

AGOSTO—1890

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1890

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es in-
dispensable el permiso del Director de
LA ESPAÑA MODERNA.*

Sección Extranjera.

BALZAC

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

LA COMEDIA HUMANA es como una torre de Babel, que no ha tenido tiempo de concluir, ni jamás lo hubiera tenido, la mano del arquitecto. Trozos de muralla hay que amenazan caerse de viejos y obstruir el suelo con sus escombros. El obrero ha hecho uso de cuantos materiales ha tenido á mano: yeso, argamasa, piedra, mármol, hasta arena y fango de los fosos. Y con esos materiales, muchas veces cogidos al azar, sus rudos brazos han levantado el edificio, la torre gigantesca, sin preocuparse gran cosa de la armonía de las líneas, del equilibrio de las proporciones de la obra. Creemos oirlo anhelante en su cantera, tallando los sillares á descomunales martillazos, burlándose de la gracia y finura de las aristas. Creemos verlo subir pesadamente por los andamiajes, enjaretando aquí una gran muralla desnuda y rugosa, alineando más lejos columnatas de una serena majestad, abriendo á su capricho los pórticos y los huecos, olvidando á veces tramos enteros de escalera, mezclando con la inconsciencia y el poder del genio lo grandioso y lo vulgar, lo exquisito y lo bárbaro, lo excelente y lo pésimo.

Á estas horas yace el edificio sin rematar, perfilando su masa monstruosa en el cielo despejado. Es una aglomeración de palacios y de tugurios, uno de esos monumentos ciclópeos que soñamos, llenos de espléndidos salones y de escondrijos afrentosos, cortado por anchos paseos y por angostos pasillos donde hay que andar á rastras. Acumúlanse unos sobre otros, elevándose y aplastándose, pisos de diversos estilos. De pronto nos encontramos en un cuarto; sin saber cómo hemos subido hasta él, ni cómo volveremos á bajar. Andamos de continuo; nos perdemos cien veces; á cada paso tropezamos con nuevas miserias y nuevos esplendores. ¿Es un sitio sospechoso? ¿Es un templo? Vacila uno en decirlo. Es un mundo, un mundo de creación humana, hecho por un albañil prodigioso, que tenía sus momentos de artista.

Por fuera—ya lo he dicho—es una Babel, es la torre de mil arquitecturas, la torre de yeso y de mármol, que quiso levantar hasta el cielo el orgullo de un hombre, cuando hay ya por el suelo fragmentos de muralla. En esa serie de pisos superpuestos se han abierto negros agujeros; aquí y allí ha desaparecido un esquinazo; han bastado las lluvias de unos cuantos inviernos para desmoronar el yeso que con harta frecuencia empleó la mano precipitada del obrero. Pero todo el mármol queda en pie; intactas se encuentran todas las columnatas, intactos todos los frisos, que el tiempo ha engrandecido y blanqueado. Con tal instinto de lo grande y de lo eterno se ha construido la torre, que la armazón del edificio parece deber conservarse íntegra por siempre; podrán desplomarse trozos de muro, podrá haber suelos que se hundan, podrá haber escaleras que se rompan; las hiladas de sillares resistirán constantemente; la gran torre se alzará tan erguida, tan alta como antes, apoyada en los

amplios pedestales de sus gigantescas columnas; poco á poco irá desapareciendo todo lo que es barro y arena, y ese día aún surgirá en el horizonte el esqueleto de mármol del monumento, como el inmenso y recortado perfil de una ciudad. Aun en un porvenir lejano, si algún viento terrible, que arrebatase nuestra lengua y nuestra civilización, desplomara al suelo la armadura del edificio, los escombros formarían tal montaña, que ningún pueblo podría pasar por delante de la mole sin decir: «Ahí duermen las ruinas de un mundo».

I.

Balzac nació en Tours el 16 de Mayo de 1799, y pasó siete años en el colegio de Vendôme, que estaba entonces muy en boga. No fué de niño un prodigio, como Víctor Hugo. Al revés, sus profesores lo tenían por una inteligencia mediana, torpe y perezosa. La verdad es que aquella cabeza de ojos entornados y expresión distraída, estaba hondamente trabajada. Cuando por su indolencia lo encerraban en el calabozo, devoraba en secreto los libros que caían en sus manos. Lo atormentaba la pasión de la lectura y revolvía un mundo de ideas, tan complejo para su edad, que cayó enfermo. Nadie adivinó la causa de su dolencia; lo mandaron á su casa, y asistió á las clases del colegio de Tours. La familia, por su parte, tenía de él muy pobre idea, y se reía de las primeras ambiciones que lo aguijaban. Hacia fines de 1814 fué con sus padres á París, donde acabó sus estudios, sin brillantez, como siempre. Fué sucesivamente pasante de notario y de abogado; pero su temperamento repugnaba la faramalla curialesca, y acabó por conseguir autorización de

su padre para probar fortuna en la carrera de las letras. Su familia cedía muy á regañadientes; no le concedía más que un año de prueba, señalándole entretanto una mensualidad, hábilmente calculada para que no se muriera de hambre y abominase la vida de las buhardillas. Finalmente, para evitarle la vergüenza de un fracaso, seguro á sus ojos, los padres le habían exigido que el ensayo se realizase en secreto, y que, aun á los amigos íntimos, se les hiciese creer que Honorato estaba con un primo en Montauban.

Helo, pues, en París, en un chiribitil de la calle de Lesdiguières, libre de soñar y de escribir á sus anchas. Primero quiso producir para la escena, y zurció con las mayores fatigas una tragedia en cinco actos, *Cromwell*, que la familia y los amigos reunidos, en cuya presencia se leyó, juzgaron de lo más mediano. Estimada suficiente y decisiva la prueba, tuvo que volverse á su casa. Á pesar de todo, siguió escribiendo. Entonces fué cuando produjo esa infinidad de novelas de pacotilla, de que nunca quiso reconocerse padre. Cuarenta volúmenes publicó bajo pseudónimos en cinco años. Se estremecía bajo el peso de aquella tarea odiosa; su genio se agitaba sordamente, y le hacía encontrar abominable semejante empleo de su tiempo. Si hubiese tenido entonces una pensión de mil quinientos francos, se hubiera librado probablemente de los apuros que lo abrumaron toda la vida. Para sustraerse á la dependencia en que vivía en la casa paterna, se decidió á probar suerte en el comercio; compró una imprenta, y publicó ediciones económicas de La Fontaine y de Molière. Tenía á la sazón veinticinco años. La empresa fué desastrosa. Como la familia se negó á ayudarlo á salir del aprieto, tuvo que retirarse con un pasivo bastante considerable: tal fué el principio de las

deudas que tan terriblemente pesaron sobre toda su vida. En 1827 volvió á encontrarse en París, en medio del arroyo, abandonado de todos, sin un sueldo, ni más que su pluma para vivir y pagar las deudas. Entonces empezó la lucha sin tregua que sostuvo hasta su muerte. No hay héroe que pueda alabarse de haber realizado tanto prodigio de voluntad y de valor.

Balzac tenía veintinueve años. Fijó su domicilio en la calle de Tournon. Todos sus allegados le tenían lástima, y criticaban acerbamente sus menores acciones. Hay que figurárselo en su cuartito, sin contar con nadie que tuviese fe en él, y juzgado por sus mismos padres como una cabeza destornillada, incapaz de crearse una buena posición. Entonces fué cuando escribió los *Chuanes*, la primer novela que firmó. Como siempre sucede, la prensa fué benévola al pronto con aquel desconocido; todavía no estorbaba á nadie, y conservaba la modestia del principiante. Pero pronto cambiaron las cosas; desde las siguientes novelas, toda la crítica se desencadenó contra él: se empeñó la lucha; lo arrastraban por el lodo á cada nuevo libro que publicaba. Más tarde la pintura que hizo del mundo de los periodistas en las *Ilusiones perdidas*, acabó de malquistarlo con los periódicos; y á pesar de las obras maestras que lanzaba desdeñosamente á la publicidad en respuesta á todos los ataques, puede decirse que murió sin haber triunfado. Se le hizo la apoteosis en la tumba.

No he de entrar en el pormenor de una vida sencillísima y conocida de todos. Se sabe que vivió sucesivamente en la calle Tournon, en la calle Cassini, en la de las Batallas, en las Jardies, en la calle Baja, en Passy, y por último, en Beaujon, en la casa donde ha muerto. Se sabe que su existencia entera quedó prendida en la red

de las deudas; que se revolvía en una maraña de pagarés y renovaciones de pagarés, explotado por usureros, hundiéndose más á cada hora, y haciendo milagros de trabajo sin conseguir salvarse. Toda su vida fué una labor de titán. Tenía á veces lados ocultos. Huía á ratos de sus amigos más íntimos; era de una discreción feroz sobre el capítulo de mujeres. También desaparecía á menudo: se iba de viaje sin avisar á nadie. Si colocaba la acción de una de sus novelas en una ciudad que no conocía, tenía irremisiblemente que visitarla, y así ha recorrido casi toda Francia. Además, se lanzaba á mayores aventuras: iba á Saboya, á Cerdeña, á Córcega, á Alemania, á Italia, á Rusia. Por supuesto, no paraba su incesante producir durante los viajes; trabajaba en todas partes; bastábale la esquina de una mesa. No se destaca ningún gran hecho en la existencia de este obrero poderoso. Se tiene á Balzac entero, cuando se añade que no había muerto en él completamente el hombre de negocios, y que con frecuencia ejercitaba su imaginación de novelista en el dominio de los inventos y de las empresas: así ideó la fabricación de un nuevo papel para la impresión de sus obras; así pensó en sacar partido de las escorias que dejaron los romanos en Cerdeña, fundándose en que los procedimientos de la metalurgia eran muy defectuosos en la antigüedad. En aquel cerebro siempre activo nacían sin cesar proyectos sorprendentes. También quiso ser hombre político, y fracasó. Felizmente para la gloria de las letras francesas, tuvo que reducirse á ser un simple novelista, y gastar su genio en las obras que la necesidad le hacía dar á luz tan dolorosamente.

La novela de su vida fué su matrimonio con la condesa Hanska. Conoció á esa dama estando casada, y la amaba hacía diez y seis años, cuando al fin contrajo ma-

trimonio con ella poco antes de su muerte. Al celebrarse el enlace en Rusia, él estaba ya herido por la enfermedad del corazón de que debía morir; no volvió á Francia más que para espirar. Hoy su correspondencia da pormenores muy interesantes sobre esa unión, que había proyectado y contraído en el más absoluto misterio. Presentaré aquí un Balzac íntimo, de una prudencia y de una ambición asaz singulares.

Bastarán estos pocos detalles biográficos para dispensarme de explicaciones complicadas á cada fragmento que cite de las cartas de Balzac. De esa suerte no habrá vacíos demasiado grandes en mi análisis. Por lo demás, no intento dar más que un simple resumen de la correspondencia. He leído la colección con el mayor detenimiento, fijándome sobre todo en las cartas que proyectaban una luz nueva sobre Balzac, ó que aclaraban, por lo menos, los grandes lados de su vida. Toda mi tarea va á consistir en agrupar las cartas que se refieren á los mismos hechos, y presentar así al Balzac íntimo, al verdadero Balzac, el gran corazón y el gran cerebro, que no conocíamos aún enteramente. Hoy, por cima de esa torre ciclópea, por cima de ese monumento de que he hablado y que permanecerá en pie al través de los siglos, hay que levantar su estatua, la estatua del genio heroico y laborioso.

II.

Por lo común, se hace un flaco servicio á los hombres ilustres, cuando se publica su correspondencia. Allí aparecen casi siempre egoistas y fríos, calculadores y vanidosos. Se ve al gran hombre de bata, sin la corona

de laurel, ni la prosopopeya oficial; y con frecuencia ese hombre es mezquino, á veces malo. Nada de eso ha acaecido con Balzac. Al contrario, su correspondencia lo agranda. Se ha podido registrar sus cajones y publicarlo todo, sin hacerle bajar una pulgada. Sale realmente más simpático y más grande de esa terrible prueba.

Pero lo que hay que poner por delante de todo es su bondad y su alegría. Era bueno y era alegre,—cualidades bien raras en este terrible oficio de las letras, que tan pronto agría y entristece á los mejores.—Cosa más sorprendente aún: conservó hasta la muerte su risa de niño y la ternura de su corazón, en medio de las preocupaciones más persistentes por que un hombre puede pasar. No era un secreto la serenidad de su alma; pero se ignoraba lo amplio y lo apacible que era aquel espíritu. Es una verdadera revelación encontrar en ese gigante, en esa superior inteligencia, un alma tan calurosa, un humor tan igual. Evidentemente tenía una salud moral robusta, un soberbio temple de fuerza, de paz y de amor. Su corazón debió ser tan grande como su cerebro. Para mí, eso lo domina todo, y hace de él un hombre aparte.

Las primeras cartas, escritas, cuando tenía veinte años, á su hermana Laura, en la buhardilla de la calle de Lesdiguières, encantan por lo animadas y afectuosas. Ya se siente á ese adorable gramático de los *Contes drôlatiques*, que inventa palabras, que descubre giros, que rompe á escribir en un estilo de una vida y de una facundia extraordinarias. Escucháis verdaderas carcajadas, humedecidas por una lágrima de ternura. «¡Laura! ¡cara Laura! ¡cuánto te quiero! ¿Cómo es que no puede sacarse de la prisión el *Tácito* de papá? Mira que yo fío en ti, que eres fina como un coral, para escamotearlo en beneficio de tu hermano....» (París Octubre de 1819.)

Y más adelante: «Señorita Laura, ahueco la voz y me pongo el alzacuello y el bonete de hermano mayor, para reñir á V. ¡Cómo, infame! Á propósito de la amable señorita del segundo, me recuerdas la del Jardín de Plantas. ¡Quítese V. de mi presencia! Eso está muy feo, señorita. No me bromeo, Laura, hablo en serio. Si se leyese tu carta, por casualidad, me tomarían por un Richelieu que ama á treinta y seis mujeres á la vez. No tengo estómago tan grande, y, excepto vosotros, á quienes quiero hasta la idolatría, no profeso verdadero amor á la vez más que á una sola persona. ¡Esta Laura! Querría verme hecho un Don Juan; y ¿por qué? vamos á ver: ¿por qué? ¡Todavía si yo fuese un Adonis!....» (París 30 de Octubre de 1819.) Luego viene la nota soñadora: «¡Veo ahora por experiencia que la riqueza no constituye la felicidad, y el tiempo que pase aquí será para mí un manantial de dulces recuerdos! ¡Vivir á mi capricho, trabajar á mi modo y á mi gusto, no hacer nada si me place, dormirme soñando en el porvenir que fantaseo, pensar en vosotros sabiendo que sois felices, tener por amante la Julia de Rousseau, á La Fontaine y á Molière por amigos, á Racine por maestro, y por paseo el Père-Lachaise!.... Te dejo para ir al Père-Lachaise á hacer estudios de dolores como tú hacías estudios de modelos anatómicos. He abandonado el Jardín de Plantas, porque era demasiado triste.... Heme aquí de vuelta del Père-Lachaise, donde he rumiado magníficas é inspiradoras reflexiones. Decididamente no hay epitafios tan hermosos como éstos: *La Fontaine, Massena, Molière*: un solo nombre que lo dice todo, y hace meditar.» (París, 1820.) Y firma: «El miserias de tu hermano».

Todo Balzac estaba ya en esas cartas de la juventud, de que yo no puedo hacer más que entresacar algunas

frases. Se oye su risa poderosa, y posee ya el estilo, que tanto ha buscado más tarde, perturbado por las magnificencias románticas de Víctor Hugo, sin apercibirse de que él mismo traía herramientas de un raro poder. Quiero citar otros dos ejemplos de su hermosa alegría. Habla de lord R'hoone, uno de los pseudónimos ingleses que había adoptado para firmar sus primeras novelas. «Querida hermana: me voy á trabajar como el caballo de Enrique IV antes de que fuese de bronce, y este año cuento ganar los veinte mil francos, que han de ser el principio de mi fortuna.... Dentro de poco lord R'hoone será el hombre de moda, el autor más fecundo, más amable, y las damas lo querrán como á las niñas de sus ojos. Entonces el fachendoso de Honorato saldrá en coche con la cabeza alta, la mirada arrogante, y el bolsillo repleto; al acercarse, se levantará ese murmullo lisonjero de un público idólatra, y se dirá: «Es el hermano» de Mad. Surville.» Entonces los hombres, las mujeres, los niños y los renacuajos saltarán de júbilo.... Y tendré infinidad de buenos partidos.... En esa previsión economizo para disponer de qué echar mano en caso de necesidad. Desde ayer he renunciado á las ricas herederas, y me decido por las viudas de treinta años. Expide todas las que encuentres «á lord R'hoone, París.» Con eso basta. ¡Es conocido en las afueras!—*Nota.* Envíalas francas de porte, sin rotura ni soldadura; que sean ricas, amables; en cuanto á guapas, no hay exigencias.... El barniz se va y el fondo del cacharro queda.» (Villeparisis, 1822.) Más tarde, en medio de sus luchas, por agobiado que se sintiese, á la menor circunstancia favorable volvía á sus labios la risa de niño. «Tengo buenas noticias que darté, hermanita: las revistas me lamen los pies, y me pagan más las páginas que en Enero. ¡Je, je!—Los lectores pican

tan bién en *El médico de aldea*, que Werdet está seguro de vender en una semana la edición en octavo, y en quince días la edición en dozavo. ¡Ja, ja!—En fin, tengo con que hacer frente á los vencimientos gordos de Noviembre y Diciembre, que tanto te preocupan. ¡Jo, jo! (París, Setiembre de 1835.) ¿No se cree oírlo riendo á mandíbula batiente y olvidándolo todo en medio de su sana alegría?

Y notad que era un mérito el que estuviese alegre. Sin hablar de la vida abominable que llevó, siempre estuvo atormentado por sus padres, que no lo comprendían. Su madre, sobre todo, á quien quiso con un amor sin límites, era de un carácter difícil que le hizo sufrir toda la vida. «Te diré muy en confianza que esa pobre madre tiende á volverse nerviosa, como abuelita, y quizá algo peor. Ayer la oí quejarse de nuevo, como abuelita; preocuparse del canario, como abuelita; pegarla con Laurencio y Honorato, como abuelita.... Supongo que eso te hará creerte en medio de nosotros mejor que todas las descripciones del mundo. ¡Ay! ¿Cómo es que no se tiene un poco de indulgencia en la vida? ¿Cómo es que se busca en todo las cosas que pueden herir? Nadie quiere vivir en este buen rincón, como viviríamos papá, tú y yo....» (Villeparisis, Junio de 1821.)

Á cada instante se encuentran en la correspondencia testimonios de los tormentos que le causaba su familia. Citaré algunos ejemplos. He aquí una carta que os oprime, escrita á raíz de su catástrofe financiera, cuando se había refugiado en la calle de Tournon. Su familia residía entonces en Versalles. «Me echan en cara el arreglo de mi cuarto: ¡pero si los muebles que hay en él me pertenecían antes de la catástrofe! ¡No he comprado uno solo! Ese tapiz de percal azul que da tanto que decir, lo

tenía en mi cuarto de la imprenta ; lo clavamos Latouche y yo encima de un papel horrible que hubo que cambiar. Mis libros son mis útiles ; no puedo venderlos.... El porte de una carta ó un ómnibus son dispendios que no puedo permitirme , y me abstengo de salir por no gastar frac. ¿Hablo claro?.... No me obliguéis, pues, á hacer más viajes , diligencias, ni visitas, que me son imposibles ; no olvidéis que no poseo ya más fortuna que el tiempo y el trabajo, y que no tengo con qué hacer frente á los gastos más mínimos.... No pienses mal de mí, querida hermana ; si me dijese tal cosa, perdería la cabeza. Si mi padre estuviese enfermo, me avisarías, ¿verdad? Bien sabes tú que entonces no habría consideración humana que me impidiese ir á su lado.... Gracias, querido campeón, cuya voz generosa defiende mis intenciones. ¿Viviré bastante para pagar también las deudas del corazón?....» (París, 1827.) Y de continuo vuelve sobre esa idea de que, para él, el tiempo es dinero. «Paso grandes amarguras al verme objeto de perpetuas sospechas. Creo que mi carta debe responder á todo. No obstante, ¡soy bien desgraciado! Para ganar dinero, necesito la tranquilidad del claustro y paz. Cuando yo sea feliz, quizá se me haga justicia ; será demasiado tarde, porque yo no seré feliz más que muerto....» (París, 1829.) No podía profetizar mejor, porque debía llevar durante veinte años esa vida abominable.

Salto por cima de esos veinte años, para no multiplicar demasiado las citas sobre este punto subalterno, y llego al matrimonio de Balzac con la condesa Hanska. Se hallaba él entonces en el fondo de la Rusia Meridional, en Vierzschovnia, preparando esa unión en el más profundo misterio, cuando estuvo á punto de dar al traste con todo una carta de su madre, que había quedado en

París. Escribió á su hermana : «Preciso es que no hayas sabido esto, porque tú, que eres tan buena y tan conciliadora, lo hubieses impedido. ¡Escribirme una carta de la cual tenía que desprenderse para todo el que piensa que se trataba de un mal hijo ó de una madre exigente y quisquillosa!.... En fin, era la carta de una madre á un chiquillo de quince años que ha cometido alguna falta.... Esa carta tan inoportuna, en que mi pobre madre, no sólo no me dice una palabra cariñosa, sino que termina declarando que subordina su cariño á mi conducta (¡una madre dueña de amar ó no á un hijo como yo! ¡setenta y dos años de una parte; cincuenta de otra!), ha llegado en el momento en que yo encarecía los servicios de mi madre, en que hablaba de lo hacendosa que es, de lo mucho que trabaja á su edad, yendo en ferrocarril, etc., etc. En fin, yo había hecho comprender á la Condesa que era preciso que mi madre tuviese una doncella en Suresnes, que era preciso ocuparse de ella, hacerla feliz, cuando vino ese jarro de agua fría, en forma de carta, dos meses después de un cargo que yo hice á mi madre, y ¡ya sabes tú si era fundado!» (Vierzschnia, 22 de Marzo de 1849.)

Su matrimonio con la condesa Hanska fué para él, de todas suertes, un asunto magno, que trabajó, á lo que parece, con una táctica extraordinariamente hábil. Tengo la convicción de que él estaba profundamente enamorado; pero me sospecho que hasta en eso vió también una batalla, y dramatizó su enlace exagerando las pocas dificultades que encontró. En la carta de que acabo de citar un fragmento, hay frases singulares : «Más aún : mi madre miraba como una obligación mía escribir y responder á mis sobrinas, lo cual era una inversión de los principios elementales de la familia ; y haría falta que tú

supieses bien lo que son las personas entre quienes me encuentro para que comprendieses el mal efecto de esas frases». Y aún es más explícito el pasaje siguiente: «Madame Hanska es aquí rica, amada, considerada; no gasta nada, y duda ir á un sitio donde no ve más que disturbios, deudas, gastos y caras nuevas; ¡sus hijos tiemblan por ella! Une á esto la *carta digna y fría* de una madre que riñe á su chiquitín (¡cincuenta años!), y comprenderás que ante esas dudas insinuadas en punto á la felicidad y al porvenir, un hombre pundonoroso no tiene más remedio que marcharse, restituir la finca de la calle Fortunée á quien corresponde, volver á coger su pluma, é ir á esconderse en un agujero como el de Passy. Á los cuarenta y cinco años, las consideraciones de fortuna pesan con gravedad enorme en los platillos de la suerte». En fin, presenta su matrimonio á la hermana como la fortuna de toda la familia. «Hazte cargo, mi querida Laura, de que ninguno de nosotros ha arribado al puerto, como se dice; que, si en vez de verme obligado á trabajar para vivir, llegase á ser marido de una de las mujeres de más talento, de más alto nacimiento, de mejores relaciones de parentesco y de una fortuna sólida, aunque reducida, á pesar del deseo de esa mujer de encerrarse en su casa, y de no tener ningún género de relaciones, ni aun de familia, yo me hallaría en una situación mucho más favorable para seros útil á todos.... Vaya, Laura, en París es algo poder uno abrir sus salones cuando quiere y reunir en ellos una sociedad de lo más escogido, que encuentra allí una mujer cortés, imponente como una reina, de un nacimiento ilustre, aliada á las más grandes familias, de talento, instruida y bella; hay en todo eso un gran medio de dominación.»

Toda la carta merece leerse. Yo encuentro en ella

una novela entera, una de esas novelas profundamente humanas, como sabía desenterrarlas Balzac. Se llamaría: *El matrimonio de un gran hombre con una gran dama*. Ya, varias veces, había soñado Balzac salir de sus apuros pecuniarios mediante un rico matrimonio; de eso hay discretos vestigios en la correspondencia. Creo firmemente, repito, en la nobleza de los sentimientos de Balzac y de Mme. Hanska. Pero ¡qué triste es oír decir al gran novelista que en su familia nadie había arribado al puerto! Notad que había escrito todas sus obras maestras. Se cree traslucir, además, que la Condesa ponía como condición á su matrimonio no recibir á los parientes de su marido. Durante ese tiempo, la madre de Balzac estaba encargada del cuidado de la casa de la calle Fortunée en París, que él había embellecido, y que consideraba como un cebo para la condesa. Era toda una estrategia de gran general. Al leer, por ejemplo, lo siguiente ¿no se pensaría en Napoleón la víspera de Austerlitz? «Como yo sigo marchando por buen camino y con la vista puesta en el triunfo, di á mi madre que haga las cortinas de la alcoba y que les ponga los encajes que tiene. Dile también que saque á orear los tapices que hay en un cajón de la cómoda de la Reina.» Si se añade que, en medio de esa lucha suprema de su matrimonio, Balzac sufría ya los primeros ataques de la afección al corazón de que debía morir, y de que ha muerto sin gozar de su victoria, se tendrá, vuelvo á decirlo, una de las más hermosas y de las más tristes novelas que ha hecho. Trató el matrimonio como había tratado las deudas, como poderoso utopista, como lidiador que quería usar de ardid con las montañas, y acababa por cogerlas y trasportarlas.

Por otra parte, seguía siendo el más tierno y respe-

:

tuoso de los hijos. En cuanto se consumó su matrimonio, escribió á su madre : « Mi buena, mi querida y bien amada madre : Gracias á Dios, ayer á las siete de la mañana se celebró mi matrimonio en la iglesia de Santa Bárbara de Berdichef, bendiciéndolo un enviado del obispo de Fitomir.... Ahora somos dos á darte las gracias por lo bien que has cuidado de nuestra casa, como seremos dos á atestiguarle nuestro respetuoso cariño. Espero que gozarás de excelente salud. Te repito que no ahorres gastos de coche para disminuir el trabajo que te damos con nuestras cosas.... Hasta muy pronto. Recibe la expresión de mi respeto y de mi cariño filial.... Tu hijo sumiso....» (Vierzschovnia, 14 de Marzo de 1850.)

III.

Abordo ahora lo más grande y heroico que hay en la correspondencia : quiero hablar de la batalla sin descanso que libró Balzac contra las deudas mediante un trabajo encarnizado de todas las horas de su vida. No hay, en verdad, más hermoso espectáculo que el de ese luchador agotándose en esfuerzos sin cesar renacientes, y haciendo una labor como ningún hombre antes de él. Sin duda se conocen productores infatigables que han amontonado acaso más volúmenes que Balzac ; pero hay que acordarse de que él erigió su monumento en veinte años, y que sus obras son casi siempre de mármol y de bronce. Construir mucho y construir sólido, he ahí el prodigio.

En la correspondencia se ve en primer término al trabajador. Surge de todas las páginas ; llena esas trescientas ochenta y cuatro cartas. Desde la primera palabra

hasta la última, Balzac trabaja y produce. Es como una epopeya, un gigante visto en su fragua, sin tomarse una hora de reposo, machacando el hierro sin cesar, emborrachado por sus esfuerzos. Se sabía que el gran novelista era laborioso; pero ese grito continuo del obrero bregando con la fatiga, hace de la correspondencia una colección única, llena de la poesía de la acción. Jamás nos lo hubiéramos figurado tan poderoso. La roca que arrastraba era, á la verdad, para aplastar á cualquier otro que no fuese él.

Voy á tratar de presentarlo en plena batalla, porque no bastan los comentarios; hay que verlo y oirlo. Tomaré sólo algunas frases de cada carta para mostrar todas las fases del largo combate.

El combate empieza en la casa de los padres, cuando éstos le niegan la pequeña asignación que debía permitirle escribir á su albedrío. Chapuza malas novelas, y dice á su hermana: «Con mil quinientos francos asegurados podría labrar mi celebridad; pero hace falta tiempo para esos trabajos, y, ante todo, hay que vivir. No tengo, por consecuencia, más que este innoble medio de hacerme independiente (1). Haz, pues, gemir las prensas, mal autor (¡y nunca fué tan exacto el dicho!).» (Villeparisis, 1821.) Y esta otra frase, á un año de distancia: «¡Ah! Si yo tuviese mi pitanza, pronto haría mi jugada, y escribiría libros que viviesen quizá!» (Villaparis, 1822.) Pero la lucha no empieza realmente sino después de la catástrofe financiera. Necesitaba vivir de su solo trabajo, vivir, y pagar deudas muy gravosas. He aquí uno de sus primeros gritos de angustia dirigido á M. Dablin, un amigo á quien tuvo que pedir prestada una suma bas-

(1) De *independientizarme* (*m'indépendantiser*), dice Balzac, creando un verbo que no existe en francés ni en castellano. (N. del T.)

tante considerable: «Un hombre que desde hace quince años se levanta de noche todos los días, que nunca tiene bastante tiempo con el día ordinario, y que lucha contra todo, no puede ir á ver á sus amigos, como no va á ver á su amante; así he perdido muchos amigos y muchas amantes, sin lamentarlo, puesto que no comprendían mi situación. Por eso no me ha visto V. más que cuando se trataba de negocios. Siento que no me haya respondido á propósito de la fianza, porque cuanto más me muevo, más aumenta el trabajo, y yo no tengo la seguridad de poder resistir á este trabajo sin reposo.» (París, 1830.) Más explícita es aún la carta siguiente, dirigida á la duquesa de Abrantes: «¡Escribir! ¡No puedo! Es demasiado grande la fatiga. V. ignora lo que yo debía en 1828, sobre lo que poseía: no tenía más que la pluma para vivir y para pagar ciento veinte mil francos. Dentro de algunos meses lo habré pagado todo, y habré recibido y tendré arreglado mi pobre menaje; pero aún me quedan que pasar seis meses con todos los sinsabores de la miseria....» (París, 1831.)

Hay que notar esa esperanza de verse libre en el plazo de seis meses. Toda la vida estuvo Balzac esperando salir de ahogos al cabo de un lapso de tiempo relativamente breve; y toda la vida estuvieron cayendo sobre él deudas cada vez más abrumadoras. Vamos á verlo así varias veces: siempre vencedor, siempre vencido.

Una de sus mayores crisis parece que fué la del año 1832, cuando se retiró á Turena para huir de sus acreedores y trabajar más tranquilamente. Entonces escribía á su madre, que se ocupaba de sus asuntos en París. En esa serie de cartas aparece dando una embestida formidable. «Necesitaría, por lo menos, seis semanas de tranquilidad perfecta para entregarte los cuatro mil ocho-

cientos francos de las dos obras que voy á hacer.... Va ya para cuatro años que he tenido veinte veces el pensamiento de expatriarme.... Me pides que te escriba por extenso ; pero, pobre madre mía, ¿es que aún no sabes cómo vivo? Cuando puedo escribir, hago original ; cuando no hago original, pienso en él. No descanso nunca.... ¡Considera que tengo que hacer, que pensar, que escribir trescientas cuartillas de original para *La Batalla!* ¡que tengo que añadir cien cuartillas para las *Conversaciones!*, y que á diez cuartillas por día, suman tres meses, y á veinte, cuarenta y cinco días, y que es *físicamente* imposible escribir más de veinte, y que yo no pido sino cuarenta días, y que en esos cuarenta días tendré las pruebas de Gosselin.... Por mi deseo de que salgamos de apuros, haré lo imposible. Si quiere la suerte que pueda trabajar como los dos últimos días de San Fermín, *os salvaré....*» (Saché, Julio de 1832.) Todavía llega más al alma quizá la carta siguiente: «¿Qué quieres que te responda sobre el proveedor de forraje? ¡Santo Dios! Yo trabajo noche y día para hacer dinero y pagarle.... pero, como no tengo dinero hasta dentro de cuarenta días, no puedo hacer nada antes de ese plazo ; es una respuesta general, porque, á menos de venderlo todo por nada, y de quedarme en cueros como un San Juan, no veo otra manera de hacer dinero.... Esta mañana iba á acometer mi trabajo con coraje, cuando ha venido tu carta á desconcertarme por completo.... Te he dicho, con las lágrimas en los ojos y con el corazón oprimido, que era imposible que el original estuviese listo antes del 10 de Agosto, y el 10 de Agosto, ¿tendremos mil ochocientos francos? Mira si puedes arreglarlo todo en París para esa fecha. Si no tengo dinero, ¡bueno! me dejaré demandar y pagaré las costas. ¡Será dinero bien caro! »

(Angulema 19 de Julio de 1832.) Y añade en la misma carta: «Me levanto á las seis de la tarde; corrijo los *Chuanes*; luego trabajo para *La Batalla* desde las ocho hasta las cuatro de la mañana, y, durante el día, corrijo lo que he hecho de noche. ¡Esa es mi vida! ¿La conoces tú más ocupada?... Adiós, mi buena madre. Haz lo imposible; yo lo hago por mi parte. Mi vida es un perpetuo milagro. Te abrazo de todo corazón, y con mucha pena, porque te hago tan desgraciada como á mí».

En otra carta, dirigida á su hermana, encuentro estas líneas tan llenas de emoción: «Sí, tienes razón, mis progresos son reales, y mi ardor infernal será recompensado. Convence de esto también á mi madre, querida hermana; dile que me dé la limosna de su paciencia; no será perdida su abnegación. ¡Yo espero que un día lo pagará todo un poco de gloria!.... Di á mi madre que la quiero como cuando era niño. No puedo contener las lágrimas al escribir estas líneas—lágrimas de ternura y de desesperación, porque presiento el porvenir, y me hace falta esa madre sacrificada en el día del triunfo.... ¿Cuándo lo alcanzaré?... Algún día, cuando haya desarrollado mis obras, veréis que se han necesitado muchas horas para pensar y escribir tantas cosas; entonces me absolveréis de todo lo que os haya desagradado, y perdonaréis, no el egoismo del hombre (el hombre no lo tiene), sino el egoismo del pensador y del trabajador.» (Angulema, Agosto de 1832.)

Y siempre retorna el estribillo de la emancipación. Hace cuentas, fija cifras, entiende, por ejemplo, que dentro de nada tendrá nueve mil setecientos francos. «Muy pronto, pues, habré dominado la situación....» (Aix 30 de Setiembre de 1832.) Pero no tarda en volver á caer bajo los rudos golpes de la realidad. Escribe á una amiga, á

Mme. Zulma Carraud: «No tengo todavía un volumen reimpresso de los *Chuanes*; tengo aún que acabar doce ó trece hojas del *Médico de aldea*; tengo que dar este mes cien páginas á la Revista. ¿No es forzoso que permanezca en París para hacer todo eso? Luego se juntan las cuestiones de dinero, cuyas dificultades crecen, porque las necesidades son fijas, y los ingresos son anómalos como los cometas.... Aseguro á V. que vivo en una atmósfera de pensamientos y de ideas, de planes, de trabajo, de concepciones que se cruzan, hierven y chisporrotean en mi cabeza, capaz de volverme loco....» (París, Marzo de 1833.) De una carta dirigida á la misma persona recojo estas líneas: «No duermo más que cinco horas; desde la media noche hasta el mediodía trabajo en mis composiciones, y desde el mediodía hasta las cuatro corrijo pruebas. El 25 tendré impresos cuatro volúmenes. *Eugenia Grandet* ha de asombrarle....» (París, Diciembre de 1833.)

Nueva esperanza de triunfo. Cree dominadas las deudas. Esta vez llega hasta el extremo de soñar en asegurar una fortunita á su madre: «Ahora que el hecho no está ya tan lejos, puedo hablarte de él. Este año tendrás dos alegrías. El día de mi cumpleaños es cosa segura que no deberé ya á nadie más que á ti, y, durante el resto del año, espero llegar á un resultado más brillante todavía: espero poder formarte un capitalito, empleado de tal suerte, que, por el pronto, tendrás una cosa segura, y más adelante.... ¡ya verás! La riqueza para mí, como sabes, es tu felicidad, es tu satisfacción en las cosas de la vida. ¡Oh, buena madre! Vive para ver mi bello porvenir; si no andas mejor, vente otra vez á París, y consultemos. Si yo fuese en Enero á Viena, trataría de tener bastante dinero para llevarte; un viaje te repondría quizá.» (Paris, Noviembre de 1834.)

El mismo mes escribía á Mad. Zulma Carraud : « Pero, *cava*, V. me hace un endiablado gran señor á su capricho. Ninguno de mis amigos puede ni quiere comprender que ha crecido mi trabajo, que necesito diez y ocho horas al día, que evito la guardia nacional que me mataría, y que hago lo que los pintores : he inventado consignas que sólo conocen las personas que tienen seriamente que hablarme. ¡ Yo gran señor ! Heme aquí hundido de nuevo en la clase de los que tienen ingresos despiadados, fijos, y que no pueden permitirse ni lo más mínimo de lo que hacen los beduinos, que viven en sus glorias de su capital. Amén de todo mi trabajo habitual, estoy abrumado de negocios; tengo que desenredar la madeja de las calamidades. Los cincuenta mil francos han sido devorados en un santiamén, y todavía tengo por delante catorce mil francos de deudas, lo cual es de tanta monta como los veinticuatro mil que he pagado, porque lo que me atormenta no es la mayor ó menor entidad de la suma, sino la deuda en sí misma. Necesito seis meses más para librar mi pluma como he librado mi bolsillo ; y, si sigo debiendo algo, es seguro que los beneficios del año me salvarán. Por lo demás, siempre salgo debiendo, porque esos cincuenta mil francos son un anticipo que me han hecho á cuenta de mi trabajo.... » (París, fin de Noviembre de 1834.) Esa es la verdad, y no la carta precedente á su madre. Ahora se comprenderá con este ejemplo el gran papel que representaba la imaginación en sus luchas.

De todos modos, las crisis se sucedían. En la primera carta dirigida á Mad. Hanska que contiene la correspondencia, se encuentra esta página tan característica : « Juro á V. que se apodera de mí la más cruel convicción ; no espero resistir á tan rudos trabajos. Se habla de las víctimas debidas á la guerra, á las epidemias ;

pero ¿quién piensa en los campos de batalla de las artes, de las ciencias y de las letras, y en los muertos y moribundos que amontonan los esfuerzos violentos realizados para salir adelante en esas luchas? En este redoble de trabajo á que me entrego, estrechado por la necesidad, nada me sostiene. ¡Trabajo, y más trabajo! ¡Noches ardorosas tras noches ardorosas, días de meditación tras días de meditación, de la ejecución á la concepción, de la concepción á la ejecución! Poco dinero para lo que necesito, inmenso para lo que puedo producir. Si cada uno de mis libros se pagara como los de Walter Scott, saldría de apuros; pero, aunque bien pagado, no salgo de ellos. Habré ganado veinticinco mil francos en Agosto. Por el *Livro* me dan ocho mil francos, una mitad la librería, y otra la *Revista de París*. El artículo del *Conservador* me lo pagarán en tres mil francos. Habré terminado *Serafita*, empezado las *Memorias de dos recién casados*, y acabado la entrega de *Mad. Béchet*. No sé si hubo jamás cerebro, pluma y mano que hayan hecho semejante proeza con una botella de tinta....» (París, 11 de Agosto de 1835.)

El grito más desgarrador de toda la correspondencia es el que lanza al año siguiente en una carta á madame Hanska. «Defraudadas todas mis esperanzas, habiendo renunciado á la fuerza á todo, refugiado aquí en la antigua buhardilla de Julio Sandeau, en Chaillot, el 30 de Septiembre, en el momento en que por segunda vez de mi vida me encontraba arruinado por un desastre imprevisto y completo, y en que á las inquietudes del porvenir se unía el sentimiento de la profunda soledad en que entraba esta vez, pensaba dulcemente que siquiera viviría todo entero en algunos corazones escogidos.... ¡en ese momento ha llegado la carta de V., tan desalentada, tan

triste!.... No he abandonado sin sentimiento la calle Casini; ignoro aún si podré conservar algunas cosas del mobiliario de que no quisiera desprenderme; ignoro si podré conservar la biblioteca. He hecho de antemano el sacrificio de todos los goces y recuerdos menudos, para tener el pequeño placer de saber que son míos todavía; serían poca cosa para apagar la sed de los acreedores, y pueden calmar la mía durante mi marcha por el desierto y por las arenas en que voy á entrar. Dos años de trabajo pueden solventarlo todo, pero es imposible que yo no sucumba en dos años de esta vida.... Para que V. sepa hasta dónde llegan mis bríos, he de decirle que *El Secreto de los Ruggieri* se ha escrito en una sola noche; acuérdesese de eso cuando lo lea. *La solterona* se ha escrito en tres noches. *La Puerta rota*, que termina en fin el *Hijo maldito*, se ha hecho en algunas horas de angustias morales y físicas. ¡Es mi Brienne, mi Champaubert, mi Montmirail; es mi campaña de Francia! Pero lo mismo ha pasado con *La Misa del ateo* y con *Facino Cane*; he escrito en Saché, en tres días, las cincuenta primeras hojas de las *Ilusiones perdidas*.... Lo que me mata son las correcciones.... Hay que violentarse, porque el comprador no tiene en cuenta nada; hay que violentarse en medio de los protestos, de los sinsabores de negocios, de los apuros más crueles de dinero, y en la soledad más completa y más desnuda de todo consuelo.» (París, Octubre de 1836.)

Debo limitarme y contentarme con entresacar algunas líneas de cada carta, las suficientes para hacer ver que la lucha durará hasta la muerte. Es una serie continua de sacudidas. «He concluido con M. Lecou un trato, que me permitirá pagar á Hubert y atender á las necesidades más urgentes; y cuando pongamos á la venta *La Mujer superior*, destinaré una parte del producto á pa-

gar las cosas de Gougès. Mi madre tendrá lo que necesita el 10 de Diciembre lo más tarde. Pero no conseguiré ese resultado sin meterme en un trabajo horrible; quiero que el 10 de Diciembre esté concluido *César Birrotteau*, (adquirido en veinte mil francos por un periódico); hay que pasar veinticinco noches, y he empezado esta mañana. Hay que hacer de treinta y cinco á treinta y seis pliegos—volumen y medio—en veinticinco días....» (Carta á su hermana, Noviembre de 1837.)

«Tranquilízate, queridísima Laura: es probable que esta semana pueda reunir los dos mil francos que me son indispensables. En ese caso procuraré devolverte todo lo que te debo; mi pobre madre lo pagará; pero en cuanto á ella, sé que bien pronto podré curar sus heridas. Hoy es menester salir del aprieto.» (Carta á su hermana, París, 1839.) «Por el momento es absolutamente imposible lo que me pide V., pero nada será más fácil dentro de dos ó tres meses. Á V., mi hermana de espíritu, puedo confiarle mis últimos secretos: sepa, pues, que estoy en el fondo de una miseria espantosa. Todos los muros de las Jardies se han hundido por culpa del arquitecto que no echó cimientos; y eso, aunque cosa de él, recae sobre mí, porque está sin un sueldo, y yo no le he dado todavía más que ocho mil francos á cuenta. No me crea imprudente, *cara*; yo debería ser bien rico á estas horas; he hecho milagros de trabajo, pero todos mis trabajos intelectuales se han hundido con mis paredes.» (Carta á madame Zulma Carraud, las Jardies, Marzo de 1839.) «Han vuelto las penas, penas íntimas, profundas y que no pueden decirse.... En cuanto á la cosa material, ¡diez y seis volúmenes escritos y veinte actos hechos en este año no han bastado! Ciento cincuenta mil francos ganados no me han dado la tranquilidad....» (Carta á madame

Zulma Carraud, las Jardies, 1840.) «El dinero necesario para mi vida tengo que disputárselo en cierto modo al que exigen los créditos, y lo obtengo bien penosamente.... No me hago ilusiones: si hasta aquí, trabajando como trabajo, no he conseguido pagar mis deudas ni vivir, no me salvará el trabajo futuro; hay que hacer otra cosa, hay que buscar una posición....» (Carta á su madre, Abril de 1842.) «Este mes me hacen falta veinticinco mil francos, y es preciso que liquide con las tres librerías de la *Comedia humana*, que me deben de quince á diez y seis mil francos. Es más que probable que, si todo lo que tengo en cartera lo hubiese empleado en el pago de mis deudas, no debería yo nada á nadie en el mundo hacia el próximo Octubre....» (Carta á madame Hanska, París 3 de Abril de 1845.) «¡Han venido sobre mí los acontecimientos más afrentosos, más increíbles! Heme aquí sin ningún dinero, perseguido por gentes que me servían; apenas tengo tiempo para atender á lo más apremiante....» (Carta á su hermana, París, Mayo de 1846). «Estas cuatro obras (los *Aldeanos*, los *Burguesillos*, el *Primo Pons*, la *Prima Bette*) me pagarán todas las deudas, y la *Educación del príncipe* y la *Última encarnación de Vautrin* me darán este invierno el primer dinero realmente mío, y que será el principio de mi fortuna.» (Carta á Mme. Hanska, Junio de 1846.)

Yo no podría encontrar en toda la correspondencia cuatro líneas más tristes y más típicas. Todo Balzac está en esa suprema esperanza. Tiene cuarenta y ocho años, ha producido ya todas sus obras maestras, y todavía sueña ganar un dinero que sea propiamente suyo para empezar su fortuna. ¿No es el grito de ese eterno soñador, de ese deudor acosado durante veinte años, que se revolvía furiosamente en la red de sus deudas, pensando siempre

ganar millones de la noche á la mañana? Por supuesto, notad que ese día se engañaba como los otros. Las quejas renacen, los créditos lo agobian más que nunca. No cesan ni al retirarse al lado de la condesa Hanska, en Vierzschovnia, durante los años 1849 y 1850. En vísperas de su matrimonio, lo atormenta la liquidación; se preocupa, y habla de refugiarse en una buhardilla, si no se llevase á efecto la unión proyectada. Su hermana llegó á pasar estrecheces á su vez, y él le escribe el 9 de Febrero de 1849: «Tú sabes los medios de que me valía para vivir económicamente; no guisaba más que dos veces á la semana, el lunes y el jueves, y comía carne fría en ensalada. Contentándome con lo estrictamente necesario en Passy, podía reducir todos mis gastos á un franco por cabeza. Volvería á hacer lo mismo sin titubear». Ese pormenor, ¿no proyecta una luz deplorable sobre la vida del gran novelista? Si el matrimonio no lo hubiese sacado al fin de sus apuros de dinero, hubiese muerto en un zaquizamí; y no alcanzó esa dicha tan ardientemente anhelada sino á la hora de la muerte. Con todo su genio, no pudo vivir; fué preciso que acudiese en su ayuda una mujer para que se durmiese solvente en la tumba.

IV.

Al leer la correspondencia, he tenido la curiosidad de señalar todo lo que se refería al teatro. Me ha parecido interesante entresacar de ese montón enorme de documentos las diversas maneras que ha tenido Balzac de mirar el arte dramático. El teatro lo preocupó toda la vida, y no cabe duda de que habría dirigido á él su poderosa actividad, si la falta de tiempo y la necesidad de hacer

dinero con la novela no le hubiesen obligado á aplazar siempre para más tarde tentativas serias.

Como he dicho, su primer trabajo literario fué una tragedia sobre Cromwell, cuyo plan nos da, y que debía ser una cosa muy mediana. En aquel tiempo, á los veintún años, reconocía por maestro á Racine. Corneille, á quien llamaba *su general*, parecía interesarlo menos. Sin embargo, se lamentaba mucho de no tener bastante dinero para tomar un billete el día en que debía representarse *Cinna*. Lo más notable de todo es su desdén por los asuntos modernos. La víspera de la representación de *María Estuardo*, de Pierre Lebrun, escribió á su hermana: «El asunto de esta tragedia se halla á bastante distancia para poder ser puesto en escena; esperamos que el autor luchará con éxito contra las dificultades de los asuntos modernos, que nunca se prestan tan favorablemente como los antiguos á la poesía. ¡Agrega á eso la dificultad de hacer interesante á un personaje moderno! Todos nuestros hombres de Estado son lo mismo; los crímenes diplomáticos se prestan poco para el teatro....» (París, 30 de Octubre de 1813.) ¿No son extrañas estas líneas en la pluma del escritor que ha creado la novela moderna, y que debía poner de manifiesto toda la extensión del drama contemporáneo? Aparte de esto, se advierte ya en esa carta un cariño secreto por el drama. Es quizá el primer tanteo de donde ha surgido Balzac.

No vuelve á tocarse en sus cartas la cuestión del teatro hasta quince años después. Lo ahogaban las deudas, y pensaba hacerse autor dramático para pagar: una obra dramática produce siempre más que una novela; pero en el teatro hay que empezar por perder un tiempo considerable hasta lograr la representación y el éxito de la primera obra, y Balzac no podía permitirse esa pér-

dida. Se encuentra un indicio de lo que anticipo aquí en una carta á su hermana, fechada en Saché el año 1834. «Mis ensayos teatrales van mal; hay que renunciar á ellos por el momento. El drama histórico exige grandes efectos escénicos que yo no conozco, y que quizá no se encuentran más que sobre el terreno con actores inteligentes. En cuanto á la comedia, Molière, á quien deseo seguir, es un maestro desesperante; se necesitan días y días para llegar á algo aceptable en este género, y precisamente tiempo es lo que siempre me falta. Por otra parte, hay que vencer innumerables dificultades para abordar cualquier escena, y yo estoy atado de pies y manos....» Llegó á buscar testafierros para dar á la escena bajo su responsabilidad obras hechas á la diablo, que no lo comprometiesen. Se ve, pues, con toda claridad que en esa época el teatro no era para él sino una manera de ganar el mayor dinero posible á cualquier precio.

Más tarde, en una carta á Mme. Hanska, del 15 de Junio de 1838, juzga á Scribe del modo siguiente: «Ayer fuí á ver la *Camaraderie*, y encuentro mucha habilidad en esa obra. Scribe conoce el oficio, pero ignora el arte. Tiene talento, pero no tiene el genio dramático, y luego carece por completo de estilo». Este juicio es, en sustancia, el que hoy formamos nosotros. Lo he citado para que se vea que Balzac, tan mal crítico por lo común, sabía á veces dar en el clavo.

Llegamos, en fin, al mes de Marzo de 1840, á la víspera de la representación de *Vautrin*. Hay algunas cartas muy curiosas, entre otras, ésta, dirigida á M. Dublin: «Si en su círculo de relaciones hay personas que deseen asistir á la primera representación de *Vautrin*, y que sean benévolas, yo tengo el derecho de hacer que

adquieran palcos mis amigos antes que los desconocidos. Me interesa que haya mujeres elegantes». Nada más encantador ni más candoroso que esta última frase. En ella se revela el Balzac mundano, un hombre de mundo singular, que soñaba la sociedad como un olimpo que lo deslumbraba. Á sus ojos, las duquesas y las marquesas son diosas. Su espíritu quimérico le hacía ver la sala donde se iba á representar *Vautrin*, llena de hombros desnudos y de diamantes, y para él — era cosa seria — eso debía decidir del éxito. Sin embargo, estaba lleno de terror, porque escribía á León Gozlan : «Verá V. una caída memorable. Me parece que he hecho mal en llamar al público.» Se sabe que al segundo día se prohibió la representación de *Vautrin*, por haber tenido Federico Lemaitre la extraña ocurrencia de haberse caracterizado remedando la cabeza de Luis Felipe para representar su papel de bribón sublime. Eso dió motivo también á uno de los rasgos más nobles de la vida de Balzac. Le ofrecieron una indemnización que rehusó. Una carta á Mad. de V..... hace precisamente alusión á ese hecho. «Querida amiga: acababa de escribir á V. esta mañana, cuando vino por segunda vez el director de bellas artes. Me ha ofrecido *al momento* una indemnización que no llegaba á la cantidad de V..... He rehusado. Le he dicho que ó tenía derecho ó no, y que, si lo tenía, era preciso que quedasen cubiertas siquiera mis obligaciones hacia terceros ; que yo no había pedido nunca nada ; que tenía en mucho esta noble virginidad ; y que lo que yo quería era, ó nada para mí, ó todo para los demás....» (París, 1840.)

Pero la aventura más curiosa de Balzac en el teatro fué la representación de los *Recursos de Quinola*. Sabido es que tomó la sala entera, y se hizo corredor para ven-

der las localidades á un precio exagerado. Sobre esto hay dos cartas muy curiosas dirigidas á Mlle. Sofía Koslovski. Se le ve completamente entusiasmado con la idea del negocio. «Entre nosotros, los asientos de principal cerrado (1) son treinta francos cada uno; los de principal abierto, veinticinco francos, y yo á V. quiero verla con los elegantes en principales abiertos. Los asientos de segundo no son más que veinte francos.... ¡Vamos, Sofía, manos á la obra! ¡Esto se anima! ¡La cosa está que arde!» (París, 6 de Marzo de 1842.) Esos precios son enormes para nuestros teatros. Al día siguiente envía una carta más explícita aún. Quiere sobre todo la colonia rusa, y habla más que nunca de poner á la vista á las mujeres elegantes. «Diga V. á todas sus rusas que necesito los nombres y direcciones, con su *recomendación escrita y personal*, de aquellos de sus amigos que quieran butacas. Vienen á mí cincuenta al día bajo falsos nombres, y que se niegan á decir su dirección: *son enemigos que quieren echar abajo la obra*. Tenemos que tomar las más severas precauciones.... Dentro de cinco días no sabré ya qué hacer. Estoy embriagado con mi obra....» Todas esas cuentas galanas debían acabar fatalmente en una caída completa. El teatro, tomado por Balzac, estaba vacío á la segunda representación. Verdad es que los *Recursos de Quinola* son su obra dramática más mediana. Pero en todo esto se ve admirablemente el poder de su imaginación, la necesidad que experimentaba de concebir planes extraordinarios de fortuna.

La mejor obra dramática de Balzac, á más de la *Madrastra*, es sin duda *Mercadet*, que hoy figura en el re-

(1) Palco con celosía, ó, más propiamente, con alambarrera, para ver sin ser vistos. En los teatros franceses se expenden los palcos por asientos.

(N. del T.)

pertorio de la Comedia Francesa. Esta obra, que tuvo primero por título el *Faiseur*, fué menester aligerarla para ponerla en escena. Una carta dirigida á M. Laurent Jan, uno de los amigos fieles de Balzac, y fechada en Vierzschovnia el 9 de Febrero de 1849, habla de la extraña idea del director de un teatro del *boulevard*, que quería transformar el *Faiseur* en un tremendo melodrama. Naturalmente, el autor se opuso á esa extravagancia. En la carta encuentro esta frase: «Dentro de poco tendrás *El rey de los mendigos*, obra de circunstancias, lisonjera para la majestad popular. ¡Un aparato escénico soberbio!» Así, pues, Balzac se preocupaba del teatro más que nunca en vísperas de su muerte. Ignoro si se ha conservado *El rey de los mendigos*, ni si ha existido siquiera realmente; en todo caso, no figura entre las obras completas. Una carta del 10 de Diciembre de 1849, dirigida asimismo á M. Laurent Jan, vuelve sobre sus proyectos de escribir para el teatro. «Una enfermedad del corazón, larga, cruel y de muy varias vicisitudes, que me ha atacado desde el último invierno, me ha impedido escribir salvo sobre mis inextricables negocios y para cumplir los estrictos deberes de familia.... Así, hacia los primeros días del próximo Febrero estaré en París con el firme y necesario propósito de trabajar como miembro de la Sociedad de autores dramáticos, porque en mis largos días de enfermedad he descubierto más de una pequeña California teatral que explotar....» Este documento me confirma en la idea de que, si la muerte no hubiese arrebatado á Balzac, hubiésemos contado un gran autor dramático más, sin género de duda. Al fin estaba libre de deudas, é iba á poder consagrar al teatro todo su tiempo; mucho hacía que, aguijado por la pasión de las tablas, no esperaba más que esa hora. Para mí su éxito era seguro.

Cuando uno estudia sus novelas, lo ve elevarse sin cesar, ir de lo peor á lo excelente con la lentitud y la fuerza de un hombre cuya sólida inteligencia necesita estimularse. Lo mismo se observa en su teatro: la última obra, *Mercedet*, es la mejor con mucho. Habríase desenvuelto según la ley que indico, —eso no ofrece duda,—y habría llegado á la obra maestra. Aunque pueda parecer paradójico, Balzac ha muerto cuando empezaba á ver claro en sí mismo, cuando al fin iba á escribir sus obras más hermosas.

Hay otro punto que he estudiado muy de cerca en la correspondencia: quiero hablar de la actitud de la Academia Francesa respecto de Balzac. Sabíase sólo por cima que se había presentado dos veces, y que las dos veces lo habían dejado á la puerta. La correspondencia da algunos detalles. Cabe reconstituir los sentimientos del mismo Balzac sobre este punto. Yo he acotado las menores frases que se referían al particular.

Pensó presentarse por primera vez en 1844, á la edad de cuarenta y seis años. Debo citar la breve carta siguiente, dirigida á Carlos Nodier, y que explica por qué lo rechazó la Academia: «Hoy sé con harta seguridad que una de las razones que se aducen contra mí en la Academia es mi situación de fortuna, para no rogarle con profundo dolor que disponga de su influencia en vez de emplearla en favor mío.... Si no puedo llegar á la Academia á causa de la más honrosa de las pobrezaas, jamás me presentaré en los días en que la prosperidad me conceda sus favores. En este sentido escribo á nuestro amigo Víctor Hugo, que se interesa por mí.» Esta carta tan digna, revela la importancia que concedía Balzac al título de académico. Aún no se había puesto en ridículo á la Academia, y los escritores más revolucionarios miraban como un honor entrar en ella. Á pesar de su jura-

mento de no correr los riesgos de un nuevo fracaso, Balzac presentó por segunda vez su candidatura.

Al año siguiente, el 3 de Abril de 1845, escribió á Mme. Hanska : « Otro académico más, muerto, Soumet ; hay cinco ó seis que se inclinan hacia la tumba ; la fuerza de las cosas me hará quizá académico , á pesar de las burlas y de las repugnancias de V. » Efectivamente, Mme. Hanska parece haber hecho siempre por disuadirlo de presentarse, porque Balzac insiste sobre el particular varias veces. Sin duda, como extranjera, ignoraba la enorme fuerza que tenía, y tiene aún en Francia, el título de académico. En nuestro país, que pide patentes al talento para reconocerlo, los burgueses no se inclinan más que ante el escritor que lleva la estampilla del Instituto. Los libros de ese escritor circulan en mucho mayor número de ejemplares ; su persona viene á ser como sagrada. Es evidente que Balzac tenía el deseo de ingresar en la Academia, y hasta hay en la frase que he citado como un vago deseo de que la muerte dejase vacantes los sillones, y le abriese á él las puertas de par en par.

Cuando se presentó la segunda vez, en Febrero de 1849, estaba en Vierzchovnia, enfermo y preocupado por la magna cuestión de su matrimonio. Ese alejamiento lo dispensó siquiera de la tarea enojosa de las visitas. Hubo de contentarse con escribir á los académicos. Pero seguramente su cuñado, M. Surville, dió pasos en París, según resulta de una carta de Balzac, fechada el 9 de Febrero de 1849. Escribía á su cuñado : « Has hecho bien en ir á ver por tu cuenta á Víctor Hugo ; mas, por la mía, era inútil, y hubiese sido peligroso , si yo no tuviera la intención de no volver á presentar mi candidatura para la Academia. Él ha adivinado perfectamente que yo quería *poner en evidencia á la Academia.* » El pasaje es un poco

enigmático, pero se comprende que Balzac afectaba presentarse únicamente para sufrir un fracaso, y demostrar así la mala voluntad de la Academia. ¿Es esto cierto? ¿No tenía alguna secreta esperanza de ser elegido? En todo caso, logró perfectamente poner á la Academia en evidencia.

He aquí, por otra parte, algunas líneas de una carta á M. Laurent Jan, que habla del desenlace de la aventura. «La Academia ha preferido á M. de Noailles. Es, sin duda, mejor escritor que yo; pero yo soy más hidalgo que él, porque me he retirado ante la candidatura de Víctor Hugo. Y luego, M. de Noailles es un hombre arreglado, mientras que yo ¡mil pestes! tengo deudas.» No cabía vengarse con más donaire.

Estos documentos prueban bien á las claras que Balzac deseó vivamente ser académico. La Academia no puede, pues, alegar su eterna razón, el famoso reglamento que le manda esperar que se dirijan á ella aun los más ilustres. Balzac se ha dirigido á ella, y lo ha rechazado bajo el más vil de los pretextos. Si falta en sus registros el gran nombre del novelista, es porque ella ha parecido creer que ese nombre los mancharía. Suya es toda la responsabilidad de esa injusticia, de ese crimen de lesa literatura. Basta para juzgar esa institución caduca que se obstina en vivir en los nuevos tiempos. Desde hace mucho ha perdido toda acción sobre las bellas letras. Ni siquiera puede acabar el Diccionario, que antes que ella ha concluido M. Littré. Todos los años se contenta con distribuir premios de literatura, á la manera que se reparten estampas de santos en los conventos á los más juiciosos y religiosos. La gran corriente moderna, que un día ha de arrebatársela fatalmente, pasa sin preocuparse de lo que ella hace ni de lo que ella piensa. Y años hay

en que puede creerse que de veras no existe; tan muerta parece. Sin embargo, la vanagloria impulsa aún á nuestros escritores á adornarse con ese título, como se adorna uno con una cinta. No es ya más que una vanidad.

V.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEÓ BARCELONÉS.

La publicación de la correspondencia habrá defraudado la curiosidad de los que se prometían indiscreciones literarias. Las cartas más interesantes son las que Balzac dirigía á su familia y á sus amigos. Ocupan una mitad cumplida del volumen; abundan, sobre todo, las cartas á su hermana y á su madre; luego hay que citar las dirigidas á Mme. Hanska, que son verdaderas memorias escritas al día, y las dirigidas á Mme. Zulma Carraud, esa vieja amiga del novelista, á quien se lo contaba todo. De igual suerte lo que llena la correspondencia es la personalidad de Balzac. Se cuida muy poco de los demás; sólo por acaso, y en algunas líneas, formula juicios sobre los personajes y acontecimientos de su época. Siempre está en escena; siempre habla de sí, de su trabajo, de sus proyectos, de sus deudas, de sus sentimientos. Se constituye en centro de cuanto lo rodea. Aquello es la idea fija de un hombre cuya individualidad se halla en perpetuo alumbramiento. De ahí la originalidad profunda de la colección.

Ignoro cómo se han reunido las cartas. Sólo sé que los editores han tardado mucho en publicarlas. ¿Ha hecho un expurgo la familia? Es muy posible. Me parece que debe haber otras cartas de Balzac, porque es poco creíble que, aparte de las cuatro personas que he nombra-

do, no haya tenido correspondencia con numerosos individuos. Si añado la duquesa de Abrantes, la duquesa de Castries, sus amigos Teodoro Dablin y Lorenzo Jan, á quienes aparecen dirigidas algunas cartas, no quedan en el volumen más que correspondencias aisladas, á cada uno de los cuales corresponden una ó dos epístolas de escaso interés. Exceptúo las cartas á los editores y á los colegas, de que hablaré en seguida. Verdad es que Balzac insiste varias veces en lo precioso que es para él el tiempo, y aun añade que sólo escribe á sus parientes y á los hombres de negocios. De ahí sin duda el carácter particular de la correspondencia. Pero hay un temor más fundado, y es que manos amigas, creyendo hacer una obra piadosa, hayan mutilado notablemente ciertas cartas. Me limito á insinuar ese temor, sin insistir.

En las cartas á su hermana, á su madre, á madame Hanska y á Mme. Zulma Carraud es donde Balzac se abandona por completo, y nos permite penetrar sus pensamientos más íntimos. Como he hecho notar desde el principio, aparece dotado de una gran bondad y de una igualdad de humor que rara vez se desmiente. Allí se ve, por otra parte, al novelista agrandando constantemente los seres y las cosas. Es como un gigante de buen humor paseándose por medio de una naturaleza ampliada, hecha á su medida. Al verlo así, en la intimidad, se comprende que se ha puesto todo él, por entero, en su obra. El abuelo Grandet, amontonando millones, era él con su sueño continuo de una fortuna colosal; el abuelo Goriot, muriendo por sus hijas, era él escribiendo á su madre y á su hermana cartas en que la ternura adquiere formas épicas; César Birotteau, consagrando la vida al pago de las deudas, era también él trabajando diez y ocho horas al día para atender á sus acreedores. Y así se le descu-

bre por doquiera, y por doquiera se revela grande, bueno y brioso en grado superlativo.

Pero, al llegar á las cartas que dirigía á sus editores, se encuentra otro hombre. Es quisquilloso y áspero. Ha reñido sucesivamente con casi todos los editores que han publicado sus obras: Mame, Gosselin, Werdet, Souverain, Lévy. Su pleito con Mame se ha hecho célebre. Y en sus cartas los trata muy mal; los llama miserables, sin más miramientos. Hay que advertir que en su tiempo las relaciones entre autores y editores eran feroces. Unos y otros se acusaban de robo á la primera palabra. Lo traía eso consigo la misma manera de publicar las obras, cuya propiedad compraban los editores por una suma convenida. Hoy que los autores perciben un tanto por ciento del producto de los ejemplares tirados, se han firmado las paces, y el negocio editorial no es ya un juego que arruina al editor ó al escritor. Aparte de esto, Balzac tenía un sistema complicado de pruebas que acababa con la paciencia de los editores más sufridos; y en los primeros años se vendían poco sus obras. Se comprende, pues, que fuesen muy difíciles sus relaciones con los Mame, los Gosselin y los Souverain. Sólo un editor, Werdet, se le entregó por completo, y fué siempre respetuoso; pero hizo quiebra.

Llego á las relaciones de Balzac con sus colegas. Esta parte de la correspondencia, lo repito, es una verdadera decepción. Apenas contiene más que cartas insignificantes. Encuentro tres muy breves á Víctor Hugo: la primera en un tono ceremonioso; las otras dos atestiguando mayor intimidad; por otro lado, se trata simplemente de citas para sesiones de la Sociedad de las Gentes de letras. Hay también cinco renglones á Lamartine, ofreciéndole un palco para la primera representación de *Vau-*

trin; unas cuantas líneas igualmente á Champfleury, dándole las gracias por la dedicatoria de un libro; algunas líneas sobre Carlos Nodier, que he citado á propósito de la Academia; una carta á Gautier, la última del volumen, dictada á Mad. de Balzac, y en que el novelista moribundo sólo ha escrito de su puño estas palabras: « ¡No puedo leer ni escribir! » Todo eso es de un interés tan pobre, que se hubiera podido prescindir de ello. Citaré aún algunas cartas á Méry dándole el encargo de tomar asientos en las diligencias de Marsella, y cartas á M. Emilio de Girardin, con quien se disgustó y se reconcilió, como con sus editores, á cuento de una publicación. Conviene saber, sin embargo, que, en la correspondencia, Balzac muestra una gran indiferencia más bien que malos sentimientos respecto de sus colegas. Y era meritorio en él, porque hay que acordarse de la manera cómo se le atacaba y arrastraba por el lodo. En medio de las injusticias que sufría, no se sorprende un solo desquite apasionado de su parte. Las más de las veces no nombra á nadie; no tiene más que desdén. Cuando por acaso hace una crítica, esa crítica es justa y moderada siempre. Apenas se le conoce, por sus cartas, más que un amigo y un discípulo. Escribe con bastante frecuencia á Carlos de Bernard, un novelista de talento, que lo copiaba atenuándolo y poniéndolo al alcance del vulgo. Las últimas cartas á este escritor demuestran que entre Balzac y él se había establecido una gran intimidad.

He citado su opinión sobre Scribe con motivo de la *Camaderie*. Ahora encuentro en una carta, escrita el 21 de Diciembre de 1845 á Mme. Hanska, el siguiente pasaje sobre los *Tres Mosqueteros*, de Alejandro Dumas: « Comprendo, querida condesa, que le hayan chocado á V. *Los Mosqueteros*, siendo tan instruida, y sobre todo, cono-

ciendo á fondo la historia de Francia, no sólo en su parte oficial, sino hasta en los menores detalles íntimos de las camarillas del Rey y de la Reina. Enoja de veras haber leído una cosa así; no se saca más que el disgusto de haber malgastado de tal manera el tiempo (esa tela preciosa de que está hecha nuestra vida). No se llega lo mismo á la última página de una novela de Walter Scott, ni se abandona sino con sentimiento; por lo mismo se vuelve á leer á Walter Scott, y yo no creo que se vuelva á leer á Dumas. Es un cuentista delicioso; pero debería renunciar á la historia, ó, si no, tratar de estudiarla y de conocerla un poco mejor.» He ahí, en suma, una absoluta verdad, y no hay que ver en lo dicho sino la opinión sincera de un hombre que siente heridas sus convicciones literarias por una lectura. Ideas parecidas expresa en otro pasaje en que habla de los *Misterios de París*, de Eugenio Sue. Se comprende que el autor de la *Comedia humana* mirase con sumo desdén esas largas novelas, donde la falsedad compite con el mal estilo. Lo que no entiendo tanto es la profunda admiración de Balzac por Walter Scott. Varias veces atestigua un entusiasmo extraordinario. Citaré este diti-rambo, por ejemplo : «Hace doce años que digo de Walter Scott lo que V. me escribe. Á su lado lord Byron no es nada ó casi nada. Todas las obras de Walter Scott tienen un mérito particular, sobre que en todas campea el genio. Tiene V. razón, Scott seguirá creciendo, cuando Byron estará ya olvidado.» (Carta á Mme. Hanska, París 20 de Enero de 1838.) Es un juicio deplorable, porque sucede precisamente lo contrario : Byron sigue despidiendo un vivo resplandor, mientras que á Walter Scott apenas lo leen ya más que los colegiales. Hablo de Francia. Es curiosísimo ver al fundador de la novela naturalista, al autor de la *Prima Bette* y del *Abuelo Goriot*,

apasionarse así por el escritor burgués que ha tratado la historia como novela. Walter Scott no es más que un combinador hábil, y nada menos vivo que su obra.

Pero la carta que hace más honor á Balzac, desde el punto de vista de la confraternidad literaria, es la que escribió á Stendhal, después de haber leído *La Cartuja de Parma*. En ella se ve que, si era severo para las obras mediocres, sabía inclinarse, siendo tan grande, ante las obras bellas. Habría que reproducir íntegra esa carta, de que tomo las líneas siguientes : «No se debe dilatar dar una satisfacción á los que nos han proporcionado un placer. *La Cartuja* es un gran y hermoso libro ; se lo digo á V. sin lisonja y sin envidia, porque yo sería incapaz de hacerlo, y se puede alabar francamente lo que no sale de nuestro taller. Yo hago un fresco, y V. ha hecho estatuas italianas. Hay *progreso* sobre todo lo que le debemos. V. sabe lo que le he dicho sobre *El Rojo y el Negro*. Pues bien : aquí todo es original y nuevo.... Mi elogio es absoluto, sincero. Me complazco tanto más en escribirle lo que va en esta página, cuanto que otros muchos, tenidos por talentos, han llegado á un estado completo de senilidad literaria.... Yo no he escrito, durante mi vida, muchas cartas de elogios ; así que puede V. creer lo que tengo el gusto de decirle.... Ha explicado V. el alma de Italia». (Ville d'Avray, 6 de Abril de 1839.) Sopla en esta página un viento agradable de respirar, porque aquí Balzac aparece por cima de todos los celos mezquinos del oficio. Creo interesante unir á esta carta, otra, escrita el 30 de Enero de 1846, después de la muerte de Stendhal, á M. Colomb, ejecutor testamentario de este último, que deseaba reproducir al fin de *La Cartuja de Parma*, el artículo que Balzac había publicado sobre esta novela en la *Revista Parisiense*. Interesa, sobre

todo, este pasaje : «Stendhal es uno de los espíritus más notables de este tiempo ; pero no ha cuidado bastante la *forma* ; escribía como cantan los pájaros, y nuestra lengua es una Doña Honesta que no se casa más que con lo intachable, cincelado, limado.... Siento mucho que lo haya sorprendido la muerte ; íbamos á meter la podadera en *La Cartuja de Parma*, y una segunda edición la habría convertido en una obra completa, intachable. Siempre es un libro maravilloso el libro de los espíritus distinguidos....» Esta preocupación de la forma es característica en Balzac. Ya he dicho que el estilo debió ser el eterno tormento de su vida. La brillantez del grupo romántico lo desesperaba. De ahí sus esfuerzos, su labor prodigiosa en ciertas novelas. Y lo malo es que cuanto más buscaba el color, tanto peor escribía. Así se explican las frases alambicadas, los giros extraordinarios, la hinchazón que se le censura. *El Livio del Valle* es, sin duda, la obra donde más visible está su esfuerzo hacia el bello estilo ; el principio, sobre todo, es intolerable : quería luchar con Víctor Hugo. Notad que Balzac tenía un estilo soberbio y personal cuando se decidía á escribir tranquila y poderosamente. Era, sobre todo, un gramático fuera de línea. Los *Contes drôlatiques*, son obras maestras de forma, joyas cinceladas por un gran artista.

He hablado de los ataques furibundos en medio de los cuales escribió Balzac sus novelas. Ningún escritor ha sido más discutido y escarnecido que él. Desde luego espantaba el innovador. Además, vivía apartado ; no se apoyaba en la poderosa cofradía del mundo literario. En fin, en las *Ilusiones perdidas* hizo una pintura de los periodistas que jamás le perdonaron éstos. Ha crecido así entre rechiflas, sin un verdadero apoyo. Cuando se leen los artículos del tiempo sobre sus libros, se queda uno

atónito de tanta imbecilidad y mala fe. Hay para creer que la crítica es una furia encarnizada contra todos los creadores. El día que se impuso, como ya no era posible negar su mérito, y su elevada talla saltaba á la vista, se lanzó contra él el estúpido cargo de inmoralidad, que es la última injuria de los críticos aturdidos. En la correspondencia se ven señales de este largo martirio de Balzac. Durante mucho tiempo suspira por la gloria. Ha producido ya varias de sus obras maestras, cuando aún se considera desconocido, y habla de sí como de un principiante que no está todavía seguro de su mano. «Puede ser» es su gran expresión. Tiene la conciencia de que debe trabajar mucho si quiere elevarse al rango de los maestros, y espera largo tiempo su primer éxito. Con todo, escribió desde Aix á su madre el 27 de Agosto de 1832—tenía entonces treinta y cuatro años: — «Mi querida madre: He de consolarte, como me consuelo á mí mismo, con sueños.... Un joven ha andado cuatro leguas por verme, al saber que estaba en la Poudrerie, y las gentes del Círculo constitucional han dicho que, si quisiese ser diputado, me nombrarían, á pesar de mis opiniones aristocráticas.... ¿Será verdad? ¿Se habrán burlado de mí? No sé, pero eso aumenta mi esperanza; ya todo se reduce á hacer algunos esfuerzos más, á no desalentarse.» El desaliento es raro en él; sin embargo, la correspondencia lo presenta á veces abatido. Es verdad que se reanima en seguida, y que la menor esperanza lo lleva á imaginar los triunfos más completos. Poco á poco comprende su fuerza, y no anda ya anhelante por la gloria, porque la ve brillar á su alrededor. Entonces es cuando descubre todo su menosprecio por sus adversarios. Escribe, por ejemplo, á Mme. Hanska: «Soy, como V. sabe, tan indiferente á la censura como al elogio de las gentes que no son los elegidos de mi

corazón, y sobre todo á la opinión del periodismo, y, en general, de lo que se llama el *público*....» (París, 20 de Junio de 1838.)

Pero su carta más explícita sobre este punto es la escrita á Mme. Hanska el 5 de Febrero de 1844. En esa dice todo su pensamiento. «Por favor, no se tome V. penas por las Revistas; sería hasta deplorable que pasase otra cosa. En Francia está perdido uno desde el instante en que se hace un nombre, y lo coronan en vida. Injurias, calumnias, negaciones, todo eso hace mi negocio. Algún día se sabrá que, si he vivido de mi pluma, jamás entraron dos céntimos en mi bolsillo que no fuesen dura y laboriosamente ganados; que el elogio ó la censura me han sido sumamente indiferentes; que he construido mi obra en medio de los gritos de odio y de las descargas literarias, y que trabajaba con mano firme é imperturbable. Mi venganza es escribir en los *Debates* los *Burguesillos*, para que mis enemigos digan con rabia: «Cuando se puede creer que ha vaciado el saco, lanza una obra maestra.» Es la frase de Mme. Reybaud al leer *Honorina* y *David Séchard*.... En resolución, he aquí mi jugada: en este medio siglo habrá habido cuatro hombres de una influencia inmensa: Napoleón, Cuvier, O'Connell; yo quisiera ser el cuarto. El primero ha vivido de la sangre de Europa; se ha inoculado de los ejércitos. El segundo se ha casado con el globo; el tercero se ha encarnado en el pueblo; yo habré llevado una sociedad entera en mi cabeza. Vivir así es como decir todas las noches: «¡Espadas! ¡Triunfo! ¡Oros!...» El día en que escribió esto, Balzac tuvo la presciencia del lugar que ocuparía en nuestra literatura. En efecto: ha llevado toda una sociedad en la cabeza, y además ha creado la novela moderna; es el primero que ha desentrañado de nuestra sociedad

la belleza relativa, que no es otra cosa que la vida.

Y oid este grito de júbilo del novelista que ha encontrado al fin admiradores. Su país no lo comprende; es menester que el éxito venga antes del extranjero. Escribe á su hermana: «Voy ayer á casa del barón Gérard; me presenta tres familias alemanas. ¡Creo soñar! ¡Tres familias.... nada menos! Una de Viena, otra de Francfort, y la tercera prusiana, de no sé dónde.... Me aseguraban que vienen puntualmente á casa de Gérard hace un mes con la esperanza de verme allí, y sé por ellas que mi reputación principia á salir de la frontera de Francia. (¡Querido país ingrato!) «Persevere V. en sus trabajos, —añaden, —y no tardará V. en estar á la cabeza de la Europa literaria.» ¡De Europa, hermana mía! ¡Así lo han dicho! ¡Aduladoras familias!.... ¡Haría reventar de risa á ciertos amigos si les contase esto!.... Á fe que, como eran buenos alemanes, yo he llegado á creer que pensaban lo que decían, y, si he de ser franco, me habría estado escuchándolos toda la noche. La alabanza nos sabe tan bien á los artistas, que la de esos excelentes alemanes me ha dado alientos; he salido hecho unas pascuas de casa de Gérard....» (París, Junio de 1833.) No conozco episodio más encantador que el de esas tres familias extranjeras que traen palabras de bondad á un gran escritor maltratado en su país. El tono de Balzac quiere ser jovial; pero se adivina su profunda emoción bajo la broma aparente de las frases. Se sintió vivamente afectado. Y se le ve marcharse ligero, estimándose ya á la cabeza de la Europa literaria, taconeando triunfalmente. Aquel día debió hacer buena tarea. ¿No es profundamente triste que los más nobles hijos de esta Francia tan inteligente estén condenados casi en su totalidad á recibir su primera corona de los pueblos vecinos?

Como yo trato de reconocer á Balzac totalmente en la correspondencia, de sacarle á él mismo documentos que lo retraten de cuerpo entero, no completaría mi trabajo, si no dijese algunas palabras del hombre político, ya que lo quiso ser. Él se atribuía opiniones aristocráticas. Nada más extraño, con todo, que ese sostén del poder absoluto, cuyo talento es esencialmente democrático, y que ha escrito la obra más revolucionaria que puede leerse. Hay que estudiarlo desde este punto de vista para observar los formidables golpes que ha asestado al viejo edificio de nuestra sociedad, creyendo acaso consolidarlo. Así, á pesar de sus alardes de respeto hacia las ideas monárquicas, todavía no ha encontrado entusiastas más que en la nueva generación, enamorada de la libertad. Habría aquí tema para un estudio interesante, que yo formularía así: De cómo el genio de un hombre puede ir contra las convicciones de ese hombre. Sea como quiera, Balzac soñó mucho tiempo con ser político militante. En sus cartas se advierten á menudo indicios de esa ambición. Anhelaba todas las glorias, y, gracias á su potente fantasía, se veía ya en la tribuna, domeñando á sus adversarios, erigiéndose en gran ministro de un gran rey. Ese sueño lo ha obsediado, y uno de los mayores sufrimientos de su amor propio ha sido, á no dudar, ver que no se creía en sus dotes de hombre de gobierno.

En una carta escrita á Mme. Carraud, fechada en Aix el 23 de Setiembre de 1832, habla muy seriamente de sus opiniones: «La quiero á V., porque me dice todo lo que piensa. Sin embargo, yo no podría asentir á sus observaciones sobre mi carácter político, sobre el hombre de poder. Se han formado mis opiniones y ha llegado mi convicción á la edad en que una persona puede juzgar de su país, de sus leyes y costumbres.... Creo verlo todo y

combinarlo todo para un poder político próspero.... Yo quiero el poder fuerte....» Se ve que toma un tono solemne para dar peso á sus convicciones. Le hace á uno sonreír un poco, imaginando que él había debido componer un hermoso argumento de novela sobre ese pensamiento de «un poder político próspero». No trataba nada sencillamente, y yo creo que hubiese sido un hombre político de lo más quimérico, que hubiese apurado los sistemas é inventado cada mañana un método nuevo para hacer feliz al pueblo. Temperamentos como el suyo no son realmente buenos más que en el arte, donde sus desbordamientos hacen prodigios. Por eso tengo el convencimiento de que le hicieron un favor no tomándolo en serio. Se presentó candidato á la diputación, y fracasó. Una de las frases más adorables de la correspondencia es seguramente la que sigue. La tomo de una carta á su editor, M. Mame, fechada el 30 de Setiembre de 1832: «Mi elección es cosa decidida entre las eminencias del partido realista, en caso de elecciones generales». ¡Ah, pobre gran hombre! ¡Qué soberana candidez y qué tranquila confianza! Eso se lo deslizaría al oído alguna Duquesa como una lisonja, y no se necesitó más para poner en actividad su imaginación, y para que viese á todas las eminencias del partido realista ocupándose de él. La verdad es que las eminencias del partido realista no se han enterado todavía de su genio, y que su nombre, pronunciado en un salón aristocrático, parece casi una inconveniencia. Regocijémonos egoistamente de que ni el partido realista ni ningún otro hayan pensado nunca seriamente en hacer de Balzac un diputado, porque de seguro habríamos perdido la mitad de sus obras maestras. Era hombre para embriagarse con la acción, y para preferir la tribuna al libro.

:

Por supuesto, él no había renunciado en manera alguna á la esperanza de representar un papel político importante. Se adivina que, mientras preparaba su matrimonio en Rusia, meditaba utilizar su nueva situación, al regresar á Francia, para dominar al fin su época. Se veía casado con una mujer cuya nobleza y fortuna agrandaba; soñaba abrir un salón, rodearse de toda la sociedad elegante rusa, tomar puesto en las filas de la aristocracia, y hacer camino de ese modo hasta una alta posición. Á no morir, sin duda hubiésemos conocido un Balzac de lo más extraordinario. Lo tenía en la sangre, y no hay que lamentarlo, porque á esa poderosa necesidad de fantasear grandes destinos, de arreglar á su guisa la vida propia y la ajena, debemos la *Comedia humana*.

Debería descender ahora á pormenores muy curiosos, pero de una importancia secundaria. Indicaré simplemente las cartas que escribía desde Córcega y Cerdeña en 1838. Había ido á esta última isla para cerciorarse de que las escorias de las minas explotadas por los romanos contenían todavía metal; ingenieros italianos le robaron la idea. Esas cartas son muy pintorescas, y ofrecen un vivo interés anecdótico. En otra ocasión concibió el peregrino proyecto de fabricar papel para sus libros con una materia nueva. En fin: cuando padecía de su afección al corazón, en Vierzschovnia, le asaltó la deliciosa idea de traficar con los bosques que la condesa Hanska poseía, y fué menester que su cuñado, M. Surville, le hiciese comprender que los gastos de transporte de la madera absorberían los beneficios. Así trabajaba continuamente su cerebro. Hasta con el azar especulaba. Cuéntase que una noche fué á apostarse durante dos horas en la plaza del Château d'Eau, convencido de que allí lo aguardaba un acontecimiento feliz y decisivo. Como

él mismo escribe en alguna parte de la correspondencia, ciertas mañanas se levantaba con una gran emoción, estremeciéndose al menor golpe que sonaba en la puerta, creyendo que andaba en juego la felicidad de su vida. Esta esperanza nerviosa de un beneficio de la suerte debía llevarlo en derechura á creer en las manifestaciones sobrenaturales. Fué, con efecto, un creyente del somnambulismo, y en una carta á su madre leo el asombroso pasaje que sigue (Ginebra 16 de Octubre de 1832): «Ahora, queridísima madre, encontrarás adjuntos dos retazos de franela que he llevado en el estómago, y con los cuales irás á casa de M. Chapelain. Empieza por dar á examinar el pedazo número 1. Pregunta la causa y el asiento del mal, y el tratamiento que hay que seguir; haz que te explique el por qué de cada cosa, todo muy circunstanciado. Luego, en cuanto al número 2, pregunta la razón del vejigatorio prescrito en la consulta precedente, y respóndeme por el correo del mismo día en que hagas la consulta, y haz la consulta en seguida que recibas mi carta. Ten cuidado de coger la franela con papeles para no alterar los efluvios». El místico de *Luis Lambert* debía venir á parar en eso forzosamente. Y no es el lado menos asombroso de ese temperamento tan robusto. Sin duda en aquel vasto cerebro había una lesión: la quiebra del genio. Los días en que no se elevaba á lo sublime, caía en lo raro.

Creo no haber omitido nada de lo que merecía sacarse de la correspondencia para ponerlo en plena luz. Como ya he dicho, Balzac se ha pintado á sí mismo en ella por entero. Para el que sepa buscarlo y encontrarlo, el novelista y el hombre se le aparecerán con todo su porte exterior y sus pensamientos más íntimos. Es una confesión general.

VI.

Al cerrar la obra, he quedado sumido en gran meditación. ¡Qué singulares caminos elige el destino á veces para hacer un gran hombre! Hoy Balzac ha muerto, y no tenemos más que su monumento ante la vista; nos asombra por su altura; permanecemos llenos de respeto delante de trabajo tan prodigioso. ¿Cómo ha podido un obrero labrar por sí solo semejante mundo? Y si escudriñamos la historia de ese obrero, averiguamos que trabajaba sencillamente para pagar sus deudas. Sí, ese gigante infatigable no era más que un deudor acosado por sus acreedores, que acababa una novela para liquidar un pagaré, que amontonaba páginas para evitar un embargo, que hacía ese milagro de producción soberbia mirando únicamente á los vencimientos de cada mes. Parece que bajo el aguijón de necesidades siempre apremiantes, ese cerebro se ha dilatado y estallado, rompiendo en una explosión de obras maestras.

¿Quién sabe lo que hubiera podido ser la obra de Balzac, si hubiese nacido con una sólida fortuna, en medio de una vida tranquila y ordenada? No acierta uno á figurársela feliz. De fijo habría producido menos. No sintiéndose hostigado, quizá se habría puesto en busca de la perfección, esmerándose en sus libros, y escribiendo á sus horas. Hubiésemos ganado obras más maduras y mejor equilibradas; pero esas obras tendrían, por fuerza, menos llama interior. En este terreno de las hipótesis cabe hasta llegar á suponer que Balzac hubiese preferido la acción, y que tendríamos un gran escritor menos. Ha-

bía en él un hombre de negocios ardentísimo, que hubiera cedido á la tentación de las empresas, de los viajes, de la política y de la industria. Naturalmente, no hago más que apuntar estas eventualidades posibles.

La verdad es que la obra de Balzac se ha hecho realmente con la vida abominable que llevó. Críticos delicados pueden cometer, en nombre del buen gusto, la falta de desear un Balzac expurgado y corregido. Sería imposible moderarlo, darle una invención más clara y un estilo más pulido, sin achicarlo y rebajarlo al punto á la talla de los novelistas de segundo orden. Hay que tomarlo en su conjunto, y admirarlo ante todo por su fuerza. Cuando se pasaba las noches tratando de hacer honor á su firma, su fiebre bajaba á la pluma, las frases sacaban algo de su voluntad. Cuanto más oía restallar á sus espaldas el látigo de la deuda, más magnífico se hacía su esfuerzo. De ahí el poder que emana de todo lo que ha escrito. Es menester pensar en un náufrago que se ahoga y se trasforma en héroe, nadando leguas, centuplicando sus fuerzas, realizando el milagro de andar por el mar y dominar las olas irritadas. Si hubiese tenido holgura para ser perfecto, hubiéramos perdido ese raudal magistral que acarrea la vida en la *Comedia humana*. Porque esos tormentos suyos, esa su propia existencia de luchador es lo que circula por el fondo de su obra con estrépito tan profundo y resonante.

Pero todavía quiero ser más explícito. Sólo tal hombre podía escribir la epopeya moderna. Era preciso que hubiese pasado por la quiebra para componer su admirable *César Birotteau*, que es tan grande en su perfume-ría como el héroe de Homero delante de Troya. Era preciso que hubiese andado por el arroyo de París con zapatos rotos para conocer las miserias de la vida, y

levantar los tipos eternos de los Goriot, de los Felipe Bridau, de los Marneffe, de los barones Hulot, de los Rastignac. Un hombre dichoso, que hubiese digerido sosegadamente y pasado los días sin sacudimientos, jamás hubiese descendido á esa fiebre de la existencia actual. Balzac, actor del drama del dinero, ha extraído del dinero todo lo terriblemente patético que encierra en nuestra época; y ha analizado asimismo las pasiones que mueven á los personajes de la comedia contemporánea, ha pintado admirablemente su tiempo, porque sufría los males de su tiempo. Es el soldado colocado en el centro de la batalla de la vida, que lo ve todo, que se bate por su propia cuenta, y que refiere la acción en la fiebre misma de la lucha.

Vino á su hora; he ahí otra de las razones de su genio. No se le concibe naciendo en el siglo xvii, en el cual hubiese sido un autor trágico bien mediano. Debía surgir precisamente en el momento en que se moría de anemia la literatura clásica y en que iba á ensancharse el molde de la novela, englobando todos los géneros de la antigua retórica, para servir de instrumento á la investigación universal que abría el espíritu moderno sobre las cosas y los seres. Se imponían los métodos científicos; los héroes pálidos se desvanecían ante las creaciones reales; el análisis reemplazaba por doquiera á la imaginación. En tales circunstancias, él era el llamado primero á emplear poderosamente esos nuevos útiles. Creó la novela naturalista, el estudio exacto de la sociedad; y de golpe, por una audacia de genio, se atrevió á hacer vivir en su vasto fresco toda una sociedad copiada de la que se presentaba ante él. Era la más brillante afirmación de la evolución moderna. Mataba las mentiras de los antiguos géneros, é inauguraba el porvenir. Lo más asombroso en él es que

consumase esa revolución en pleno movimiento romántico. Toda la atención se dirigía entonces hacia el grupo fulgurante, á cuya cabeza reinaba Víctor Hugo. Las obras de Balzac no alcanzaban más que un menguadísimo éxito. Nadie podía sospechar que el verdadero innovador era ese novelista que despedía aún tan poco brillo, y cuyas obras parecían tan confusas y enojosas. Cierto que Víctor Hugo es un hombre de genio, el primer poeta lírico del mundo. Pero la escuela de Víctor Hugo agoniza, y el poeta no tiene ya más que un influjo retórico sobre los escritores jóvenes, mientras que Balzac crece de día en día, y determina á estas horas un movimiento literario que con seguridad será el del siglo xx. Se avanza por la vía que él ha trazado, y cada uno de los nuevos que vengán llevará el análisis más lejos y ensanchará el método. Está á la cabeza de la Francia literaria de mañana.

M. H. Taine, en un antiguo estudio que hizo sobre él, tuvo que remontarse hasta Shakespeare para encontrarle un igual. Y la comparación es exacta. Sólo Shakespeare, en efecto, ha dado á luz una humanidad tan grande y tan viva. Son dos creadores de almas de la misma potencia, nacidos en dos sociedades diferentes. Uno y otro nos han dejado sus obras como vastos almacenes de documentos humanos. La gloria de Balzac está en eso. Otros han podido escribir en nuestra patria con más corrección y brillo; otros han podido ostentar una imaginación más equilibrada; otros han podido sobresalir en la lógica de los sentimientos, en la creación de figuras perfectas; pero nadie ha escudriñado más hondamente la humanidad; nadie ha dicho más sobre el hombre; nadie, en suma, ha acumulado una masa más considerable de documentos. Figuraos un químico que entra todas las mañanas en su

laboratorio, y se encierra en él para multiplicar los experimentos ; ese químico escribe todos sus hallazgos, descubre á cada hora nuevas verdades, y las apunta en medio de la fiebre de su trabajo. Quizá se advierta alguna falta de orden ; mas no dejará de haber por eso, para quien lea tales papeles, un resplandecimiento de toda clase de verdades, de materiales de inestimable valor. Todo ello podrá clasificarse más tarde. El sabio que por primera vez ha desbrozado la materia, conservará el eterno honor de haber fundado una ciencia. Pues bien : Balzac es ese químico del corazón y del cerebro humanos : ha fundado una literatura.

VII.

Sería muy interesante estudiar á Balzac como crítico. Hoy sólo queda en pie la *Comedia humana*, y parece ignorarse que Balzac terció en las luchas del periodismo, que anduvo empeñado en terribles polémicas, y, en fin, que, ante los ataques descarados de toda la prensa, replicó á veces con violencia extremada. Pero en lo que yo deseo insistir no es en sus batallas ; esas me limito á consignarlas no más. Me parece mucho más interesante, estudiando á Balzac como crítico, inquirir cuáles eran sus ideas generales en literatura, y determinar de ese modo si tuvo conciencia del importante papel que representaba en las letras modernas.

Los editores de la gran edición completa, publicada hace algunos años, han reunido las obras críticas de Balzac bajo el título : *Retratos y crítica literaria*. La materia forma un recio volumen. Esa colección permite juz-

gar el sentido crítico del novelista , y formarse una idea de sus doctrinas.

Me excedo un poco , lo confieso , porque , después de una atenta lectura , las doctrinas de Balzac no me parecen muy claras. Cierto que aventura teorías sobre teorías , que se inflama á cada idea , y sale disparado en seguida á arreglar el mundo ; pero , cuando se examina de cerca todo eso , se pierde uno en una maraña inextricable. Falta la idea primera ; él no se apoya en una verdad científica para deducir de allí juicios lógicos. En cada una de sus páginas encontramos indudablemente todas nuestras verdades ; sólo que aparecen como entrevistas en el sueño tumultuoso de un vidente ; se chocan y se pierden en medio de la mezcla de lo bueno y lo malo ; nada hay que las coordine y permita sacar de ellas fórmulas exactas y precisas. En resumen : sin pretender que Balzac fuese inconsciente de su obra , es seguro que no calculó ni su influjo literario ni su alcance social.

Creo firmemente que esa inconsciencia dimanaba , sobre todo , de su falta de sentido crítico. Hay que entenderme ; quiero decir que juzgaba por arranques de entusiasmo , sin método riguroso , sino siempre con la imaginación caldeada. Por lo demás , en el crítico se ve al novelista ; es el mismo soñador despierto , que , á partir de la observación , lo agranda en sueños todo , que se revela incapaz de proporciones , que echa las campanas á vuelo ante el genio de Walter Scott , para gastar en seguida bromas de un gusto dudoso sobre los versos de *Hernani*. El volumen que tengo en las manos está lleno de juicios extraños por el estilo , que hoy nos sorprenden.

Por ejemplo , parece haberlo preocupado mucho la novela histórica. ¿No es asombroso? Ved aquí un escritor que va á crear la novela naturalista moderna , y no

parece que lo traen al retortero más que los harapos de esas pretendidas novelas históricas, tan falsas, y de una lectura tan indigesta á la hora presente. Paso todavía por su admiración hacia Walter Scott, aunque traspase todos los límites, y nos lo presente á él radicalmente inconsciente de su propio genio—porque no me explico cómo el autor de la *Prima Bette* puede transigir con el autor de *Ivanhoe*, hasta el punto de proclamarlo el gran hombre del siglo.—Pero es que ha ido más lejos: ha escrito sobre Enrique de Latouche elogios extraordinarios, que tienen todas las trazas de una broma.

Leed esto: «Hay en su alma una mezcla de Voltaire y de lord Byron». Y más adelante: «Decir ahora que en este libro el estilo responde al pensamiento, que el más brillante color cubre el dibujo más amplio, que los bordados más delicados adornan la tela más sólida, sería puntualizar los adornos que serpentean sobre los capiteles de un hermoso edificio. Resumiré mi juicio en una frase: «De igual suerte que *Hermafrodita*, *Fragoletta* »vivirá como un monumento». Creo inútil insistir sobre el tal «monumento».

De esa suerte, en las noticias bibliográficas bastante numerosas que Balzac ha publicado sucesivamente en el *Folletín de los Diarios políticos*, en *La Caricatura* y en *La Crónica de París*, aventura á la buena de Dios apreciaciones, severas ó encomiásticas, según el humor del momento, sin que haya modo de referirlas á una manera de ver general y razonada. Ese vasto espíritu, que debía crear un mundo tan vivo y tan contemporáneo, no reclama casi en ninguna parte la vida ni el estudio de la sociedad moderna. Y no es amplitud de miras, como pudiera creerse; no es el deseo de comprenderlo y aceptarlo todo; se trata simplemente de un crítico que carece

de método y camina al azar, muy desorientado y muy ciego á la par en cuanto á su misma producción.

He hecho algunos descubrimientos. Balzac había demostrado gran admiración por escritores que luego lo atacaron violentamente. Se sabe lo poco que le quería Sainte-Beuve, y la injusta severidad con que siempre lo juzgó. Sin embargo, Balzac había escrito: «Si *Voluptuosidad*, uno de los libros más notables de este tiempo, ha costado seis años de trabajo, afirmamos que, al precio que se ha pagado, no ha sacado su autor el jornal de un ganapán». Y en cuanto á Janin, que lo maltrató odiosamente en la *Revista de París*, después del famoso proceso, decía Balzac, hablando de la *Confesión*: «Nada es este pálido análisis al lado del drama, que se adapta maravillosamente á un estilo brillante, lleno de estro y de color; aquí es Diderot con su lenguaje abrupto y fogoso; allí es Sterne con su toque fino y delicado; ya es una figura sombría y satánica, ya un cuadro puro y fresco en que podéis reposar de los transportes apasionados de una psicología desesperada». Hago estas citas para demostrar que no fué Balzac quien empezó la guerra que más tarde le declararon sus colegas y la prensa.

Y á propósito: en la Memoria que escribió para defenderse cuando su pleito con la *Revista de París*, encuentro este hermoso grito: «Hace mucho tiempo que un hombre, proscrito del campo de la literatura, debía haber tomado su partido respecto de todas las desgracias previstas de la guerra literaria. Llega un día en que están cicatrizadas las heridas y en que se han olvidado las cobardías de los que os hirieron por detrás; por honra de nuestro país, hay que dejarlos en el olvido; los artículos injuriosos pasan, los libros quedan; las grandes obras se encargan de dar cuenta de los pequeños enemigos». ¡Bal-

zac desterrado de la literatura! ¡Qué lección en ese hecho que él mismo consigna, y qué pacientes debe hacernos!

He descubierto igualmente una nota muy laudatoria, escrita el 31 de Mayo de 1832, sobre *Indiana*, de Jorge Sand. Es otro de los raros pasajes en que Balzac se pronuncia claramente por los asuntos modernos. «Este libro es una reacción de la verdad contra lo fantástico, del tiempo presente contra la Edad Media, del drama íntimo contra la extravagancia de los incidentes á la moda, de la sencillez de los hechos contra la exageración del género histórico.» He aquí al crítico en uno de sus buenos días de lucidez: sólo que elegía de nuevo una materia singular para apasionarse: esa historia novelesca de una mujer colocada entre tres hombres, con el pasmoso desenlace del suicidio en una montaña enfrente de la naturaleza. Gracias á que Balzac, por su parte, debía llevar mucho más lejos lo que llama la *reacción de la verdad*.

El estudio más curioso de todo el volumen, es, sin duda, el consagrado á *Hernani*. No es posible figurarse *la reventadura*. Y es tanto más imprevista, cuanto que en ningún otro artículo se ha apasionado el crítico hasta ese punto. Se percibe una cólera, una sublevación, que lo arrastra á la injusticia, y le hace pronunciar una sentencia que el público parece casar hoy. Ese estudio es seguramente muy poco conocido, porque nadie lo ha recordado al volver á ponerse en escena *Hernani*. Se ensaña con los personajes del drama, demuestra su sinrazón, su inverosimilitud, su ridiculez; y todo ello en un tono casi zumbón, como si el crítico se negase á tomar en serio la obra. No perdona nada, ni los pormenores de mobiliario, ni los defectos de lenguaje, ni los errores históricos, ni las pequeñas imposibilidades materiales.

Es difícil elegir las citas, porque se trata de una crítica menuda, de un picadillo que pulveriza la obra. Sin embargo, escojo algunas líneas: «En el monólogo que termina el primer acto, Hernani es un joven del siglo XIX, una doctrina que juzga los cordones y ese *carnero de oro que se cuelga al cuello*, como podría hacerlo un joven que no está condecorado.... Hernani, que dispone de sesenta salteadores resueltos para guardarle las espaldas, tiene miedo de no poder huir. Ve el cadalso, y no quiere ofrecerlo á su amada, mientras que Doña Sol quiere heroicamente *su parte de sudario*. Todo eso está bien en una oda, en una balada; pero en las tablas es menester que los personajes obren un poco como gentes sensatas. En aquel momento Hernani puede escaparse facilísimamente, y llevarse á Doña Sol. Pero nada. Se sientan en una piedra, y se engolfan en dulce plática de la manera más inoportuna (1).... La pasión de D. Ruy por la poesía es verdaderamente curiosa. Ese viejo parece pasarse el tiempo que está fuera de escena, cuando debería estar en ella, componiendo idilios y elegías. Habla en parábolas, cuando todos los demás personajes afectan un lenguaje brutal....» Me detengo. Hasta aquí, las críticas son justas, y hay que creer que Balzac, al escribir el artículo, había cedido á una indignación de gran observador ante un drama hecho de documentos falsos en cuanto á la verdad humana y de puerilidades en lo que toca á lo sublime.

Pero en seguida se le fueron los pies, tomándola con el estilo. Hoy nos sorprende leer las siguientes líneas: «En cuanto al estilo, creemos no deber ocuparnos de él

(1) «En dulces *propósitos* fuera de propósito» sería la traducción literal, si la palabra española *propósito* significase á la vez *palabras*, *conversación*, como la francesa *propos*, que emplea aquí Balzac en ese doble sentido.

(N. del T.)

en bien del autor, aunque quizá fuese preciso para la educación de los jóvenes que encuentran allí pensamientos de hombre y un sabor corneliano; pero creemos deber respetar á un hombre de talento á quien se ha ridiculizado ya más de lo debido». Y, en efecto, no se ve apurado Balzac para citar ciertos versos chocantes, cacofonías, incorrecciones, pensamientos rayanos en lo ridículo. Pero lo que él no dice es que toda esa espuma se pierde en la ola más magnífica de poesía lírica que ha corrido jamás por una nación.

Somos de la opinión de Balzac cuando escribe: «Resumimos nuestra crítica diciendo que todos los resortes de esta obra están gastados; que el asunto es inadmisibile, así reposase sobre un hecho verdadero, porque no todas las aventuras son susceptibles de dramatizarse; los caracteres falsos; la conducta de los personajes, contraria al buen sentido....» Pero no podemos seguirlo, cuando acaba con este fallo: «El autor nos parece hasta ahora mejor prosista que poeta». Añádase que habla de *Hernani* como de un éxito «que podría ponernos en ridículo ante Europa, si fuésemos cómplices de él». Hoy cincuenta años han desautorizado á Balzac, y ante ese error duda uno si tuvo muy claro y desarrollado el sentido crítico.

VIII.

Balzac ha escrito un estudio sumamente asombroso sobre los artistas. Data, es verdad, de Abril de 1830, y eso explica su sello romántico. Ese gran trabajador, que nunca aceptó nada del Estado, empieza por suspirar, recordando la época en que Julio II alojaba en su palacio

á Rafael ; cita á Napoleón que ofrecía á Canova millones y la senaduría ; incurre, en fin, en ese lugar común de que el artista es un ser aparte, hecho para ser mantenido por manos regias. Pero no es eso todo ; su artista es el poeta melenudo de 1830, el profeta que obedece á una revelación. Leed este singular retrato :

«Obra bajo el imperio de ciertas circunstancias cuya reunión es un misterio. No se pertenece. Es juguete de una fuerza eminentemente caprichosa.... Tal día, sin que él lo sepa, sopla un viento, y todo se relaja. Ni por un Imperio, ni por millones tocaría su pincel, modelaría un trozo de cera, ó escribiría una línea.... Una noche, en medio de la calle, una mañana al levantarse, ó en el seno de una alegre orgía, acierta un carbón encendido á tocar ese cráneo, esas manos, esa lengua ; de pronto una palabra despierta las ideas, que nacen, crecen, fermentan.... Tal es el artista ; humilde instrumento de una voluntad despótica, obedece á un amo. Cuando se le cree libre, es esclavo ; cuando se le ve agitarse, abandonarse á los arrebatos de sus locuras y de sus placeres, carece de poder y de voluntad, está muerto. Perpetua antítesis, que se encuentra así en la majestad de su poder como en la nada de su vida, es siempre un dios ó siempre un cadáver.»

Hoy nos hacen sonreír esas cosas. Toda una época esta ahí : la «alegre orgía», el «carbón encendido», la antítesis del dios y del cadáver, delatan claramente la fecha de ese trozo. Se creía entonces que los artistas, pintores, poetas, novelistas, abrían la ventana á la inspiración ; la esperaban como una amante que viene ó no viene, según su capricho de mujer. El genio no se concebía sin el desorden. Se trabajaba al fragor del trueno, en medio de las llamas de bengala de una apoteosis, con el pelo

erizado por la tensión cerebral, cediendo á un furor de pitonisa visitada por el dios. Esas actitudes líricas no están ya de moda, y hoy apenas creemos más que en el trabajo: el porvenir es de las personas laboriosas que se sientan todas las mañanas delante de su mesa sin otra cosa que la fe en el estudio y en su voluntad. Notad que nada había más desastroso para los escritores jóvenes que esta teoría de la inspiración, que hacía de un autor un tabernáculo inconsciente, donde el dios habitaba por accidente de tarde en tarde y sin regularidad. Entonces, ¿á qué el trabajo, la energía, la continuidad del esfuerzo? ¿Cuánto mejor vivir en la «alegre orgía», esperando la abrasadura del carbón divino? Yo he conocido jóvenes del cortejo romántico llenos de menosprecio por nuestro trabajo regular, por este arrastre de la inteligencia, por esta faena en que se doblegan el cuerpo y el pensamiento, y que llaman desdeñosamente faena de albañiles. Somos *horteras* (1), es verdad; pero eso precisamente constituye nuestra fuerza y nuestra gloria.

Lo que me asombra es ver en la pluma de Balzac esa manera romántica de entender el trabajo. No ha habido productor más ordenado que él; extremaba las cosas hasta el sistema, eligiendo ciertas horas, ocupando las noches enteras. Jamás hubo escritor que menos conociese el reposo. Y en esto habría que citar también á Víctor Hugo. ¿No debería ser éste el tipo del profeta inspirado, tan pronto cadáver como dios, que canta á merced de sus inspiraciones? Pues bien: no hay tal cosa. Víctor Hugo,

(1) El término desdeñoso empleado en Francia para zaherir á los escritores naturalistas, y que recuerda aquí Zola, es *épiciers*, merceros ó tenderos de ultramarinos. La voz se aplica á toda persona de baja estofa, inculta, vulgar, y encadenada al trabajo como el mancebo al mostrador. Es tan despreciativa, que llamar á un sujeto *épicier* equivale casi á llamarlo idiota.

(N. del T.)

el jefe de todo ese movimiento, es también un albañil, que se encierra á las mismas horas, que construye piedra á piedra y con un esfuerzo continuo, no esperando nada del azar. Todo se reduce, pues, á decir que hay días en que tiene uno más lucidez de inteligencia; y concluyo de todo que Balzac, desde el momento en que escribía páginas tan extrañas sobre la inspiración, carecía de sentido crítico, y demostraba cuán confusas eran sus ideas generales.

Prefiero, con mucho, la carta que dirigió el 11 de Octubre de 1846 á M. Hippolyte Castille, que se daba á conocer entonces, y que había hecho un estudio notable sobre la *Comedia humana*. Allí se defiende Balzac contra los ataques de toda la prensa, y explica ciertos puntos de su obra. Se le achacaba sobre todo inmoralidad, lo cual lo exasperaba; y como M. Hippolyte Castille le hubiese censurado sus tipos de gentes miserables, respondió: «No verá V. acabar bien en la *Comedia humana* muchas gentes que hayan perdido el sentimiento del honor; pero, como en nuestra afrentosa sociedad la Providencia se permite bastante á menudo esa afrentosa broma, allí estará representado este hecho». Y añadía con razón: «Las grandes obras subsisten por los elementos apasionados que encierran, y la pasión es el exceso, es el mal». No multiplicaré las citas. Hoy, como en otro tiempo, esa cuestión de la moralidad no es más que un arma de la medianía y de la tontería contra los escritores potentes.

Hay otro pasaje muy interesante en esa carta á M. Hippolyte Castille. Oid á Balzac hablando de la *Comedia humana*: «¿Cuál es la suerte de estas grandes lonjas literarias? Convertirse en ruinas de donde salen algunos tallos, algunas flores. ¿Quién sabe hoy los nombres de los autores que, en otro tiempo, ora en el Indos-

:

tán, ora en la Edad Media, han intentado empresas semejantes en poemas, cuyos solos títulos son ya objeto de una investigación científica? ¡Qué de inmensas epopeyas olvidadas!» He ahí un grito de suprema duda. Ese escritor, á quien se acusaba de una inmensa vanidad, era en el fondo completamente franco consigo mismo, como todos los fuertes. Definía su gran obra en una frase: «Una generación es un drama de cuatro ó cinco mil personajes salientes», y esa frase indicaba la medida de su ambición. Pero no se hacía ilusiones sobre los peligros de la empresa, y añadía: «Todos, desde Bonald, Lamartine, Chateaubriand, Béranger, Víctor Hugo, Lamennais, Jorge Sand, hasta Paul de Kock, Pigault-Lebrun y yo, somos albañiles; el arquitecto está por cima de nosotros. Todos los escritores de este tiempo son peones de un porvenir, oculto por una cortina de plomo. Si hay alguno que esté en el secreto del monumento, ese es el verdadero, el único gran hombre». Debería meditarse esto largamente.

Balzac tiene razón: el porvenir se sustrae á nuestras miradas. De todos los escritores aclamados por una generación, ¿cuál se atrevería á exclamar con certidumbre: «Yo sólo viviré, yo soy el maestro?» El tiempo es el que clasifica á los hombres, y los clasifica según el influjo que ejercen sobre el porvenir. Quienquiera que haya sido el obrero de mañana, reinará indefectiblemente sobre la posteridad. Como dice muy bien Balzac, todos nosotros somos peones de un porvenir oculto, y el maestro será aquel en quien se reconozca el arquitecto más poderoso de ese porvenir. Pero, ¿es absolutamente preciso estar «en el secreto del monumento»? El ejemplo de Balzac nos probaría lo contrario, puesto que afecta, quizá por modestia, ignorar el porvenir. Según yo, no lo veía

más que en parte, y confusamente, atestado como tenía el espíritu de teorías inciertas, y perturbado el sentido crítico por el aumento de proporciones que daba continuamente á los hombres y á las cosas. Y no ha dejado por eso de ser un creador de genio, el obrero más robusto de la literatura de mañana.

Llego á mi conclusión. Balzac ha creado un mundo, no sin quererlo, pero sin saber á ciencia cierta cuán formidable sería la influencia de ese mundo. Un pormenor gracioso, y que prueba lo inconsciente que era á veces, son sus pretensiones de católico y de legitimista. Defendía á Dios y al Rey, si no como creyente, al menos como político que cree en la necesidad de una policía humana directora y represiva. Ahora bien: ha escrito la obra más revolucionaria, una obra en que, sobre las ruinas de una sociedad podrida, crece y se afirma la democracia. Derriba al Rey, derriba á Dios, derriba todo el mundo añejo, sin darse cuenta, al parecer; y no queda en él más que una cosa: la afirmación moderna, la creencia en el trabajo, la evolución científica que se halla en vías de transformar á la humanidad. Claro que eso es confuso todavía en la *Comedia humana*; pero el hecho es que Balzac, queriéndolo ó no, ha abogado por el pueblo contra el Rey, y por la ciencia contra la fe.

Esta confusión en sus ideas generales es muy visible en el prólogo que escribió andando el tiempo para la *Comedia humana*. Sabido es que no le ocurrió sino bastante tarde la idea de un lazo común entre sus novelas. Entonces quiso apoyarse en la ciencia. «No hay más que un animal—dice.—El Creador no se ha servido más que de un sólo y mismo patrón para todos los seres organizados. El animal es un principio que adquiere su forma exterior, ó, para hablar más exactamente, las diferen-

cias de su forma, en los medios en que está llamado á desenvolverse. Las especies zoológicas resultan de sus diferencias.» Y cita á Geoffroy-Saint-Hilaire. He aquí, pues, su plan : cree en un hombre único, modificado por los medios, y sus novelas van á versar sobre las diferencias que determinarán los medios entre sus personajes. Pero él no lleva las cosas á estas rígidas consecuencias ; ha tocado á la ciencia de pasada, y se pierde en seguida en consideraciones subalternas, insistiendo en una comparación entre el hombre y los animales que, en vez de aclarar la cuestión, la oscurece. «Luego que Buffon pintaba el león, acababa lo relativo á la leona en unas cuantas frases ; mientras que en la sociedad la mujer no siempre parece la hembra del macho.... El estado social ofrece azares que no se permite la naturaleza, porque aquél es la naturaleza más la sociedad. Sin considerar, pues, otra cosa que los dos sexos, la descripción de las especies sociales resultaba doble, por lo menos, que la de las especies animales.» ¡Ah!, sí; pero ya está por los suelos la sencillez del plan científico. Continúa el prólogo en medio de un flujo perpetuo de ideas, donde se ahogan los puntos de vista generales, y aumenta la confusión. Parece que Balzac no puede ceñirse á una idea amplia y sencilla ; su cerebro produce sin cesar ; los pensamientos se agolpan, y frecuentemente se contradicen ; se trata, como ya he dicho, de la visión colosal de un hombre que siempre está dando á luz, y es incapaz de síntesis.

Tal ha sido su genio. Ha fundado nuestra novela actual con la más soberbia, pero más caliginosa, de las producciones. No debemos pedirle ni sentido crítico, ni concepciones generales completas y precisas. Ha flotado entre todos los extremos, de la fe á la ciencia, del ro-

manticismo al naturalismo. Quizá, si pudiera leernos, renegaría de nosotros, sus hijos, porque encontraría en sus obras armas para combatirnos en medio del *tohu-bohu* (1) increíble de sus opiniones. Pero basta que sea nuestro verdadero padre, que sea el primero que ha afirmado la acción decisiva del medio sobre el personaje, que haya introducido en la novela los métodos de observación y experimentación, para que lo miremos como el genio del siglo. Si no ha estado, como él dice, *en el secreto del monumento*, no por eso deja de ser el obrero prodigioso que ha echado los cimientos de ese monumento de las letras modernas.

EMILIO ZOLA.

(1) Conservamos la expresión del original, compuesta de las dos voces hebraicas con que califica el *Génesis* el estado caótico de la tierra antes de la creación del mundo. (N. del T.)

ESPAÑA



Dos anécdotas. — Una población. — Impresiones. — Presos, mendigos, serenos. — Las posadas. — Los viajes. — La vida doméstica. — El carácter español. — La gente del pueblo. — La moderna literatura española. — Becquer, Galdós, Pereda, Valera, Alas, Menéndez y Pelayo, Emilia Pardo Bazán. — Dramaturgos y poetas. — La política. — El ejército. — La Emigración. — Final.

Conferencia dada en el Tyneside Theatre el 9 de Marzo de 1890.



Cada loco con su tema.

Los portugueses tienen una palabra especial, *saudade*, que significa un anhelo vehemente por algo pasado, el deseo de ver un sitio no visitado de larga fecha, una cara en mucho tiempo no vista. Á ser cierto lo que sigue, parece que hasta en el cielo se sienten esas saudades.

Cansado del Paraíso, pidió Adán que se le permitiese volver á visitar la tierra, aunque sólo fuera por unas cuantas horas. Se le dijo que lo hallaría todo cambiado.

¡No importa! ¡Había que ir!

Se encontró con que Inglaterra era un taller. Hasta la faz de la naturaleza estaba demudada. ¡Nada como él lo dejó! Francia, Italia, Alemania no llegaban á evocar ningún recuerdo. ¡Todo había cambiado! ¡Al Mediodía, pues, como las golondrinas! ¡Á España!

Así que empezó á picarle en las mejillas el ardoroso sol, así que se explayaron sus ojos por las fértiles vegas

de Valencia y de Murcia, y al contemplar el suelo inculto, asolado y desierto, exclamó extasiado : « ¡Ésta es la verdadera tierra que yo conocí! Bajo este olivo puedo sentarme, reposar y empezar otra vez á nombrar los animales, machos y hembras, según su especie ».

Un extranjero acertó á contar esta anécdota en una tertulia de Madrid, y un español distinguido, que estaba presente, formuló en estos términos la opinión de toda la concurrencia : « Sí, señor, y tenía razón. España es el Paraíso ».

Estas dos anécdotas, que figuran invariablemente en casi todas las guías de España, y que, si no son verdad, muy bien podían serlo, sintetizan en un todo su situación presente y la idea que tiene ó se supone que debe tener de su país todo español puro y neto.

Las influencias modernas del siglo XIX no han operado gran mudanza en España. Es el ferrocarril, y parece afectado de cierta indolencia, como si fuese ajeno á toda idea de precipitación y de impetuosidad ; casi se puede asistir al crecimiento de la hierba entre los rails, y aun puede uno quedarse dormido, y soñar que reina todavía Felipe II, y hasta que sigue en pie la Inquisición, á medida que recorre de asombro en asombro las sombrías calles medioevales de las decaídas ciudades castellanas. Nada hay que destruya la ilusión, á no ser los horribles trajes que se estilan desde que se ha afeado el mundo.

Donde faltan las estrechas líneas convergentes de la vía férrea (una admirable lección de perspectiva.... Y yo celebraré por siempre que hayan quedado en perspectiva), cobra tal fuerza la ilusión, que casi se confunde con la realidad.

Figurémonos un viajero. Hagámosle ir por mar á España. Sigámoslo acabado de llegar del cielo gris del Nor-

te á la diáfana atmósfera del Sur. Observemos qué efecto le produce la primera impresión de un país nuevo, deslumbrador como la llamarada de un relámpago, casi ofuscadora por lo insólita y lo brusca.

Supongamos que se hace noche antes de anclar el buque en las tersas aguas de un puerto de mar español—Vigo, por ejemplo, con su incomparable bahía y su magnífico panorama.—En el tranquilo seno del agua blandamente mecida, envuelta por todas partes en densas y misteriosas sombras, refléjanse millares de luces trémulas. Son los faroles de la ciudad fronteriza á él, que trepa colgándose por la sombría masa de una eminencia, cuyo vago diseño roquizo adivina más que ve el viajero. Las tenues luces rojizas que irradian de las casas, no hacen más que alumbrar el misterio de una ciudad desconocida.

Por las aguas flotan las notas prolongadas, vibrantes, del toque de retirada. Á la madrugada se apresura á despejar la incógnita.

Sobre un fondo montuoso y quebrado, y bajo un cielo que de instante en instante palpita con nuevas vibraciones de color, transparente, frío y sereno, como el que vemos al través de una puerta ó de una ventana sombría de antiguas pinturas alemanas, blanquean las apiñadas hileras de casas que forman la ciudad, á esa pálida luz precursora de la salida del sol. Aquí y allí, sobre el contorno irregular de los tejados, surge la cúpula plomiza de una torre, donde, al tiempo que el viajero mira, empiezan á agitarse las campanas, llamando á los que duermen á la vida y á la oración con grave y melancólico tañido.

Desembarca entusiasmado. No había visto hasta entonces espectáculo igual más que pintado por Hawes Craven, cuando había ido á ver *Irving* en el teatro del Liceo. Pasa una hora en el muelle en compañía de un

ganapán que dormita, esperando al aduanero que no acaba de llegar—un contratiempo que enfría su entusiasmo.—La curiosidad, excitada siempre en el español por la presencia de un extraño, especialmente si ese extraño es un extranjero; la curiosidad y el figoneo ocioso de aquellos barqueros haraganes y desocupados (desocupados, se entiende, no tanto por falta de quehacer como de voluntad), que, recostados en el desembarcadero, matan fumando las horas de la mañana; todo eso lo irrita. Se siente herido por la actitud recelosa de los carabineros, puestos de guante verde, que, apoyándose en la carabina, lían su cigarrillo, y lo miran á él con ceño. Empiezan á escocerle las mejillas, no hechas á las punzadas de aquel sol. Medita furioso una carta al *Times* sobre la barbarie de las instituciones y de los empleados españoles. ¡Maldice la hora en que fué á España! Un español, acostumbrado toda la vida á llevar con paciencia largas penalidades, un español para quien el tiempo no es nada y las molestias no existen, permanece inalterable é indiferente, ofrece pitillos muy campechano á la redonda, y *toma el sol* que dora el mundo en torno de él. Pero nuestro inglés echa chispas.

Por último, se encuentra en lo que dejaremos pasar cortésmente por un hotel (ya que tal se titula), el cual no dista gran cosa de las caravaneras árabes, ó Fondaks—y á la verdad, el nombre de *Fonda*, revela que trae su origen de Oriente.—El cuarto del viajero no tiene cortinas, ni alfombra; una cama de hierro y una silla de paja constituyen todo su ajuar. Desalentado con la falta de comodidades de la habitación, se pone á mirar distraídamente el trozo soleado de hierba que se extiende hacia el muelle enfrente del hotel. Sigue los movimientos de un caballo que pasta, el juego de dos pilluelos amari-

lentos, la faena de una mujer que siega la hierba con una hoz antediluviana, y que, al paso que siega, entona una de esas melancólicas canciones nasales, privativas de esa Escocia de España. Nota que hasta el sol tiene su melancolía, una melancolía más tranquila y serena que la de los largos días nublados de los climas septentrionales, pero melancolía al fin. Los sentidos parecen impregnarse de una tristeza desconocida, tristeza que se refleja en el rico, fértil y bello, pero tan melancólico paisaje de Galicia, en la rústica é indefinible tonadilla del canto del labriego y de las mujeres que lavan en el río.

Después del desayuno, callejeando hacia lo alto de la ciudad, acaba por hallarse en medio de una plaza de arcos. La plaza está rodeada de vastos, antiguos y severos palacios de granito, mansiones urbanas en otro tiempo de las poderosas familias que poseían las tierras de las inmediaciones de Vigo. Destácanse de sus ángulos escudos de armas, que también penden amenazadores sobre los sombríos portales, lo cual no impide—y es uno de los contrastes de España—que se codeen con esos edificios, é invadan sus mismos pisos bajos, tiendecillas y puestos que exhiben á la calle sus charrerías para engatusar á los sencillos campesinos. Nuestro inglés pasa por delante de la cárcel, donde andan revueltos asesinos y matuteros, hombres y mujeres. De una reja cuelga una cesta, atada á una soga, donde los parientes echan comestibles, y los transeuntes caritativos alguna pieza de calderilla. El Gobierno español, poco dado á ahitar á las gentes, no se preocupa de alimentar, sino simplemente de poner á buen recaudo las personas de los presos. Allí establece sus jerarquías la naturaleza del crimen. El mayor malhechor fuma tranquilamente á la reja, blanco de todas las miradas. Los vagos se hacen á un lado res-

petuosamente, cuando llega la mujer con tabaco y provisiones, y su grito de «¡Señores, mi marido es el asesino!» basta para imponer respeto.

¿Qué es eso que echa de menos el viajero? Al pronto no cae en la cuenta; pero en seguida, como herido por un rayo de luz, advierte que no se oye ruido de ruedas por ninguna parte.

Acompañémoslo al pasar de la claridad brillante de la plaza á las angostas y pinas calles, envueltas en fresca sombra, á esas calles donde interceptan la luz del sol los aleros, que casi se juntan, de los tejados opuestos.

La calle, mal empedrada, es desigual y tortuosa. Si allí se oye algo, es la resonancia de los cascos de una caballería sobre los pedruscos, ó el confuso murmullo de voces que sale de una puerta abierta. Una figura entapujada, que vuelve de la Misa de primera hora, se desliza junto á él con su libro de oraciones y su rosario. Casi siempre tropieza con algún cochinito que pasa chillando por entre sus piernas.

La calle nos saca á la Alameda, el paseo público que da al mar, tendido á sus pies como un lago interior encerrado entre montañas y matizado de blanco por las velas de las lanchas pescadoras que vienen de alta mar. Hace calor; embalsaman la atmósfera el aroma de los pinares y el fresco olor salitroso del Océano. El viajero empieza á sentir las influencias adormecedoras que lo circundan, una avasalladora pereza, una indiferencia apática. Parece haber dejado atrás los cuidados, allá, en climas más sombríos. Se estira en un banco, lía un cigarrillo sosegadamente como quien saborea un placer, y contempla un mendigo ciego sentado al sol, un montón de harapos, jovial y chancero con todo el que pasa. Comedida y solemnemente, no pronuncia más palabras que éstas: «¡Ca-

ballero, por el amor de Dios!» ¿No es una cosa curiosa y difícil de concebir que ese ente, tan deforme y horroso que espanta mirarlo, conserve cierta dignidad? Pero ¿no es un español, un cristiano.... un caballero? Dadle alguna moneda de cobre: «Que Dios le acompañe», os dirá cortésmente. Si le negáis la limosna, no pedirá que caigan maldiciones sobre vuestra cabeza; se limitará á deplorar gravemente que no abráis vuestro corazón á los clamores del pobre. Su condición no implica desgracia: aquel es su oficio, ni más ni menos que el de otros hombres el de carpintero ó herrero.

El sacerdote anda con solemne continente envuelto en larga ropa talar que barre la vía polvorienta. La pareja de guardias civiles, los sucesores de las Hermandades de Isabel la Católica, con su fusil al hombro, sus polainas negras y sus tricornios resplandecientes al sol, recorre infatigablemente el país, vigilando los caminos reales.

Antes de que el viajero vuelva al hotel se hace de noche. Sus pisadas repercuten al bajar la calle desierta, cuajada de negros bultos de sombra. Bajo un oscuro pasadizo abovedado, donde agoniza un farol de aceite ante una imagen ennegrecida de Nuestra Señora de los Dolores pintada al óleo, le sobresalta la aparición de figuras encapotadas, provistas de chuzos y faroles. Son los serenos, los guardianes de la tranquilidad de la ciudad dormida. Le alumbran hasta su hotel, y agitan el aldabón de hierro de la puerta, haciendo resonar la calle con los ecos que responden. Su espíritu se traslada involuntariamente á una población rural inglesa del siglo XVI: «¡Ay, amigo mío! ¡Dogberry y Verges no volverán á dormir nunca sin escándalo en Messina (léase *Stratford on Avon*), á la puerta de las iglesias!»

Olvidado de Inglaterra y de España en el país miste-

rioso del sueño, el viajero ve interrumpido el suyo por la voz del sereno, —siempre un viejo cascado, —que con acento lento y gutural pregona las doce de la noche y el estado del tiempo.

Y á medida que pasan los días, y el hechizo va ganándolo, rehace sus hábitos, desecha sus prevenciones británicas, su encogimiento y su reserva, y aprende á tratar á cuantos lo sirven, á esas mismas gentes á quienes en Inglaterra llamaría *las clases inferiores*, con una cortesía familiar á que sabe responder siempre el español más humilde.

Hasta que logra hacer esto, hasta que su sangre anglo-sajona se asimila algo del modo de ser ceremonioso y formalista gótico-español, el Sr. D. Juan Bull—el sencillo John Bull de Inglaterra—no se hace, como dicen los españoles, *un hombre formal*, un hombre de gravedad y peso—la prenda que más alta pone siempre el español. Hasta entonces no recibe las pruebas de benevolencia y de afecto del pueblo más sinceramente bondadoso y cordial de la haz de la tierra.

Y ahora dejemos á nuestro extranjero en Galicia, porque el tema me llama lejos de allí, aunque me apene volver la espalda á los hondos caminos pedregosos convertidos en ríos en invierno, umbríos y aromatizados en estío por las esencias del pino y de la aliaga, y poblados por la música del prolongado chirriar de las carretas; aunque me apene abandonar sus viejos caserones grises almenados, con sus cuadradas «torres de homenaje», donde en días ya ha mucho desvanecidos juraban fidelidad al rey los señores del dominio, torres resplandecientes de blancura en contraste con el sombrío verde del pinar que cubre la ladera de la colina.

Estoy hablando de España como es y ha sido siempre.

De la España de ópera cómica no tengo para qué ocuparme. Yo me refiero á la España gris, árida, barrida por los vientos, asolada; á la España que han hecho siglos de guerras; á ese pueblo tranquilo, digno, oriental, imperturbable, embozado en pardas capas, laborioso á pesar de lo indolente, impregnado por dentro y por fuera de esa extraña sombra de melancolía que lo distingue de todos los demás pueblos.

La España de ópera francesa ya se han encargado de hacerla familiar al mundo los periódicos ilustrados de Francia. El sol, las pulgas, las corridas de toros, el contrabandista, el flaco hidalgo, el zafio rústico, los ojos negros que asoman por la mantilla de blonda, las castañuelas, el baile gitanesco, todas esas cosas, ¿no las habéis visto pintadas con colores barrocos en el abanico y en la pandereta que podéis comprar por unos cuantos peniques en Biarritz ó en Arcachon?

Esa España, si realmente ha existido alguna vez, salvo en el susodicho abanico y en la tal pandereta, no es más que un transunto, una tradición desfigurada del drama calderoniano, del que especialmente se apellida «de capa y espada», de los alegres truhanes de las novelas picarescas, de la sociedad corrompida de los monarcas Borbones.

El sol, ¡ese sí!, permanece inalterable; los toreros y los gitanos no se han extinguido del todo; las guitarras todavía rasgúan en la estrellada noche; ladrones hay, pero más daño hacen al incauto viajero al presentarle cortésmente la cuenta del hotel, que con plomo y trabucos en los caminos.

¡No! Los españoles no son un pueblo de músicos y danzantes, ni tampoco de toreros y contrabandistas. No viven exclusivamente de cigarros y de ajos, ni consagran su existencia á bailar seguidillas.

Esas cosas y esos tipos han puesto su parte en la composición del carácter nacional; pero otros y bien distintos elementos lo han hecho tal cual es.

Un antiguo escritor inglés decía: «Un francés, apenas llega á vuestra casa, os pide de comer inmediatamente; un español se morirá antes que hacerlo». El mordaz Voltaire entiende que no hay gran hombre para su ayuda de cámara; el ingenioso Cervantes presenta á Sancho comprendiendo que su amo es un loco; pero, así y todo, respetándolo y queriéndolo por su noble natural.

No he de burlarme yo de los flacos y defectos de un pueblo á quien quiero. ¡No! Quédese para otros tan poco envidiable tarea. Es muy divertido y muy fácil dar una idea grotesca del genio español con exageraciones y sutilezas poco juiciosas. (Algo pecó por este lado Ford, á su pesar de que ningún extranjero conoció mejor ese carácter.) Por mi parte, veo algo más que respetar, que amar y admirar en esa dignidad altiva, en ese respeto de sí propio, en esas sobrias y sencillas costumbres, en esa cortesanía y afabilidad naturales, que son otras tantas características de todas las clases de la nación.

Las modernas ideas de progreso (bien entendido que yo, por mí, no llamo á eso progreso, ni por tal lo reputo) han pasado por la superficie de España sin echar raíces. Compañías extranjeras, belgas é inglesas, codiciosas de embolsarse su dinero, le han hecho sus ferrocarriles y laboreado sus minas. El español se ha plantado, con las manos en los bolsillos, sin preocuparse de que el resto de Europa ande en coches impulsados por el vapor; encuentra bastante buenas para él las maneras de viajar de sus mayores. Se ha apegado y se apega todavía á su coche de colleras, á ese viejo armatoste de madera des-

vencijado, cayéndose á pedazos, y tirado por ocho ó diez y seis mulas, que en cualquier otra parte ha pasado á ser una oscura tradición. Por los rincones apartados, inaccesibles aun á las mismas diligencias, viaja en caballería. Una *caballería* quiere decir un equino cualquiera, desde el manso borriquillo sepultado bajo la albarda rellena de paja—la silla de montar legada por los moros, que hoy mismo podéis ver exactamente igual, sin la menor alteración, en Marruecos—hasta el ligero jaquillo castellano. Con las alforjas á las ancas—las clásicas alforjas en que llevaba Sancho el pan moreno y los ajos, cuando seguía á su amo, el caballero errante, en busca de aventuras,—la bota llena de vino, y una escopeta herrumbrosa por delante (armas igualmente poderosas para desarmar las malas voluntades, y camino seguro la primera para atraer amable compañía), el español, embozado hasta los ojos, emprende su jornada dos ó tres horas antes de rayar el alba para estar bajo techado antes de que lo derrita el sol del Mediodía; las mismas escenas, la misma gente reunida á la puerta de la posada del camino que la que había delante de la venta en que paró Don Quijote al término de su primera jornada por la antigua y renombrada llanura de Montiel.

Antes de apearse, el viajero llama á gritos desde el camino á la posadera: «¡La paz de Dios sea en esta casa!» (dice). «¿No hay nadie aquí?»

Aparece la posadera. La despensa está bien provista. Hay de todo — conejos, perdices, pollos, patos, cabrito y patas de cerdo;—sólo que el conejo hay que cogerlo, la perdiz hay que matarla, y así sucesivamente. Allí están sin duda, pero en el corral, sacando el mejor partido posible de esta breve existencia. En resolución, hay pienso para las bestias—heno, paja y cebada—y vino tinto; ¿qué

hombre ha de ser tan desconsiderado que pida más en una jornada?

Todavía se hacen en España muchos viajes en caba-
llerías,—en asno ó mula,—y ¡ojalá sea así por todo lo
que me resta de vida! En esos apartados villorrios; en lar-
gos días pasados por los vericuetos de España con arrie-
ros y barqueros; en las ventas ó mesones de los cami-
nos, donde el hombre aprende á plegar sus necesidades
á las de la bestia que monta; allí donde se reúnen toscos
duleros y zagales; en las chozas de los campesinos; en
las casas de los sencillos y crédulos curas de aldea, donde
á menudo hay que pernoctar y pedir hospitalidad en tan
escondidos parajes, allí es donde vemos los usos y cos-
tumbres nacionales sin variación desde la Edad Media,
tal y como eran en lo sustancial cuando vivían juntos
moros y españoles en el corazón de la Península.

Conviene recordar que hasta 1839 los caminos reales
de España eran punto menos que impracticables. Por el
de Madrid á Ávila, v. gr., no podían transitar más que
mulos ó asnos, recogién-
dose por los estrechos senderos,
al través de pastos agrestes, serpenteando por los bordes
de escarpados precipicios y trazando una larga línea en
zig-zag á lo largo de las pendientes montañosas. El via-
jero, sorprendido por una nevada ó por una furiosa tor-
menta en esos salvajes y peligrosos caminos, en medio
de esas soledades despobladas, donde ni aun el refugio
de una venta podía esperar, avanzaba con riesgo de su
vida.

El camino de Ávila á Talavera (me ciño de propósito
á los caminos de una comarca que yo misma he recorrido),
el cual atraviesa las altas sierras intermediarias entre
la provincia de Ávila y Extremadura, era mil veces peor.
Difícil para carros é imposible para coches, antes de

:

aventurarse por él, un español hacía su testamento ; creo que lo hace todavía. No sólo había el riesgo de topar con mala gente—con ladrones, contrabandistas y otros de la misma laya—y de ser saqueado y asesinado ; había el de atollarse en un laberinto de baches, no sólo los coches y las reatas de mulas, sino los jinetes, ó el de ahogarse en los ríos, que se atravesaban con ayuda de *vadeadores*, á falta de puentes, es decir, de hombres que pasaban á nado de una orilla á otra, arrastrando pasajeros, coche y todo, ó caballerías con su jinete. En invierno había que renunciar de plano á la viajata ó dar un enorme rodeo para salvar los obstáculos.

Hemos tocado brevemente la cuestión de viajes. Veamos al español en la vida doméstica. El exterior de su casa es ingrato y tétrico. Los huecos están protegidos por balcones de hierro ó rejas sombrías. Atravesada en el balcón principal hay una palma, bendecida por el sacerdote el Domingo de Ramos, que aleja todos los espíritus é influjos maléficos. La casa, la gran escalera granítica, todo lo que hay allí, vasto y magnífico, sería un monumento en cualquier otro país. Deseáis entrar ; agitáis el pesado aldabón de hierro hasta que despertáis ecos huecos en el gran portal solitario y en la desierta escalera. Un ojo de una persona invisible os inspecciona un momento por el estrecho ventanillo.—«¿Quién es?»—pregunta una voz.—Respondéis :—«Gente de paz». El saludo es un *Ave María* á que se contesta gravemente: «Sin pecado concebida». Es el ceremonial indispensable antes de entrar en una casa española. Todo eso os lleva á las comedias de Calderón, á los días de intrigas amorosas, de espadines y de galanes embozados hasta los ojos. Es una reliquia de tiempos más agitados, en que la casa de cada hombre era una fortaleza donde permanecía á la defensiva.

Entráis y atravesáis los anchos tránsitos de piedra que conducen á la gran sala de recibo. Os llevan ceremoniosamente al asiento que hay en el testero de la vasta y desocupada estancia. Es el sitio de honor, el « estrado » de la Edad Media. No hay alfombras, ni colgaduras. Una estera de esparto cubre el piso de ladrillo ó de piedra, que enfría los pies. (No se olvide que estoy hablando del español de provincia, del « español rancio », del español apegado á los usos y costumbres de sus padres, de aquel para quien hablar en cristiano significa hablar en castellano.) En cambio, las hojas de los balcones y las puertas aparecen pesadamente recargadas de labrados y adornos. Son obras de arte, estilo Renacimiento. Pero no tardáis en enteraros de que ni unas ni otras cumplen el oficio para que las suponéis destinadas. Encajan mal, y no impiden el paso á la luz del sol ni á las corrientes de aire. Se cierran los postigos, cuando ya los cuartos están á oscuras ; eso es todo.

De las paredes de piedra blanqueadas cuelgan algunos cuadros empolvados. Metida en su nicho veis una santa imagen de madera, y á la entrada una pila de agua bendita. Observáis que no hay hogares. Las vastas chimeneas, ante cuyos troncos llameantes se acurrucaban los antepasados en las noches de invierno, están inutilizadas : las han tapado por arriba para que no entre el viento que por ellas bajaba. ¡Sí! Hay un hogar en la lóbrega y húmeda cocina, especie de calabozo : un fogón como á cosa de cuatro pies del suelo, de donde suben á la vasta campana de la chimenea morisca las tenues espirales del humo que forma un raquítico fuego de carbón de leña. Así el asado es un arte desconocido en la cocina española. Los pucherillos colocados en caballetes sobre la lumbre ahogada contienen su frugal alimento favorito : su « pu-

chero», su estofado, sus migas de pan fritas en aceite, su chocolate.

No hay que buscar en tal vivienda los recursos y comodidades del *comfort* burgués. La casa del español revela su origen oriental. Para una raza medio africana, medio hebrea, oriental del todo, la casa sirve más bien para vivaquear que para vivir, en contradicción con nuestras ideas modernas de vida. El verdadero castellano no conoce ni necesita otro fuego que el calor natural del sol —el sol, que es su dios.— Por muchas angustias que pase en su vasta, desnuda y fría vivienda, acurrucado sobre las cenizas de un brasero y arrebujado en su capa, todo lo olvida con sólo que pueda «tomar el sol.» Lo toma, como nosotros el alimento, ó las medicinas, ó cualquier otra cosa necesaria á la existencia. «Cuando Dios amanece», es su expresión usual para el momento de romper el día. Como el árabe ó el moro, pasa la vida en el campo ó en la calle. Sin duda come y duerme en su casa, pero en la calle es donde vive, en la calle es donde encuentra á sus amigos, en la calle es donde ventila sus negocios. La calle es las más de las veces su despacho.

¿Y las mujeres? Las deja metidas en la lóbrega casa, de donde él huye, en tan completa reclusión como la de un harem morisco ó un convento cristiano. Sólo en los domingos y en las grandes festividades puede vérselas por calles y paseos; la madre, envuelta como una morisca en los pliegues de un delgado mantón de cachemir negro, que asaz frecuentemente oculta un hábito religioso, y con su triste semblante, es una figura que os infunde respeto y os impresiona penosamente, con las vagas ideas que despierta de resignación, de sacrificio y nulidad femenina. Las hijas llevan la clásica mantilla.

Sigamos al español al campo, donde sus antiguos mé-

todos de agricultura nos trasportan á los días idílicos de Teócrito. Su arado se compone de dos palos en forma de horquilla, y lo arrastra una mula ó un buey,—lo mismo que el representado en los jeroglíficos egipcios,—exactamente igual á lo que hoy podemos ver pintado en los costados de la caja de una momia, al recorrer el Museo Británico. Toda su vida rural es heredada de los moros; los nombres de sus rústicos aperos, de sus árboles, de sus plantas, son puramente moriscos; lo son también los de sus pesos y medidas de trigo, vino y aceite. Su jardín es la *huerta* moruna, un sitio de sombra y agua corriente, aromatizado por el perfume de la flor y el fruto del naranjo, y donde indistintamente se cultivan legumbres, árboles frutales y flores, trigo, maíz y césped. Unos cuantos pelotones de olorosas enredaderas y de arbustos de suave perfume, de rosales y salvia roja; fragantes matas de albahaca y violetas, y las altas varas de azucenas, he ahí todo lo que sirve para acercarlo á la idea admitida de un jardín de flores. Los someros surcos que cortan el terreno en todos sentidos, cuando de mañana y á la caída de la tarde corre el agua por ellos, truécense en arroyos cuyo cristalino murmullo acaricia el oído con una sensación reparadora de sosiego. Este sistema de riego, el mejor del mundo, también lo introdujeron los moros. La alquería española es de una sencillez patriarcal: una granja larga, baja, corrida y bañada de sol. Si el dueño es un hidalgo, tendrá su torre gris de homenaje, y en el gran escalón de piedra que lleva á las habitaciones se ve una pesada losa tapando el pozo, que en tiempos ya bien distantes se dejaba abierto de noche, para que los ladrones y demás desagradables visitas, al tratar de subir la escalera, cayesen en sus profundidades. El interior, viejo, cayéndose á pedazos, no reparado jamás, de una limpie-

za inmaculada, trasciende á espliego y á rusticidad. Un montón de maíz en un rincón de la pieza de descanso, un galgo dormido en la galería soleada, una escopeta vieja y morrales de caza, atestiguan las ocupaciones rurales del dueño.

Por las rendijas del suelo sube el extraño y penetrante olor, no desagradable, del ganado y de las caballerías que hay debajo, y que podéis oír rumiarse ó tirar de las cadenas de los frenos; el olor del aliento de los bueyes, la suave fragancia de la hierba seca y de la mielga.

El tiempo no me permite más que indicar á la ligera el raro y original aspecto de una ciudad española; sus plazas de soportales, á cuyo alrededor se ven profundamente hundidas sombrías tiendas; los bajos y lóbregos pasajes abovedados que forman densas manchas de sombra entre los soportales, llenos en otros tiempos, en la época de Carlos V y de Felipe II, de fardos de mercancías. Delante de algunos aparecen montones de botas y de abultados pellejos de vino; en el rincón más visible está instalado el peso público, al servicio de todo el que llega; los huecos de los arcos los ocupan puestecillos donde ajustan y charlan los vendedores y su parroquia de aldeanos.

Y no he de olvidar los peludos borriquillos, esa parte íntima de la vida del castellano, que en el centro de la plaza menean pacientemente las orejas aguardando á sus amos, y algunos de ellos cargados de alcarrazas, cuya hechura os transporta de un modo involuntario al Oriente, de donde son originarias. Ni he de olvidar la plaza misma, empedrada de guijarros y desigual como las olas del mar, donde duerme el sol, y donde largas reatas de mulas permanecen inmóviles tostándose; plaza atestada de una muchedumbre alborotadora, regocijada y bulli-

ciosa, muy ocupada en no hacer nada. No he de olvidar los gritos estridentes de las vendedoras, ni la extraña tonadilla que canta con voz gutural un mozo de mulas, ni el peregrino de Santiago que se abre camino entre la multitud, provisto del clásico báculo y de la calabaza, y adornado de conchas cosidas en la delantera, mendigando una limosna para ayuda de la jornada.

Tales cosas, tales contrastes, no los hallaréis en ninguna otra parte de la Europa moderna; y esto constituye, en mi sentir, el encanto íntimo de España: su incapacidad de asimilarse las ideas y costumbres de cualquier otra nación, su falta de receptividad para todas las influencias modernas, la dificultad de reducirla á la insipidez y domesticidad ordinarias, que hacen igual la vida moderna dondequiera, lo mismo en Berlín que en Bucarest.

Detengámonos á inquirir un momento las causas que hacen á la nación española tan obtusa á todas las influencias modernas. La primera deriva del atributo más saliente del carácter nacional español: la entereza. El español se precia de ser *muy entero*, lo cual significa que se aferra tenazmente á sus opiniones, una vez formadas. Ahora bien: los españoles formaron sus opiniones en el reinado de Felipe II, y se han aferrado á ellas desde entonces.

Permitidme ilustrar este rasgo del carácter español con un hecho histórico, que procuraré presentaros con la mayor claridad posible.

Ha corrido vulgarmente la idea de que España era un país atado sin resollar á los decretos de Roma. Nada de eso. Notemos que Fernando é Isabel, los Reyes Católicos por antonomasia,—tal fué el título que les otorgó el Papa de entonces;—ni admitieron ni toleraron el ejercicio de

la autoridad pontificia dentro de sus dominios. El Papa podía ser príncipe de Roma, pero ellos eran reyes de España. Se reservaron el derecho de nombramiento para la provisión de todas las dignidades eclesiásticas; las bulas pontificias hubieron de sufrir el examen riguroso del Consejo Supremo de Estado antes de poder circular, y se suspendían á placer, cuando se estimaba conveniente. La torva esfinge del Escorial—el tétrico, el incomprendible, el brujo Felipe II, ese enigma que todavía no han podido descifrar los historiadores, decidiendo si era un santo ó un demonio—heredó de su padre Carlos V, y llevó hasta el último extremo, las tradiciones de sus antepasados. Siguió sometiendo los decretos pontificios al examen más estricto y riguroso para averiguar si contenían alguna cosa contraria á las prerrogativas del Rey y del Reino, en cuyo caso se suspendía su circulación hasta recurrir al Papa, bien para que los retirase ó modificase, bien para que dictara otros nuevos.

Y aquí del carácter español. La retención se calificaba de suspensión, y apelación del Papa mal enterado al Papa mejor informado. De *Felipe ebrio á Felipe despejado*. Esta fórmula humilde y sumisa no era más que un hipócrita ardid. Si llegaba de Roma otro decreto con el mismo propósito, se rechazaba nuevamente, bajo la hipótesis de que el Pontífice seguía en su ignorancia. Si el Papa excomulgaba á los autores de esa terca conducta, se declaraba nulo y sin ningún valor el anatema. Insistir por tercera vez en el mismo asunto, hubiese demostrado, según las ideas españolas, una tenacidad contraria á toda regla y conveniencia, é inconcebible, por lo tanto, desde ese punto de vista; así los jurisconsultos españoles declaraban contumaz ese proceder (sin ejemplo, á la verdad).

Una segunda causa existe, á que debemos la supervi-

vencia de esa vida nacional de España genial, privativa y singularísima. Es la Inquisición. ¡Sólo el nombre estremece! Pero, dejando á un lado prejuicios religiosos (porque la historia religiosa del Protestantismo y del Catolicismo no podrá escribirse con imparcialidad hasta el siglo que viene, y nosotros no hemos de vivir para verlo), la horripilante tramoya con que la Inquisición destrozaba los cuerpos y aherrojaba los espíritus era, en sus peores días, un instrumento político tanto como religioso, y aun más lo primero que lo segundo. Hizo la unidad religiosa, y, bajo la égida de esa unidad, perpetuó la vida nacional de España. Sectas y sectarios, anabaptistas, tembladores, cuáqueros, anglicanos latitudinarios, altos y evangélicos, nada de eso ha reinado y florecido en España. Los que alardean de despreocupados en las ciudades, todavía van á Misa furtivamente, como si fueran á cometer un crimen. Cuando se solemniza una fiesta, las iglesias están atestadas, y en la gran catedral sombría contempla el rudo pastor, pasmado de asombro, el famoso Cristo que veneraron su padre, su abuelo y todos sus ascendientes desde los Reyes Católicos.

Y ahora hablaré brevemente de la gente del pueblo, el secreto de la pasada grandeza de España, y.... ¿quién sabe?.... quizá de su grandeza futura. No hay otra igual en Europa en punto á espíritu de libertad, á independencia, sufrimiento y nobleza nativa. Hallam, que ha hecho tal observación, como todos los que han escrito sobre España, insinúa que eso es así quizá porque, al revés de Inglaterra y demás países europeos de la Edad Media, en Castilla nunca se conoció la villanía. Todos sus hombres eran soldados, y todo el que llevaba armas contra los moros se hallaba ennoblecido — ennoblecido, no sólo por el uso de las armas, sino por el gran ideal que ante

sí tenía de luchar por la independencia de su país.—Todas las provincias de España aparecen aún ennoblecidas. En Castilla todo hombre es un hidalgo, y lo parece hasta el más tosco, hasta el más grosero rústico que se pasa la vida guardando ovejas en los pastos de alguna aldehuela rural, pero cuyo bravío continente está lleno de resolución, de denuedo, de vigorosa dignidad y propia estima. El espíritu esencialmente democrático que tales causas alimentaron en la nación, nunca fué más evidente que en los sombríos tiempos de la Inquisición y de Felipe II. Los nobles pesaban é influían poco en los Consejos nacionales. España hervía en caballeros y aventureros, entre los cuales no era siempre fácil trazar una línea divisoria, determinando dónde acababa el caballero y dónde empezaba el aventurero; no había gran riqueza ni gran pobreza; caballeros pobres.... ésos sin fin. Hoy este principio es íntima y notable característica de la sociedad española, donde una duquesa no cree rebajarse por estrechar la mano del hortera que le vende sus perifollos, ni por charlar con él ínterin el mancebo fuma su cigarro detrás del mostrador.

Si tal sentimiento democrático es causa ó efecto del mayor refinamiento nativo del español, ostensible especialmente en el hombre del pueblo; si el clima, si las propicias influencias del sol, del calor y de la luz, bajo las cuales nunca pueden pesar tan gravemente los cuidados roedores de la vida, han desenvuelto en las razas latinas y meridionales una superior susceptibilidad intelectual y física para todos los influjos refinadores; ó si se debe á la mayor holgura dejada al cuerpo y al espíritu por el mayor número de ocasiones de expansión que les ofrece la gran cantidad de festividades y vacaciones religiosas, las cuales constituyen una buena mitad del año; ó si el hecho

dimana, en fin, de las superiores influencias estéticas que sobre el español acumulan desde la más tierna juventud infinidad de espléndidas ceremonias, — el culto, lleno de ritos y de símbolos, de su Iglesia; las grandiosas y solemnes procesiones que dan vuelta á las naves de las umbrosas y veladas catedrales; el grave y sombrío canto llano que retumba en las bóvedas; los fragantes perfumes que se elevan, como una nube de vapor, de los oscilantes incensarios; la opulencia voluptuosa de color, de luz y de sonidos; el órgano que interpreta para oídos terrenales el *Te Deum* de los coros angélicos; las imágenes, patéticas, tristes, benignas, dulces y misericordiosas, medianeras de sus humildes plegarias....., — cosa es que yo no he de intentar decidir.

Lo seguro es que á las gentes del pueblo no puede llamárselas en España las clases inferiores. En vano buscaremos algo que se aproxime vagamente á la degradación, á la embriaguez, á los horrores, á la abyecta y asquerosa humanidad que forman el grueso de la población de Londres, de Glasgow y las ciudades industriales de Inglaterra. El aldeano ó el artesano españoles — allí el artesano se llama artista, maestro, como en los gremios de oficios de la Edad Media — bebe rara vez, gusta vestir de fino y llevar camisa limpia; tiene una afición pronunciada al juego, sea á la lotería del Estado, sea á las cartas. Sus diversiones pertenecen á la índole de las que en Inglaterra consideramos casi exclusivamente reservadas á lo que llama el convencionalismo las *clases superiores*. Ver al pueblo en esos momentos dichosos en que abandona el taller ó el campo, verlo rascar la guitarra y bailar á la puerta de la taberna en alguna aldehucha rural, ó abrirse paso á empellones en una romería á algún santuario, según la costumbre de remotas generaciones, es un espec-

táculo en que el artista puede descubrir infinito atractivo, infinito color y belleza infinita. (¡Dichoso él, si acierta á interpretarlo!)

Los economistas políticos han clamado contra las fiestas y vacaciones, llegando el extremo de achacarles la decadencia de España. Hasta el venerable Feijóo, el sabio Benedictino gallego, que desde la celda del monasterio ovetense de su Orden (que estaba reservado á una generación posterior convertir en despacho de una oficina pública, donde un empleado repantigado embauca al público y hace lo propio con el gobierno); que desde su celda, digo, escribía aquellos maravillosos tratados sobre los errores y preocupaciones de su época, atrayéndose detractores y fama, según es ordinario patrimonio de los grandes espíritus que marchan delante allanando el camino del progreso; que habló de la situación y educación de las mujeres en términos á que dudo yo si suscribiría ahora un español de la clase media ó de la alta (¡oh, la ignorancia de vuestro *burgués* y de vuestro necio noble!....); hasta él encontraba en las frecuentes romerías y en el sinnúmero de días de fiesta un influjo funesto, mientras que nosotros, en el siglo XIX, estamos convencidos de que todo hombre que trabaja tiene tanto derecho como cualquiera, y más *a fortiori* que el que no trabaja, á ese descanso que le permite aliviar la tensión de las fibras del cuerpo y del espíritu rudamente atormentadas.

Desearía decir unas cuantas palabras sobre la moderna literatura española, ya que ha adquirido un desarrollo original muy importante, y está llamada á ocupar un alto puesto entre las literaturas nacionales del siglo XIX. Quizá ningún país puede vanagloriarse de poseer un grupo tan brillante de escritores—verdad es que puedo contar-

los por los dedos ; «son pocos y buenos», como dicen los españoles.—Sobre todos ellos brilla, fantástico, impalpable, como un fuego fatuo ó como un pálido fulgor de luna en el césped, el singular genio vaporoso de Becquer, que en sus fantásticas y mágicas leyendas y en sus versos primorosos parece haber heredado y transmitido á esta generación el mismo espíritu que produjo el miticismo de la Edad Media, é inspiró á San Juan de la Cruz. Murió á los treinta años contumido de tristeza.

Pérez Galdós, el pensativo y reservado isleño canario, es el observador realista de la moderna sociedad española, de esos violentos contrastes causados por la lucha entre la antigua vida nacional de España y las influencias perturbadoras del pensamiento moderno y de la vida ultrapirenaica.

Si queréis formaros alguna idea de la España moderna, de España tal como es á la hora que corre, la hallaréis retratada en vivo por un artista, cuyo pincel no perdona el pormenor más insignificante, disecada por el escalpelo de un hábil anatómico, en *Gloria*, *León Roch*, *El Amigo Manso*, *El Doctor Centeno*, *Tormento*, etc. Por su índole y por su realidad histórica, los *Episodios Nacionales*, forman partes integrantes de la literatura nacional de España, donde los acontecimientos dramáticos que constituyen la historia del país á fines del siglo último se enlazan con una serie de ficciones, en que los ojos avezados á descubrir tesoros pudieron adivinar el esplendor futuro de *León Roch*. En los tipos que viven en las páginas de esa ficción monumental encontraréis la misma delicada pintura de caracteres, el mismo relieve de claro-oscuro, el verdadero interés dramático, que después han dado fama á su autor.

Pereda, un hijo de Santander, se ha consagrado á

describir de mano maestra las costumbres, las figuras y la vida, tan dura como pintoresca, de los laboriosos montañeses y rudos pescadores de su país natal.

Con seguro pulso va dejando en el lienzo pinceladas vigorosas, hasta que una aldehuela, anidada en la ladera de una colina cubierta de castaños, ó sepultada en la sombra del valle al lado de algún sonoro riachuelo de truchas, con las vidas, secretos y pensamientos de sus habitantes entretnejidos en un humilde drama, queda expuesta á vuestra vista. Galdós pinta una fase efímera de la sociedad, cuyos elementos se disuelven al tiempo que él los describe; una fase que, dentro de veinte ó de cuarenta años á lo sumo, será anticuada — tan anticuada como la descrita por Balzac.—¿Vivirá él? ¿Hay en sus libros esa virtud, esa realidad, que por su verdad innata desafía al tiempo y á la opinión pública, y conquista la inmortalidad? No podemos decirlo. Que Pereda vivirá,— que vivirá bajo la sombra de Cervantes, como uno de los más grandes novelistas europeos después de él,—eso me parece indudable. Ha descrito un estado social rústico y una manera de ser que han resistido al curso de los siglos. Anda á vueltas con realidades, no con problemas psicológicos; descubre más belleza en las faenas rurales y en una fiesta campestre palpitante de vida y de color, que en las aberraciones intelectuales de la vida social enteca y relajada de Madrid. El uno toma al hombre en el seno y bajo el influjo de una naturaleza eternamente la misma, en medio una sencillez patriarcal de vida, tan verdadera hoy en las montañas de Asturias como en los tiempos pastoriles de la antigua Grecia; el otro toma la naturaleza humana alterada por el conflicto de influencias que se cruzan en un momento efímero de una vida social artificiosa—una naturaleza cuyo equilibrio se ha

destruido, ó cuya armonía se ha perturbado profundamente.—Al leer *El sabor de la tierruca*, Pedro Sánchez, *Sotileza*, oímos el mugido del ganado y el lento cencerreo de la esquila, cuando baja pausadamente á recogerse atravesando las oscuras callejuelas de la aldea; observamos avanzar el otoño sigilosa y tristemente; vemos los árboles desnudos manando lluvia ó rocío, y las bandadas de aves marinas, despedidas de la costa por el frío y la tempestad, posándose tierra adentro en los campos de rastrojo entre las cañas secas del maíz. Vemos á los aldeanos acurrucarse en torno de la llama mientras el granizo azota las paredes, y al ganado rumiando cabizbajo, empapado de humedad en el corral; escuchamos el pesado y melancólico viento de otoño, que, enfureciéndose, arranca las tejas de los humildes techos, arremolina las hojas secas de los castaños, y abate la vieja torre ruinosa de la iglesiuca. Seguimos fascinados los incidentes que entretejen la vida de las humildes *dramatis personae*; el carácter inocentón del sencillo cura de aldea, cuya sagacidad campesina es bastante penetrante sin embargo para leer al través de las marrullerías de sus feligreses; la codicia del labriego rico que presta dinero y aprisiona á sus pobres convecinos en terribles redes de donde no hay escape; el pobre, altivo y sencillo hidalgo, cuyos escudos ennegrecidos, reduciéndose á polvo sobre el portalón de su vieja casa desmantelada, no ahuyentan el hambre de la puerta; las supersticiones inocentes, á menudo terribles, de los aldeanos: todo eso vive y alienta en páginas que encierran la verdad de la realidad misma, y el amor de un entusiasta de esa verdad.

Contemos también á Valera, el embajador y erudito, el primoroso *dilettante* literario, entre los novelistas preeminentes de España. *Pepita Jiménez*, por lo artístico de

la forma, y por la absoluta armonía entre la idea y la vestidura que la envuelve, sería una joya en cualquier lengua.

Leopoldo Alas campea en la crítica. En un estilo sencillo, terso, tan natural y sin artificio, que de él podría decirse lo que Fr. Luis de León de Santa Teresa : que es «la misma elegancia», desahoga una sátira mordaz, corrosiva como un ácido, ó un humor delicado y sublime, que es fascinador y delicioso. Es terriblemente sincero, pero terrible de veras, y usa sus armas sin piedad. Tal crítico debe ejercer de seguro un influjo casi incalculable en la formación y elevación de los moldes de la literatura contemporánea. No hay en España en este instante quien escriba tan libre de amaneramiento y de hinchazón. Desde este punto de vista, lo más ligero que haya podido escribir es inapreciable. Ha publicado una gran novela, una novela de tanto valor, que lo coloca en la primera plana de los novelistas modernos. Si fuese más breve y condensada, podría compararse á la obra más grande que ha producido el realismo español de la Edad Media, la gran tragi-comedia *La Celestina*.

Un crítico me lleva á otro. Una reseña, aun breve, de la literatura española contemporánea, sería incompleta, si no mencionase el nombre de Menéndez y Pelayo. Ha escrito una obra sobre la historia de las Ideas estéticas en España desde los tiempos más remotos, demostrando cómo y hasta dónde han sufrido el influjo de las ideas importadas de extraños orígenes. Al par con la alemana y francesa, atraviesa un inmenso ciclo de la literatura inglesa,— la escuela de filosofía escocesa, Reid, Stewart, etc. ; Cowper, Pope, Dryden, Carlyle, Ruskin,— juzgándola con una precisión y un criterio sólo posibles mediante un largo y continuo estudio de la literatura de Inglaterra. Este libro de erudición y de investigación, del más serio

y circunspecto pensamiento, y de profunda y aguda crítica, á haberse escrito en Inglaterra ó Alemania en lugar de España, estaría traducido á estas horas en todas las lenguas europeas como una obra magistral. El autor se ha impuesto la tarea de reivindicar y resucitar la gloria literaria y científica de España en los siglos xv y xvi, período en que todos los críticos extranjeros han afectado descubrir una notable penuria de ideas filosóficas y originales. Ha llegado á probar que, á despecho de las trabas puestas al pensamiento por la Inquisición, España pudo vanagloriarse en esos siglos de poseer escuelas y maestros de filosofía tan originales, tan grandes é ilustres como los de cualquier otro país de Europa; que en sus obras puede encontrarse el germen de esas grandes ideas, de esas revulsiones del pensamiento, que á otras naciones estaba reservado desenvolver. Ha reivindicado la fama de Gómez Pereira, cartesiano antes que Descartes; de Vallés, el terrible adversario de la cosmología aristotélica; de Huarte, el padre de la frenología; de Servet, el descubridor de la circulación de la sangre; de Fernán Pérez de Oliva, que consumió su vida en experimentos con el intento de ver cómo dos pueblos, separados por la distancia, podrían comunicarse mediante el imán; de Luis Vives, que preconizó el método inseparablemente asociado después al nombre de Bacon.

Y una mujer no puede dejar de citar á la más grande escritora de España, acaso de Europa—en Inglaterra no puedo nombrar ninguna que se le acerque,—á Emilia Pardo Bazán, cuyos artículos sobre la situación de las mujeres españolas tanto han llamado la atención últimamente en las páginas de la *Fortnightly Review* (1). Su vida lite-

(1) Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA conocen esos artículos, empezados á publicar en el número de Mayo último. (N. de la D.)

raria es una vida llena de trabajo. Desde el estudio de las leyendas, de la filosofía y del movimiento histórico de la Edad Media, que nos ofrece en su *Vida de San Francisco de Asís*, hasta un opúsculo sobre la cuestión que conmovió un momento á toda la España literaria, — *El realismo y el idealismo en el arte: Zola versus Víctor Hugo*, — ha explorado los campos más diversos de la literatura con éxito brillante. Ha dado conferencias sobre el Nihilismo, movimiento que considera henchido de vigor y de vitalidad, por la sencilla razón, como ella decía, de que no sabía una palabra de las cosas de Rusia, y, por lo mismo, se hallaba en la situación más favorable del mundo para formar una opinión imparcial. Ha escrito mucho, pero indudablemente las obras de valor más artístico que le debemos son una ó dos novelas, *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza*. Estos dos solos libros la colocan muy por cima de todos los escritores de su sexo que yo conozco en Inglaterra. En ellos describe, con sentida verdad é infalible exactitud, la escena y las añejas costumbres del país en que ha nacido y morado la mayor parte de su vida—de Galicia.—Están llenos de vida, de color y de un interés dramático sostenido.

Entre multitud de novelas y obras de otras clases, permitidme citar un volumen de encantadores bocetos sobre su tierra nativa, *Mi Tierra*, y otro de novelas cortas, *La dama joven*, en los cuales barrunto yo algo como un aire de Bret Harte, y que, cuando llegue á escribirse la historia de la literatura presente de España, se colocarán quizá en tan alto ó más alto puesto que las novelas de mayor desarrollo que he mencionado.

Á ella ha de deber probablemente España (yo así lo espero) una educación superior de sus mujeres. Inteligente, ingeniosa, llena de iniciativa, perteneciente por

su nacimiento á una de las más nobles familias de Galicia, ha hecho ya por esa causa más de lo que podía esperarse razonablemente de esa criatura tan pronto idolatrada como desdeñada, sufrida y pacientísima, que llaman mujer los españoles.

Entre los dramaturgos y poetas puede contar España nombres como Zorrilla, Campoamor, Ayala y Echegaray, que, sobre ser un dramaturgo de cuenta, es un científico de nota.

Nombres secundarios acuden en tropel á mi memoria, pero los dichos pueden compararse ventajosamente, por la originalidad de su genio, con los principales representantes de la literatura contemporánea de cualquier otro país de Europa.

Sobre la España moderna se ciernen un sufrimiento y una melancolía indescriptibles, que no pueden menos de impresionar á todo espíritu pensador. En medio de su bello y armonioso abatimiento, ha podido vivir, ni envidioso ni envidiado, un pueblo feliz, aunque pobre, una clase rural y artesana industriosa.

Pero ha sentido la inquieta y maldita influencia de la gran revolución, ó, mejor, evolución industrial que ha transformado el grueso de la población de Europa en una masa de esclavos del trabajo y de fabricantes de fortuna; en Madrid, en Barcelona y en las ciudades comerciales va tomando incremento una clase media, vana y vulgar—excrecencia fungosa de unos cuantos años,—va extendiéndose un mal barniz de burguesía á la moderna, extraño totalmente á la vida y á los instintos nacionales, que modifica, pero no destruye; lo cual, junto con otras causas, por ejemplo: la tributación absolutamente desproporcionada de los campesinos, agobiados hasta los últimos límites de lo posible, para saciar la codicia de los políticos

menesterosos que plagan como langostas á Madrid; y la existencia de un Gobierno, que parece tener por único objetivo sacar hasta la última tira de carne del agricultor, con el solo fin, á mi juicio, de sostener un ejército inútil considerable: tales son los vampiros que chupan la sangre de los hijos del país.

El español jamás se cansa de declamar contra la general corrupción que va ganando hasta los ramos inferiores de la administración pública; pero nunca trata de remediarla.... *¡Cosas de España!*

Los soldados pululan. Cierto que ya no se sientan á pescar con una cuerda atada á la bayoneta en las ciudades marítimas; ni hacen ya centinela en castillos ruinosos, dormidos á la sombra de su casaca, y apoyados en el fusil, mientras transcurren las horas de su supuesta guardia; ni ya, al pasar vosotros, sacan la morena mano de una casaca verde hecha girones para implorar vuestra caridad silenciosamente. Rara vez los veréis hoy dormidos guardando vigorosos prisioneros que cortan la hierba con machetes en la plaza pública, como si se tratara de árboles. Tiene su uniforme, y hasta borceguíes, que cambia por alpargatas cuando va de marcha; pero la soldada sigue siendo cortísima, y muy escasas las raciones.

La artillería, correspondiente á las *Household Troops* de Inglaterra, es la flor del ejército español; la caballería, bien montada, pero mal disciplinada y equipada, y sin más objeto ostensible que derrochar la fortuna pública, es de poca entidad; la infantería, de un aguante increíble para las penalidades, sigue haciendo honor á la fama tradicional de infatigable para la marcha, que fué su característica en la Edad Media. Los oficiales, mal pagados é ignorantes en los grados inferiores, se hacen ambicio-

sos, sin dejar de ser ignorantes, cuando llegan á la categoría de coroneles. Su primera idea se reduce á medrar por cábalas políticas; sus distracciones, á las corridas de toros, las cartas y devaneos con las mujeres de las ciudades adonde van de guarnición. Unos y otros, soldados y oficiales, son una de las llagas del país, una de las causas, á más de las dichas, de esa creciente emigración al Río de la Plata y á Chile, que ha tomado tan alarmantes proporciones, de lo que constituye el nervio del país, y cuya ausencia habría de hundirlo en una ruina absoluta: de la clase rural.

Un gran propietario español me decía el otro día: «No sé que vamos hacer todos en presencia de esta emigración creciente. Nosotros mismos no podemos cultivar nuestras tierras, y se están marchando todos los labradores. Nos vamos á ver frente á frente de la ruina.» Hace poco he pasado por aldeas del Norte de España, donde había pintada en cada puerta una tosca cruz roja, señal del abandono y la ausencia. Cuando me paraba á escuchar con ánimo de oír el canto acostumbrado del campesino, tan vivo en mi recuerdo, me encontraba con un silencio de una significación conmovedora. Los hombres han abandonado en masa una patria que ha sido para ellos madre tan dura, y sólo han quedado las mujeres y los niños.

Cosa singularmente triste, y que oprime el corazón, es ver cómo en España un gran ideal, que inspiró siglos de pensamiento, de arte y de vida, yace vencido, sepultado, aplastado, aniquilado bajo las ruinas materiales de su grandeza. El frío y el olvido en que reposa la iglesia de San Marcos de León, el célebre monasterio y hospital de los ricos caballeros de Santiago, donde se halla la celda en que estuvo recluido Quevedo—uno de los monumentos

más magníficos que posee España de la primera época del Renacimiento, —ese frío y ese olvido os penetran á vosotros hasta la medula. El monasterio se ha convertido en un museo de antigüedades insignificantes. Los chiquillos andrajosos del portero juegan alrededor de la antigua y grandiosa sillería esculpida del coro alto. El órgano permanece silencioso. Á poderlo mover, tiempo hace que estaría vendido. La inmensa cajonería de la sacristía, de una labor cuyo arte parece enteramente perdido, y que encerraba los espléndidos ornamentos de brocado, aguardan vacías la hora en que el portero las rompa y queme para hacer fuego. Al promulgarse el decreto suprimiendo los monasterios, los doscientos Padres Escolapios que conservaban y amaban el edificio se vieron expulsados en una sola noche; ahí está, como testigo de su precipitada fuga, el altar despojado y hecho trizas.

Lo que con los conventos, pasa con el pueblo. Los maragatos, esa raza extraña y singular, agrupada en comunidades á semejanza de los gitanos entre las montañas de rojiza arena de Astorga, los tradicionales carreteros de España, con sus largas hileras de carros y sus reatas de mulas cargadas,—el más singular, agreste y pintoresco espectáculo que pueden ofrecer los caminos vecinales de España,—su origen y el de su curioso traje y ceremonias de matrimonio, perdido en la noche de la antigüedad (algunos dicen que descienden de los godos; otros que de los moros): todo eso va pasando. Mañana se habrá desvanecido. Los ferrocarriles hacen superflua tal raza de hombres, y no podréis descubrir rastro de su existencia más que en las leyendas subsistentes en el campo, en vuestras exploraciones de antigüedades históricas, en medio del polvo y confusión de las bibliotecas públicas.

Sería interesante reflexionar cuál hubiese sido hoy la suerte de España, si la idea de libertad política y religiosa hubiese hecho brillar su señuelo tentador á los ojos de los Reyes Católicos, si el temperamento de esos Reyes, y el del pueblo que gobernaban (porque el estímulo procede del corazón de la nación), hubiese sido más tolerante y menos exclusivo. •

España y sus colonias probablemente habrían ejercido un influjo preponderante en el mundo. En vez del hombre que habla inglés divino de Mr. Stead, acaso hubiésemos tenido que contar con el español. Sus aptitudes agrícolas habrían sido explotadas por los moros; los judíos se hubiesen encargado de sus intereses materiales; todo esto bajo la hipótesis de una tolerancia de ideas que hubiese colocado á España en el rango más preeminente de los reinos de Europa. No es aventurado decir que hoy sería uno de los primeros países industriales del mundo, que millones de fábricas estarían vomitando por sus chimeneas sucias nubes de humo y ennegreciendo el cielo radiante que cubre las grandes llanuras melancólicas de Castilla ó las agrestes dehesas andaluzas. Sus ciudades, tan hermosas en su abatimiento, no existirían; su vida agrícola, que en su primitiva sencillez nos transporta á los días idílicos de Teócrito, habría desaparecido (como ha pasado en Inglaterra), y sus leyendas tiempo ha que estarían olvidadas.

Séame lícito decir que nos precipitamos demasiado al desdeñar la importancia de esos países retrógrados, estancados, decaídos (llamadlos como queráis); olvidamos que son nuestro único nexo material y visible con el pasado; que el pasado sólo en ellos puede estudiarse hoy; que no han destruido su íntima conexión con él irremisiblemente, como Inglaterra, como Alemania, como

Francia. Y no es que estos países carezcan de lo que llama la guía (yo debo parecer fanática por las guías) *monumentos de arte*, sino que tales monumentos son eso sólo : simples monumentos, por hallarse roto el vínculo que los unía con el espíritu y la vida nacional. Mirados con una especie de compasión protectora por algunos,— « ¡pobres antiguallas! ¡cuánto duran! », — con verdadera admiración por los más, con una tristeza pensativa por los menos, todavía están ahí como secos esqueletos de cosas y de ideas que han sido, pero que ya no son.

Recordemos que esos países, que se han detenido y como cristalizado en cierto punto de su carrera, tienen harta más importancia que cualquier país consagrado á la industria, en el desarrollo y continuidad de las facultades íntimas más valiosas del hombre. Recordemos que por más que á una crítica somera puedan parecerle simplemente tristes y hermosos museos de antigüedades, aún les presta calor la vida de otras edades, y han representado más importante papel en la historia de la cultura humana que cualquier estado social posible hoy.

Ellos nos abren horizontes que quedan tras de nosotros, horizontes que va oscureciendo un poco más cada año que pasa de la historia, horizontes en que el espíritu, fatigado de vías férreas y hastiado de la fealdad y brutalidad de los progresos materiales con su cortejo de miserias, puede buscar y hallar sosiego, reanimación y luz.

GABRIELA CUNNINGHAME GRAHAM.

LA ARLESIANA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

PARA dirigirse al pueblo, conforme se baja de mi molino, hay que pasar por delante de una masada construida cerca de la carretera, en el fondo de un extenso patio plantado de guindos. Es la verdadera casa del cortijero provenzal; la casa de tejas encarnadas, de extensa fachada con huecos de puertas y ventanas irregularmente abiertas, con su veleta encima del granero, la polea para subir á los trojes las cargas de grano, y algunos montones de heno que sobresalen....

¿Por qué había llamado mi atención aquella casa? ¿Por qué me oprimía el corazón aquel portal cerrado? No hubiese yo podido explicarlo, y, con todo, aquel lugar me daba frío. Reinaba en sus alrededores demasiado silencio. Cuando se pasaba cerca no ladraban los perros; las gallinas de Guinea huían silenciosas. ¡Dentro, ni una voz! Nada; ni el cascabel de una mula. De no haber visto el humo que se elevaba del techo, hubiérase creído deshabitada la casa.

Ayer, cerca de mediodía, regresaba yo del pueblo, y para librarme del sol caminaba á lo largo de la fachada, bajo la sombra de los árboles....

En el camino, delante de la masada, algunos criados silenciosos acababan de cargar una carreta de heno.... El portón había quedado abierto. Al pasar dirigí una mirada al interior, y vi, allá en el fondo del patio, puesto de codos sobre una ancha mesa de piedra y con la cabeza entre las manos, á un viejo de elevada estatura, completamente blanco, con un traje demasiado corto y los pantalones completamente destrozados. Detúveme un momento. Uno de aquellos hombres me dijo en voz baja:

—¡¡Chist!! es el amo.... Así está desde que ocurrió la desgracia de su hijo.

En este momento una mujer y un niño, vestidos de negro, pasaron muy cerca de mí, con sendos devocionarios dorados en las manos, y entraron en la quinta.

El hombre continuó diciendo:

—El ama y el chiquitín, que vuelven de Misa. Desde que el hijo se mató, van todos los días.... ¡Ah, señor! ¡Qué desdicha!.... El padre lleva todavía el traje del luto; no han podido hacérselo quitar desde entonces.... ¡Eh! ¡eh! ¡cuidad de esa caballería!

La carreta se movió para emprender la marcha. Yo, que deseaba saber algo más, solicité del carretero permiso para subir á su lado: allá, en la carreta, entre el heno, me enteré de tan conmovedora historia.

Se llamaba Juan. Era un hermoso campesino de veinte años; vergonzoso como una doncella, fuerte y de rostro franco y abierto. Como era buen mozo, mirábanle codiciosas todas las mujeres; pero él solamente pensaba en una,—una arlesianita que había visto cierto día en el paseo de Arlés, cubierta de terciopelo y de encajes.—En

la granja no se recibían con agrado aquellas relaciones. La muchacha tenía fama de coquetuela, y sus padres no eran del país. Pero Juan quería á su arlesiana á toda costa, y decía :

—Si no me la dan, me muero.

Fué necesario resignarse. Se resolvió, pues, que después de la recolección los casarían.

Pero aconteció que en la tarde de un domingo, la familia acababa de comer en el patio de la masada.

Era aquella casi una comida de boda.

La novia no se hallaba presente; pero todos habían brindado por ella varias veces.... Un hombre se presentó á la puerta, y con voz algo temblona preguntó por el Sr. Esteve, y dijo que deseaba hablar con él á solas. Esteve se levantó, y salió á la carretera.

—Señor mío (le dijo aquel hombre), va V. á casar á su hijo con una bribona que ha sido querida mía por espacio de dos años. Puedo demostrar lo que digo : vea V. esas cartas. Los padres lo sabían todo, y me habían concedido la mano de su hija ; pero desde que el hijo de V. la galantea, ya no me quiere. Había yo creído, sin embargo, que después de lo que hay entre nosotros, esa muchacha no podía casarse con otro hombre.

—¡Está bien! (dijo el Sr. Esteve, cuando hubo leído las cartas.) Entre V. á beber una copa de vino moscatel.

El hombre contestó :

—¡Gracias! Siento más que la sed el dolor.

Y se alejó de allí.

El padre tornó á su sitio impasible, y la comida terminó alegremente.

Aquella noche, el Sr. Esteve y su hijo salieron juntos á pasear por el campo. Mucho tiempo estuvieron fuera de casa ; cuando regresaron, la madre los esperaba.

—Mujer (le dijo el cortijero, acercándole á su hijo):
abrázale; es muy desgraciado.



Juan no volvió á decir nada de la arlesiana. Sin embargo, seguía queriéndola, y aun la quería más que antes la había querido, desde que la juzgaba en brazos de otro. Pero era demasiado orgulloso para decir nada: esto fué lo que le mató: ¡pobre chico! Algunas veces permanecía días enteros en un rincón sin moverse. Otros días, poníase al trabajo con rabia, y él sólo hacía la faena de diez jornaleros.... Al anocheecer emprendía el camino de Arlés, y seguía adelante hasta que veía dibujarse en el Poniente los esbeltos campanarios de la ciudad. Entonces volvía paso atrás. Nunca fué más adelante.

Viéndolo así, triste siempre y siempre solitario, la familia no sabía qué determinación adoptar, y temían una desgracia.

En cierta ocasión su madre, mirándole con ojos llenos de lágrimas, le dijo en la mesa:

—Mira, Juan; si, á pesar de todo, la quieres, te la daremos.

El padre, encendido de vergüenza, bajó la cabeza. Juan hizo una señal negativa, y salió.

Desde aquel día cambió del todo su modo de vivir; fingió estar alegre siempre para tranquilizar á sus padres. Se le volvió á ver en los bailes, en la taberna, en las diversiones. En la romería de Fonvieille, él fué quien dirigió á los cómicos.

El padre decía:

—Ya está curado.

La madre abrigaba todavía sus recelos, y vigilaba más que nunca á su hijo.

Juan y el chiquitín dormían en el mismo cuarto; la madre hizo que le pusieran una cama cerca del cuarto de los hijos.

Llegó el día de San Eloy, patrón de la granjera.

Hubo en la morada alegría y jolgorio sin límites. Se comió bien, y todos bebieron vino como si fuese agua. Después hubo cohetes, fuegos artificiales, farolillos de colores en los árboles. ¡Viva San Eloy! ¡Se bailó hasta reventar!.... El chiquitín se quemó su blusa nueva. Juan parecía contentísimo; quiso hacer bailar á su madre; la pobre mujer lloraba de puro gozo.

Á la media noche todos fueron á retirarse. No había quien no tuviese necesidad de descanso. Juan, sin embargo, no durmió. ¡Ah! ¡El pobre estaba bien cogido, puede V. creerme!

Al amanecer del día siguiente la madre oyó que alguien atravesaba su cuarto muy precipitadamente. Tuvo como un presentimiento.

—Juan, ¿eres tú?

Juan no responde, y ya está en la escalera.

Sube al granero, y ella sube detrás.

—¡Hijo mío, hijo mío! ¡por Dios!

Juan echa el cerrojo.

—Juan, Juanito mío, respóndeme. ¿Qué vas á hacer?

Á tientas, con sus manos temblorosas, la pobre mujer busca el picaporte.... Abrióse una ventana; el ruido siniestro de un cuerpo que cae suena sobre las losas del patio; nada más....

Juan se había dicho:—«La quiero mucho.... Me voy.»

¡Ah, qué pobre es nuestro corazón! ¡Muy triste es que el desprecio no pueda matar el amor!

Aquella mañana, los vecinos del pueblo se preguntaban quién podría gritar así, allá, hacia la morada de Esteve.

En el patio, delante de la mesa de piedra cubierta de rocío y de sangre, estaba la madre, casi desnuda, sosteniendo en los brazos el cadáver de su hijo.

ALFONSO DAUDET.

EL POETA D. SERAFÍN ESTÉBANEZ



A sí los adversarios políticos del Sr. Cánovas del Castillo, como sus amigos, reconocen que el ilustre gobernante, no sólo es uno de los primeros oradores de España, sino que posee, juntamente con la elocuencia, excepcionales condiciones de hombre de Estado, y reúne á la de su carácter la autoridad de su talento. Reconocen también que este estadista, que sobresale en el bien decir, es un literato en toda la extensión de la palabra, y que sus profundos estudios acerca de la historia de su país bastan para conquistarle universal renombre. Cuando abandona el poder, no le falta nunca en qué emplear provechosamente el tiempo; antes bien, creo deplora que le separen, con harta frecuencia, de sus fecundos ocios. «El demonio de la política, suele decir, me ha seducido desde mi juventud, contrariando las más decididas aficiones de mi vida.» Pero, ¡bah! Nadie resiste á su demonio, y huelga afirmar que á él sacrificamos nuestra ventura. No podemos ser felices si él no está contento.

Gracias al cielo y al rey Alfonso XII, el Sr. Cánovas

del Castillo no había vuelto á ocupar la presidencia del Consejo de Ministros antes de dar la última mano á la biografía del poeta y novelista D. Serafín Estébanez, conocido por el pseudónimo de *El Solitario*, que nació á fines de 1799, y falleció en Febrero de 1867 (1). Mucho hay, y muy bueno todo, en esta curiosa biografía, cuyo autor ha sabido armonizar, en amenísimo y grato conjunto, la crítica literaria más delicada y la política; pensamientos graves y toques ingeniosos; emoción honda y un vivo sentimiento de esa ironía de las cosas humanas que nos hace decir con Calderón: *La vida es sueño*. Sobrada razón asistió al Sr. Cánovas para escribir este precioso libro. Era, ante todo, tributo de agradecimiento que el autor pagaba á uno de sus parientes; «única persona en el mundo, dice, á quien debí un poco de ayuda y protección, porque lo demás lo obtuve y conquisté por mí mismo».

También consideraba deber suyo fijar la atención del público en un escritor de privilegiado talento, muy admirado por Mérimée, pero que no fué nunca muy popular en su país, y que, en opinión del Sr. Cánovas, ha sido víctima de injusticias de la opinión. ¡Ojalá todas las víctimas de las preocupaciones ó de la indiferencia públicas lograsen algún día abogados de ese linaje!

Hijo de una familia de escasa fortuna, aunque de muy ilustre abolengo, Estébanez era *andaluz de Málaga*. Recuerdo que un día me hablaba en Madrid el Sr. Cánovas acerca de la semejanza de algunos andaluces con el griego de los tiempos heroicos. «Fértiles en ingenio y en recursos, aventureros, jactanciosos, desafiando con arrogancia á la suerte, nos decía, los Ulises abundan en el Norte

(1) *El Solitario y su tiempo*, biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, por D. A. Cánovas del Castillo: Madrid, 1883.

y en el Sur de Sierra Nevada». Encuéntrense allí infinitos que se adhieren á la fortuna de Ulises; que espontáneamente se asocian á los azares de sus empresas. Es bien que no confundamos el *caudillaje* (1), institución exclusivamente española, con el *condottierismo* (2) italiano. El jefe (en Italia) pagaba á sus mercenarios en especie; el *caudillo* compra á los suyos con promesas y con viento. Por muy liviana que sea, con semejante moneda llena sus arcas, y nunca trocaría su tesoro por dinero contante y sonante. Andalucía está repleta de esos millonarios quiméricos, que con la imaginación edifican como Creso y comen lo mismo que Lúculo. Pero no predicán como Catón; en esa tierra bendita se dan pocos hipócritas; en ella son transparentes los corazones. Si en el andaluz hay algo del griego, hay también su parte de moro, cuya sangre circula todavía por sus venas. Del moro ha heredado las devoradoras llamas de la fantasía, las fogosas pasiones, el furor del deseo unido á la deliciosa pereza, la afición á convertir la existencia en una fiesta no interrumpida, sin más trabajo que el de procurar la variedad en los placeres. Una mujer de mucho ingenio me decía que después de haber hallado un antídoto para la hidrofo-
bia, M. Pasteur merecería bien del linaje humano inventando una vacuna contra el aburrimiento. El andaluz, descendiente del moro, nace ya vacunado; no se aburre nunca, ni conoce la saciedad ni las melancolías del cansancio; es un eterno reincidente.

Tal fué D. Serafín Estébanez, dotado por la natura-

(1) El autor emplea este vocablo como castellano; pero la Academia no lo incluye en su diccionario, aunque podría (y tal vez debería), haberle incluido; lo dejamos, pues, tal cual en el original aparece, por entender que de ese modo, mejor que de otro, damos idea exacta de lo que el escritor francés ha querido exponer. (N. del T.)

(2) Por análogo motivo hacemos uso de esa voz extranjera.

(N. del T.)

:

leza de mucha gracia, de excelente humor, de brillante ingenio y de un alma siempre en flor. Vehemente al emprender, sobrado perezoso para dar cima á un trabajo de empeño, ardiente en sus amistades, exagerado en sus odios, sensual con delicia y con candor, buen católico, pero no muy devoto; inexorable con la herejía, que es el pecado del espíritu; indulgente para los pecados de la carne, aficionado á los placeres de la mesa, como á la golosina de los ojos y á los amores fáciles; apasionado por las diversiones, por las fiestas, por las corridas de toros, por el baile y por las bailarinas: este hombre robusto, fresco y corpulento, de figura agradable, simpática, supo practicar, como nadie, el arte de gozar de sí mismo y de la vida. Si es cierto que hay dos clases de españoles, á saber, los moros y los godos, Estébanez era un español moro, y muchos creerán que había elegido la mejor parte. Pero su biógrafo, aunque andaluz y malagueño como el biografiado, ha opinado siempre que la perfección se encuentra entre una y otra especie, en su justo equilibrio. El Sr. Cánovas es un pensador: Estébanez perteneció á la numerosa familia de los desequilibrados.

Era, además, poeta; uno de esos poetas que se toman el trabajo de escribir sus versos, y conviene agradecersele, porque en Málaga la casta no abunda. Por mucho que se envanezca con sus viñas, sus higueras, sus algarrobos siempre verdes, las adelfas que festonean sus arroyos arenosos, sus playas encantadas, su atmósfera, de tal modo pura y diáfana, que, en ciertos días, los africanos de Europa creen columbrar en las lagunas del horizonte las riberas del África africana, la verdad es que tan divina tierra no ha producido muchos poetas para cantar sus gracias, y el Sr. Cánovas lo explica de un modo que

nos satisface. Es aquél el país de los prodigios del ingenio, que á todas horas derrochan locamente su chispa, ya en razonamientos sutiles, ya en saladas bromas ó en amorosas empresas, *ahora discreteando, ahora galanteando* (1). Bástales la poesía verbal. Á mayor abundamiento, esas complexiones sensuales piensan que una mujer hermosa vale mil veces más que el más perfecto poema. ¿Á qué cantarla? Mejor es emplear el tiempo en contemplarla y en quererla. Habladores y perezosos, no les exigáis el esfuerzo de recogerse, y para componer el soneto más detestable se necesita quietud y soledad. La mortificación de los sentidos y los prolongados silencios del alma son indispensables á toda gestación del espíritu; pero un alma andaluza ignora el arte de callar, cual lo ignora el cantor pajarillo. En Málaga se requiebra á la Musa, pero no se engendra en ella.

Estébanez idolatraba el placer; también idolatraba el trabajo, á ratos por lo menos. Mucho valor necesitó para llegar á *maestro* en literatura, en medio de las disipaciones de su juventud. Desgraciadamente, sus versos no fueron saboreados por aquellos á quienes llamaba con desprecio: «los ricachones del paseo de la Alameda», raza muy prosaica, que no conocía más literatura que las letras de cambio. Estébanez no libó los goces del amor propio sino en Madrid, donde se estableció á la edad de treinta años próximamente. Nunca cesó de echar de menos á Málaga, sus fiestas populares, sus barrios ricos, sus arrabales que había recorrido en todas direcciones, donde había descubierto muchos prodigios, porque así apenaba con las beldades de los salones como con las beldades callejeras. Echaba de menos asimismo su patrimonio

(1) Así está en el original francés.

humilde, su jardín, sus blancos álamos, sus sauces y sus almendros, el moral á que tantas veces se había encaramado y el jugo de su fruta con que tanto le divertía embadurnarse la cara: «¿Pasa todavía murmurando entre espadañas y juncos, preguntaba Estébanez á las golondrinas, el arroyo en donde mi extasiada Musa bebió sus inspiraciones primeras?»

Su ciudad natal le fué siempre querida; pero aún le fué más querida su España, su patria grande. Amábala con amor apasionado, exclusivista, celoso. Español neto, afirmaba que cuanto es grande es español. ¿Quién osó decir que ya no hay Pirineos? Estébanez los veía tan altos, que le ocultaban el resto del mundo. Conservador, ó por mejor decir, reaccionario de corazón, violentó más de una vez sus opiniones, obedeciendo á su patriotismo intransigente. Por odio á la invasión francesa, se unió al partido de los conjurados de Cádiz contra el rey Fernando VII, que era un monarca muy de su gusto; en odio á la ley sálica, invención de franceses, sirvió la causa de Isabel II contra D. Carlos, cuyos principios no le repugnaban. Cualquier verdad que no hubiese nacido en España le parecía sospechosa; y hasta sentía impulsos de deplorar que no existiese una aritmética peninsular para uso de castellanos y andaluces. Es cierto que la suya no se parecía á la de todo el mundo; que en sus cuentas case-ras no siempre dos y dos equivalían á cuatro. España y *allá fuera*, no hubo más geografía para él, y todo lo que acontecía *allá fuera* juzgábalo mediocre ó desapa-cible. En literatura, era igualmente partidario de las fór-mulas, de las tradiciones nacionales, y pasado el año de gracia de 1830, aún componía églogas y poemas pastoriles. El repentino advenimiento del romanticismo le consternó; nada más contrario á su condición literaria. Es-

tébanez consideraba la vida como una invención maravillosa, mientras el *bironiano*, que se conceptúa eje y centro del universo, anda siempre á la greña con él. Estébanez tenía siempre el alma á flor de epidermis, y la alegría era su musa aun en los versos elegíacos; mientras el *bironiano* todo lo profundiza, lo indaga todo y mezcla algo de misticismo con la voluptuosidad. Estébanez no había discutido nunca al mundo, ni á Dios, y el *bironiano* diría de buena gana: «En Dios mismo hallo imperfecciones». Aunque Espronceda y Zorrilla eran bironianos muy templados, Estébanez les echaba en cara su escepticismo, la amargura de sus desalientos. Teníales particular ojeriza por ser discípulos del extranjero, por cultivar en su jardín plantas exóticas, cuyo perfume no le cautivaba. Desgraciadamente estaban en boga; las Cítéreas, las Filis habían pasado ya de moda, y aun siendo, como Estébanez, excelente músico, nadie atendía á las tocatas de su caramillo. De rabia, abandonó los versos para cultivar la prosa. Escribió entonces sus primorosas *Escenas andaluzas*, donde esparció toda la gracia de sus recuerdos juveniles, sazónándolas con malicia sin hiel. Pero lo mismo olía á rancio su prosa que sus versos. Purista implacable, D. Serafín había jurado hablar y escribir solamente el castellano de la edad de oro, y sus arcaísmos dañaban su popularidad. Sus poemas pastoriles hacían pensar en Meléndez y Góngora; las *Escenas andaluzas*, en Cervantes, en Quevedo y en las obras maestras de la antigua literatura picaresca. Cabe que seamos más ó menos partidarios de nuestra época; pero es preciso que en ella vivamos; y hasta en el punto en que la llenemos de injurias, es menester que hablemos su propia lengua.

Si Estébanez profesaba el principio de que «nada es grande sino lo español», creía también que nada hay real-

mente bello sino lo antiguo. Siempre vistió con arreglo á la antigua usanza, y hasta en lo más riguroso del verano, antes soltaba la piel que á su cumplida capa azul, en la cual se embozaba con garbo incomparable. Estébanez escribió una disertación titulada : *Gracias y donaires de la capa*, en que expone todos los secretos del arte de bien vestir. Suyo es también un tratado de la perfecta bailarina española, código severo de todas las reglas, de todas las cabriolas ortodoxas autorizadas por la tradición ; aun en lo que al baile respecta, detestaba Estébanez la herejía. Aquel hombre excelente y distinguido, si bien un tanto monomaniaco, juzgaba cualquier innovación verdadera calamidad pública ; tenía la convicción firmemente arraigada de que renunciar á un hábito es arriesgarse á perderlo todo ; que la manera antigua de sonar las cajas inspiraba á los soldados el valor temerario que cura del peligro, pero que una banda de tambores que no tiene historia lleva á derrota segura.

Únicamente la devoción al pasado glorioso de su país pudo vencer su pereza y aficionarle al estudio en términos de convertirle en erudito. Adoraba los libros viejos, los cuentos viejos y las crónicas viejas. Cien leguas era capaz de andar por adquirir una canción antigua inédita ; y hasta se complacía en referirlo. « He recogido de labios de cantadores del país cuatro romances desconocidos, escribió desde Málaga á su amigo el famoso arabista Gayangos. Mi música morisca les encanta ; dicen que mi estilo es el más irreprochable del mundo, que mi licor sabe á ángel. » Estudió asimismo el árabe, para adquirir la llave dorada que abre la ciencia moruna.

Mucho adelantó con la intimidad de Zaidas y Zulemas, de Abencerrajes y Zegrías : hallábase muy á gusto en compañía de los duendes, y hasta él mismo lo era un

poco. Las personas extravagantes no suelen ser amables, pero, aunque las manías de Estébanez hicieran sonreír, no era posible dejar de quererle.

Los españoles netos, sean poetas ó no, apenas conciben la existencia sin aventuras. Cuando llegué á Madrid, un español de mucho ingenio me aconsejó que no hablase nunca de la inmortal obra maestra de Cervantes. «El extranjero que habla de *Don Quijote* á un español, me dijo, se coloca siempre en situación falsa. Si lo denigra, se le tiene por majadero; si lo elogia, su interlocutor le mira de reojo, como preguntándose: «¿Dice eso por mí?» No obstante, los verdaderos Quijotes escasean; el heroísmo caballeresco, el absoluto desinterés, serán siempre virtudes muy poco comunes.

Entre los aventureros son más numerosos los Sancho Panza. Más de uno conocemos en la Península; más de una revolución han producido.

Los Sancho Panza poseen la alegría abundante y fácil que resiste á todos los desengaños; explotan el secreto de la felicidad barata que se compone de sol, de ociosidad, de conversación, de alguna que otra *juerga*, de diversiones improvisadas, de muchas palabras inútiles, de muchas esperanzas y de algún arpegio de guitarrillo. Cuando las cosas andan mal, sobrellevan todas las privaciones; asombra su facilidad para ajustarse á los caprichos de la suerte; tienen el arte de vivir en condiciones en que otros no sufrirían la vida. Como Sancho, el hombre de la capa azul ha probado que podía sufrirlo todo. Probólo muy especialmente cuando, en 1834, fué auditor general del ejército del Norte, que sostenía la campaña contra los carlistas. En esta horrible guerra de sorpresas y de emboscadas, en que el vencedor no daba cuartel, en que uno y otro bando se fusilaban á los prisioneros, Es-

tébanez conservó su alegría hasta el fin. Durante las noches que pasaba en el vivac, sus agudezas, sus canciones, sus cuentos alegres lograban que se deslizasen las horas como minutos.

Apresurémonos á dejar sentado que Estébanez era muy superior á Sancho. Éste temía, naturalmente, los golpes que lastiman; Estébanez no los temía, y aun los buscaba á veces. Sancho servía fielmente al héroe manchego; compartía con él, sin quejarse, la adversa como la próspera fortuna; pero no alardeaba de desinteresado. Si participaba de las privaciones, si consentía en olvidar los palos que habían bataneado sus espaldas, y la terrible manta con que los arrieros le lanzaban al aire, también esperaba recibir algún día la recompensa de sus tribulaciones, porque no dudaba que en este mundo la virtud es premiada siempre. Sancho había contratado con el destino y con la locura de su amo, y como tenía, á su manera, tanta imaginación como Don Quijote, á intervalos parecía muy razonable la locura del hidalgo. Habíale prometido una ínsula, y Sancho creía en su ínsula. También soñó Estébanez que tenía la suya. El día 12 de Diciembre de 1837 fué destinado á Sevilla con cargo de jefe político por el ministerio moderado que acababa de reemplazar al gabinete progresista. Partió jubiloso para aquella ciudad, á la cual llamara «reina del Guadalquivir, ojo negro de la tierra donde nacen los buenos mozos, los arrogantes, los cantores primorosos, los tañedores de guitarra, los grandes artistas en pláticas regocijadas, los desbravadores de caballos, los matadores de toros, de brazo de hierro y delicada mano».

Paréceme que su biógrafo ha juzgado la administración de Estébanez con indulgencia excesiva. Se encargaba de la provincia en circunstancias graves. La guerra

carlista se prolongaba; D. Carlos había llegado en una correría hasta las puertas mismas de Madrid; en las provincias del Sur se preparaban movimientos revolucionarios; no existía autoridad reconocida; cada ciudad era de hecho independiente; parecía que España, como suele acontecerle en momentos críticos, estaba próxima á disgregarse, á disolverse. Aunque alardeaba de vivir entregado «á un trabajo infernal que no dejaría de producir excelentes resultados», el nuevo gobernador se distraía demasiado en diversiones. Estébanez había encontrado su Capua. Acaso se embelesaba más de lo justo con María de las Nieves, con la Perla, y otras celebridades del baile y del canto. Registraba, escudriñaba por todas partes para descubrir manuscritos y libros viejos. Había dado en la manía de crear un museo de pintura, una biblioteca, un liceo bético. Las intenciones eran excelentes; la ocasión desfavorable.

Aun dedicándose á muchas cosas que no eran las más precisas entonces, la ambición de Estébanez acariciaba sus ensueños. Los generales Córdoba y Narváez, disgustados con Espartero, habían desaparecido de Madrid con el secreto propósito de reclutar, en cualquier parte, un ejército para combatir al común enemigo. Á la sazón no eran ni progresistas ni moderados; eran, como dice claramente el Sr. Cánovas, los hombres que «ven venir». El bueno de Estébanez quería mucho al general Córdoba; había hecho á sus órdenes la campaña en las Provincias; se lisonjeaba de poseer toda su confianza, su amistad toda, y le ofrecía candorosamente servirle de escabel, á condición de que le pagase en la propia moneda. «Si son anuladas las elecciones de Málaga, escribía Estébanez al General, me presentaré candidato allí. Mi juego es excelente, y ganaré la partida.

Creo que V. y yo, uniendo nuestros esfuerzos, podríamos hacer algo bueno; V., con sus grandes recursos; yo, con mi gran espada de combate.» Aludía á su pluma. Tales eran aún sus cándidas esperanzas; poco tardó en averiguar que el estimado confidente á quien se proponía convertir en instrumento de su fortuna política, se había unido con sus enemigos, y era presidente de un ayuntamiento revolucionario, y en noche memorable, el gobernador de Sevilla hubo de emprender, á escondidas, precipitada fuga, sin llevar consigo nada, ni siquiera medio doblón. No de otro modo se eclipsara, tiempo atrás, aniquilado y convertido en humo, el gobierno de Sancho Panza. Éste se había consolado dando á su asno un beso en la frente, y diciéndole con lágrimas en los ojos:

«Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.»

En vano le rogaban que tomase otra vez su cetro y su corona. «Tarde piache (respondía Sancho). No son estas burlas para dos veces. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos.»

Estébanez fué quizá menos filósofo que Sancho en su desventura; es menester gran dosis de filosofía para no echar de menos el gobierno de una ínsula, y de seguro que Estébanez echó de menos el suyo hartas veces.

Pero si es verdad que era menos filósofo que Sancho, también ostentaba una generosidad que la familia de los

Panzas no luce. En el amor encontró consuelos. Aunque hombre de amoríos fáciles, tenía un tierno corazón; conoció las grandes pasiones, las que realizan milagros. Así como Don Quijote, se empeña en probar que es posible amar á una mujer viéndola una vez sola en muchos años. Estébanez había empleado su afecto en persona más alta que el caballero de la Triste Figura. Su Dulcinea era bella y graciosa; descollaba por la finura de sus colores, la dulzura de sus ojos, el encanto irresistible de su voz. Era la hija de uno de los negociantes de la Alameda, á quienes Estébanez estimaba bien poco. Ella correspondía á los transportes de su enamorado con fría benevolencia; la familia no le quería, declarando que aquél apóstol de la *gaya ciencia* no resultaría un marido serio. Nueve años pasó lejos de aquella mujer idolatrada. Estébanez le dirigía desde Madrid sonetos, diciéndola: «En tus brazos me bastaría un desierto; sólo he menester un lecho, una fuente y una palmera».

Ella acabó por rendirse á tan tercas proposiciones, los padres cedieron, y se verificó la boda poco tiempo después de haber perdido el poeta su gobierno de Sevilla. No bien le perteneció la que lo inspiraba, el violento amor que había producido tan vivas llamas se extinguió súbitamente, y fué reemplazado por una tranquila y fiel amistad. Estébanez vivió después de casarse, como antes había vivido. Era un marido solterón. Había conseguido un empleo en la Administración de estancadas. Distribuía el tiempo entre su oficina, sus libros, con los cuales atestaba hasta las almohadas de la cama, sus manuscritos árabes, las corridas de toros, las fiestas populares y las bailarinas. Su mujer lo tomaba con filosofía; no se juzgaba obligada á leer los versos ni admirar la prosa de su marido; ni éste trató de exigirlo nunca. No por eso

dejaban de quererse. Ella había llevado en dote la tolerancia ; él aportaba el buen humor. ¿Se necesita más para constituir un hogar dichoso? Pero el andaluz epicúreo, el Don Quijote sensual, tenía otra Dulcinea que le causaba muchas pesadumbres y á quien permaneció fiel contra viento y marea. Amó á España con amor idolátrico, hasta que exhaló su último suspiro, sin que esta pasión se entibiara un solo día. Los mismos tarambanas, si son españoles, tienen sus puntas de novelería, su ilusión, su locura, que los esclaviza, y serían capaces de poner fuego á la propia casa para abrazar á la señora de sus pensamientos. Don Quijote pretendía resucitar la santa institución de la caballería andante. Estébanez, también esperaba un imposible ; soñaba con resucitar á una muerta, con ver renaciente á la España de otras épocas, revestida de todas sus glorias y todo su prestigio, dominadora del mundo, en cuyos vastos dominios no se ponía el sol. No valía que los acontecimientos convirtiesen sus esperanzas en desengaños crueles ; no había quien le arrancase sus utopías, que le eran tan caras como su capa azul. Estébanez tenía el genio del anacronismo. En medio de las confusiones de la guerra civil, cuando caían demolidos los conventos y asesinados los frailes, enseñaba con elocuencia temeraria que los reyes debían imitar á Felipe II, que no hay para ellos salvación posible fuera de la unión íntima del altar con el trono. Andando el tiempo, cuando, después de terribles sacudimientos, el gobierno de su país se consagraba á corregir, bien que mal, el desorden de la confusa hacienda, aconsejaba él á los españoles que buscasen en conquistas gloriosas un derivativo á las discordias intestinas.

En el invierno de 1860, creyó Estébanez llegada la realización de sus aspiraciones. Declarada la guerra contra

el marroquí, el general O'Donnell, presidente á la sazón del Consejo de ministros, había alcanzado las brillantes victorias de los Castillejos y del Cabo Negro; Tetuán se había rendido; el ejército español avanzaba sobre Tánger. El entusiasmo patriótico se apoderó de Estébanez; aquello fué una embriaguez, un delirio. Parecióle que los vencedores de Lepanto, arrancados á su eterno sueño, se habían estremecido de alegría; que en pos de tan lastimosa decadencia renacían en sus descendientes, y que, desde el fondo de su tumba, la España antigua daba gracias á sus hijos por la inesperada prez. Dedicó un soneto á la gigantesca sombra del cardenal Cisneros, aquel que aplastaba á los infieles bajo su sandalia, y decíale: «Álzate para ver tu pendón victorioso ondeando para siempre en Tánger». ¡Ah! Su ilusión fué muy efímera. O'Donnell, que no se inspiraba sino en los verdaderos intereses del país, que no era un soñador, se apresuró á tratar la paz, evacuando la ciudad conquistada; y Estébanez, desilusionado, exclamó entonces: «¡Todo es ignominia; ya no hay españoles!»

Sea cual fuere el cariño que manifiesta á su memoria, el biógrafo de D. Serafín Estébanez se parece muy poco á su héroe. Tiene, sí, como él, la altivez del recuerdo y el culto á las glorias nacionales; como él, es conservador y buen católico. Pero es hombre de su tiempo; se reconoce hijo de la revolución, y no admite que pueda fundarse una sociedad con restos de cadáveres y polvo de sepulcros. Exponiéndose á ofender el orgullo castellano, ha probado hace tiempo la claridad prodigiosa de su inteligencia, demostrando en sus estudios históricos, tan justamente admirados, que la hegemonía de España en la época de Carlos V y Felipe II, fué obra artificial y sin solidez, rasgo de audacia, reto lanzado á la razón y á la

naturaleza misma de las cosas; que para ganar tal apuesta se hubieron menester prodigios de habilidad en los monarcas, maravillas de disciplina y de valor en los soldados; pero que Rocroi alcanzó á hundir para siempre una empresa desmedida y sin finalidad.

También hizo notar el Sr. Cánovas que los heroicos tercios que el Gran Capitán llevó á la conquista de Nápoles se embarcaron sin galleta y sin calzado, lo cual honra su valor; pero al mismo tiempo condena toda una política. «De este modo pueden buscarse aventuras gloriosas, pero no se fundan imperios duraderos.» Si España tiene provincias prodigiosamente ricas, parte de su territorio es muy árida. Si Guadarrama tuviese mil metros más, si conservase más tiempo su corona de nieve, habría más agua en los ríos, y no podrían decirle al Manzanares: «Ayer se te bebió un burro». Agréguese á esta desgracia la expulsión de los moros, el despojo y la persecución contra los judíos, la Inquisición, sus funestos rigores, sus nocivas preocupaciones contra todo progreso útil, el descubrimiento de América, la emigración incesante de los aventureros en busca de oro, todo lo que España ha podido inventar para empobrecerse y despoblarse. La pobreza no es crimen; pero es necesario equilibrar siempre los recursos y las ambiciones, y tarde ó temprano la impotencia económica conduce á la impotencia política.

El Sr. Cánovas confiesa, en una de las páginas más admirables de su último libro, que nunca lee sin dar mentalmente un paseo por su patria, el discurso de Don Quijote en la famosa posada donde Maritornes andaba á puñadas con Sancho: «lo que se podía hacer por ahora es que perdonéis por la paga, dijo Don Quijote, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto que jamás pagaron posada ni otra

cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver con eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda».

«He aquí, dice el Sr. Cánovas, lo que más de una vez en el curso de nuestra historia habrían podido respondernos. La vida para un hombre y para un pueblo razonable consiste, ante todo, en una cosa muy humilde, muy vulgar : contar con la fortuna propia y no gastar sino lo que pueda pagarse.»

Aconseja también á sus compatriotas que renuncien por ahora á toda conquista, que se abstengan de empresas costosas, que se apliquen á salvar los restos de la herencia legada por sus antepasados. Los exhorta á trabajar, á economizar sin reposo ni tregua, á no contraer deudas, á pensar menos en adquirir que en conservar, á no fiarse sino de sí mismos, á desconfiar de la fortuna, á no tomar nombres y apariencias por realidades, á no pedir constantemente milagros á los que gobiernan, á no arrojar sobre las instituciones, ni sobre personas determinadas, por muy poderosas que sean, las faltas de todos. Desea que su patriotismo sea silencioso, melancólico y paciente. No les promete que á este precio recobrarán su antigua preponderancia, que fué un accidente afortunado ; pero sí les asegura que hallarán en qué emplearse en el mundo, y que de ellos solamente depende el llevar con honra el glorioso nombre de españoles.

¿Tendrá España prudencia bastante para aceptar y seguir tales consejos? ¿Aprenderá á contar y á calcular? No es imposible. En uno de los paseos que di con el señor Cánovas, paseos cuyo recuerdo me es grato, recayó nuestra conversación sobre las fatalidades de raza, y el insigne estadista español sostuvo que esas fatalidades se modifican muy á menudo por las situaciones, por las circunstancias, y, sobre todo, por la educación.— «Esto se ha visto en nuestra historia, me decía; muchas de nuestras buenas ó malas cualidades no han nacido con nosotros; nos las imponen los acontecimientos. Sobrio, andarían incansable, pronto á pelear sin haber comido, pero muy aficionado á no seguir más consejo que el suyo propio, el soldado español parece excepcionalmente formado para la guerra de guerrillas y de sorpresas, y desde las épocas más remotas nuestra fuerza mayor residía en las tropas ligeras, que tanto daño hacían á los romanos y á los cartagineses. No obstante, España, por efecto de la educación, poseyó durante algún tiempo la primer infantería del mundo, de solidez sin igual á campo raso; la infantería que Bossuet comparaba á fortalezas que reparan por sí mismas sus brechas. También es efecto de la educación la gravedad proverbial de los castellanos. Como todos los meridionales, el castellano tiene por naturaleza el alma alegre y expansiva y el carácter sociable. Pero aquellos puñados de conquistadores que gobernaban en Nápoles ó en Flandes necesitaban mantener á respetuosa distancia á sus gobernados, y para imponerlos fingían constantemente; ellos nos inocularon esta gravedad desmentida tan á menudo. Tampoco la intolerancia religiosa que nos echan en cara, es innata en nosotros. Nuestros escritores del siglo xv tenían una gran libertad de pensamiento, atrevimiento sumo en el lenguaje, y los teólo-

gos que acompañaron á Carlos V por Alemania tornaron á España casi reformistas; pero las luchas contra los moros y los indios habían soldado y fundido las ideas de religión y patria, y después, las revueltas del Imperio y de los Países Bajos fueron causa de que el protestantismo adquiriese para la fantasía española carácter de doctrina antinacional; así se doblegó tan fácilmente España al régimen durísimo de la Inquisición. Es lícito, por consiguiente, deducir que el genio de la raza es más reformable de lo que se cree, y que cincuenta años de monarquía constitucional sin *pronunciamientos*, podrían quizá transformarnos en un pueblo razonable.»

De esta suerte charlábamos acercándonos á la *Fuente Castellana*. Es sitio donde se ha fraguado más de una intriga política. Allí suelen encontrarse las gentes y ponerse de acuerdo sin hablar. Por el grado de calor de la mirada ó de la sonrisa; por la mayor ó menor intimidad que denota por el saludo con la mano ó el movimiento de la cabeza, se juzga lo que cabe esperar ó emprender. ¡Ojalá España se hastie de estériles aventuras, y esa Fuente célebre, que podría referir muchas conversaciones, sea testigo de complots amorosos y no más!

La vejez de los epicúreos novelescos es siempre triste. El alma se empequeñece, los sentidos se debilitan, se agotan las pasiones, desaparecen los placeres, la utopía persiste, pero con tendencias á la acritud y al tedio. ¡Adiós, corridas de toros! ¡Adiós, bailarinas! Vino el cansancio; damos en creer que las bailarinas de otros tiempos eran más ágiles, y más fieros los toros de antaño. Estébanez se encolerizaba contra la política del día, tan apartada de sus ideales. En vano golpeaba con el pie la tierra; no veía surgir ni á Ximénez de Cabrera, ni á los héroes de Lepanto. En sus mejores tiempos adoptó el pseudónimo

:

de *El Solitario*. Veíase solo, y cada vez más; es muy triste soledad el vivir con una utopía que rechazan todos. Después del fallecimiento de su esposa, descubrió que entendía muy poco de achaque de regir una casa, y averiguó además que era pobre; su pobreza le espantó. Surgió en su ánimo, de pronto, el deseo de enriquecerse; era tarde ya para eso. En 1865 regresó por última vez á Málaga; allí compuso su postrer soneto. «De niño, dormí cabe este manantial; adolescente, soñé con islas, con orientales Alhambras, y me conceptué un reyezuelo. Después conocí en mi locura los placeres y las tribulaciones celestiales del amor, y luego la ardiente sed del oro y de las grandezas. Heme aquí de vuelta, cual peregrino anciano; encuentro nuevamente el lugar que amaba: el arroyo, la sombría gruta, esta piedra ruda al tacto en que descansa mi fatiga. Todo aquí reposa lo mismo que en mi infancia; sólo faltó yo.»

Sin embargo, hasta en sus últimos momentos tuvo Estébanez pasajeros retornos á su antigua alegría; á ratos era el mismo de antes. Recibiendo una de las postreras visitas de su antiguo amigo Gayangos, díjole medio sonriendo:— «Te das mucha prisa; no ha llegado aún el momento de apropiarte mis libros más preciosos». También dijo á su vecino, el general Fernández de San Román:— «Ya me echarás malvas olorosas cuando mi féretro pase bajo tus balcones». El 5 de Febrero de 1867, después de haber cumplido sus deberes religiosos, como la muerte se hiciese esperar, mandó que le leyesen algunas páginas del *Don Quijote*, y expiró escuchándolas. Dormirse para siempre al son de esa música divina, es bonito modo de emprender el viaje, es una muerte muy dulce y muy española.

VÍCTOR CHERBULIEZ

(De la Academia francesa).

LA CUESTIÓN SOCIAL

Y LA PAZ ARMADA.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

I.

EL discurso pronunciado en el *Círculo de la Unión Mercantil* por el Sr. Castelar, en lo que al socialismo se refiere, podía pasar sin correctivo en otra ocasión, porque no ha hecho más que repetir lo dicho tantas veces; pero en este momento el valor de lo hablado puede aumentar mucho por la disposición de los que escuchan, y el egoísmo, y la pasión, y la ignorancia, sacan consecuencias, que, si no son lógicas, serán perjudiciales. Si todos supieran bien lo que es socialismo, la confusión no sería de temer; pero sucede ahora en la cuestión social algo de lo que pasaba con las teológicas en otro tiempo; en cuanto un cura era un poco más ilustrado ó más tolerante, ó no convenía en todo con el parecer de sus compañeros, se le calificaba de *jansenista*, sin que los que hacían esta calificación, la mayor parte al menos, hubieran visto á Jansenio por el forro, ni supieran lo que había dicho. Hoy se llama, con frecuencia, *socialista* al que propone que el Estado intervenga para

evitar abusos que él solo, de hecho, puede corregir, ó facilite mejoras que sin su intervención no se realizarán ó tardarán siglos en realizarse; esto es en gran parte efecto de la ignorancia; pero efecto inevitable, porque no todos los individualistas, ni los más, son ilustrados, y en la lógica de los que no lo son, si está contaminada con el egoísmo, de que Castelar haya dicho que el Estado no puede ser el único capitalista, ni el único empresario, ni el único remunerador equitativo, de los variados merecimientos, resulta que es socialismo pedir que los mineros estén algunas horas menos sepultados en las entrañas de la tierra, ó exigir que los dueños de obras las pongan en condiciones que sean menos peligrosas para los operarios; en este río revuelto de ideas, la ganancia es para los pescadores, que no lo son ciertamente los que se embrutecen, se aniquilan ó mueren trabajando.

Aunque el discurso del Sr. Castelar carezca de importancia científica por lo que á la cuestión social se refiere, no es esto negarle el mérito que pueda tener, como muestra de elocuencia y lección de historia. Además, para nosotros, y para los que en análoga situación de ánimo se encuentren, que sospechamos han de ser muchos, ¡qué consuelo saber lo que nos ha dicho el insigne orador! Para los que nos dolíamos de los males de la patria; para los que la contemplábamos

Misera dentro; escarnecida fuera;

para los que veíamos la inmoralidad circulando como el virus del cáncer por todo el cuerpo social; el error aplaudido, la razón desdeñada, el desorden en todos los ramos erigido en ley, el ridículo contemplado con seriedad, las cosas serias tratados en son de mofa, sin más fe que la

que comulga con ambas especies, teniendo por cáliz una copa de champagne, y por hostia un billete de banco, para los que apenas observábamos cosa que no nos causase dolor, indignación ó vergüenza, ¡que consuelo saber, «que una serie de leyes é instituciones nos aseguran, así el ejercicio de los derechos individuales como el cumplimiento de la voluntad nacional, y colocan hoy nuestro nombre patrio en los más altos cielos del espíritu moderno, y nuestra gloriosa nación entre los organismos sociales más cooperadores á la redención universal!»

¡Qué consuelo, repetimos, y qué gratitud debemos los hipocondríacos sociales, á este Sr. Castelar que ha convertido en dulzura el amargor de nuestra bilis! ¡Y todavía dice que está icterico!

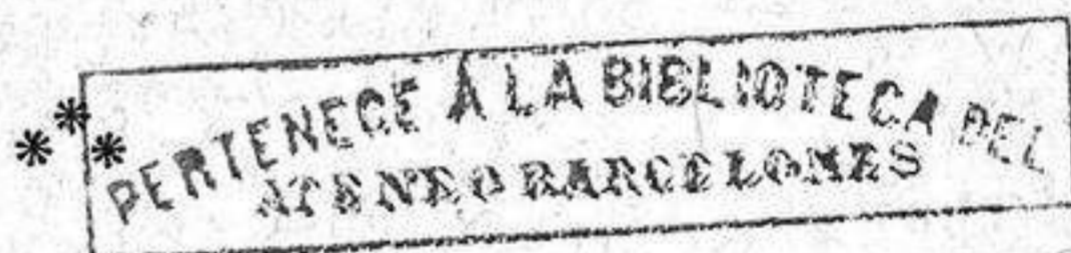
Si como consolador está á la altura que hemos visto, como historiador no raya menos alto; por él sabemos que el socialismo mató la libertad:

En Atenas, en Roma, en las repúblicas de Italia, en Holanda, en Alemania, en Inglaterra, en Francia y en España. El socialismo engendró los nihilistas, y ha levantado á Napoleón y derribado á Bismarck: también parece que trastornaba la cabeza de los esclavos en Babilonia, y es de suponer que determinaría su caída. Hemos oído á persona erudita que Semíramis favoreció el socialismo tanto como el Canciller, y si además de las otras cosas que se murmuran de ella, fué socialista, era completa la tal señora. Este punto histórico parece algo oscuro, pero si en Yuste halló algún documento para aclararle el Sr. Castelar, muy interesante discurso podría pronunciar, y de mucha novedad *Sobre el socialismo en Babilonia.*

También sabemos (esto es historia contemporánea)

que el Sr. Castelar ha bajado á las minas; «á mí nadie me lo contará, dice, nadie; yo he descendido á las minas en persona, yo mismo»; y más adelante: «*no hay nadie en el mundo que aprecie como yo todo cuanto debemos al trabajo, ni que se DUELA COMO YO de la triste suerte RESERVADA por la industria moderna, no obstante sus progresos, á los infelices trabajadores*».

No sabíamos nada de esto, ni lo sospechábamos siquiera, en lo cual no perdían mucho los trabajadores; lo peor es que el señor ministro de la Gobernación no lo sabía tampoco. ¿Cómo si no hubiera dejado de nombrar al señor Castelar para la comisión de reformas sociales? Es de esperar que se apresure á reparar la omisión.



Vengamos á la cuestión social de ahora, dejando la histórica y la prehistórica á los sabios investigadores de las cosas que fueron. Y aun la cuestión social de ahora no hemos de tratarla con la profundidad y extensión con que puede ser tratada; haremos solamente algunas observaciones que nos parecen oportunas, y que tal vez no sean inútiles en este momento.

La cuestión social es una cuestión de cuestiones, un problema de problemas, que necesariamente exige una serie de soluciones. El hombre religioso pide fe; el economista protección ó libre cambio; el socialista propiedad colectiva; el individualista propiedad individual; el instruido instrucción; el compasivo pan; el virtuoso moralidad. Unos claman contra la ignorancia, otros contra la impiedad; quién acusa á la miseria como causa de todos los males, quién hace responsable de ellos al vicio y al

crimen. Y todos tienen razón en parte, y con aquella parte de razón que tienen, prueban que el problema puede presentarse como sencillo en la tribuna, ó sobre el papel; pero que es imposible simplificarlo en la realidad.

En esta cuestión de cuestiones, para saber cuáles se relacionan con la principal de que forman parte ó son ajenas á ella, hay que tener presente que *es problema social todo aquel que no puede resolverse sin el auxilio eficaz y directo de la sociedad*. De aquí la imposibilidad de que ninguna ley ni ningún Gobierno, ni poder alguno, por sí solo, puede resolver, no ya la cuestión en su totalidad, sino ninguna de las cuestiones parciales que la constituyan. Las pruebas de esta verdad abundan por desgracia; citaremos una: la mendicidad.

¡Qué de leyes, de reglamentos, de bandos, á veces crueles, á veces absurdos, á veces arbitrarios, siempre inútiles, para extinguir *la plaga* de la mendicidad! Tiranos, reyes absolutos, repúblicas, aristocracias, democracias, todos han sido impotentes, y al través de los siglos, el mendigo ha puesto su morral y se ha sentado triunfante sobre los cetros y sobre las espadas, sobre las coronas y sobre los gorros frigios. Si en alguna parte la mendicidad se ha extinguido ó está próxima á extinguirse, es donde la sociedad, fortaleciendo la ley, viviéndola, ha sido amparo del desvalido y corrector severo del holgazán: es donde la sociedad ha comprendido que los problemas sociales necesitan medios materiales para resolverse, porque ninguno se resuelve *sólo con dinero*, y ha dado trabajo, inteligencia, abnegación.

Al afirmar que la cuestión social es una cuestión de cuestiones, no entendemos ordenar el asunto para tratarle con mayor claridad; la clasificación no es teórica, está en la realidad, es eminentemente práctica. Por no compren-

derla se tomaron puntos de vista parciales y limitados, y se proponen soluciones incompletas, dando á ciertos elementos preponderancia que no tienen, y desdeñando ó haciendo caso omiso de otros esenciales. Una de las más desdichadas consecuencias de este error es haber hecho creer á los obreros que la política, y la instrucción, y la moralidad no se relacionan con su bienestar material, y que ellos sólo tienen que ver con el patrono: que éste aumente el salario disminuyendo las horas de trabajo, y el problema social está resuelto. No censuramos al obrero, ni extrañamos esta limitación de miras, hija de su falta de instrucción; mas hay derecho para juzgar severamente á los que tienen medios de instruirse y el deber de no extraviar á los que pretenden redimir.

El pobre obrero no ve más allá del taller, del obrador, de la fábrica, de la mina; pero los que le arengan ó escriben para él, deben saber que la mina y la fábrica, y el obrador y el taller, no están aislados, sino rodeados de elementos morales é intelectuales que influyen directa y eficazmente en la suerte de los trabajadores. La atmósfera social que los rodea, que tienen que respirar necesariamente, si está contaminada, los contagia, sin que puedan servirle de preservativo algunos céntimos más de jornal, ó algunas horas menos de trabajo. ¡Que no importan al obrero la política, ni la instrucción, ni la moralidad! ¿No? Pues la inmoralidad, y la ignorancia, y la política corrompida y corruptora le arrebatarán el hijo que no debía ser soldado; encarecerán el pan que come, la carne que no puede comer, el vestido y el calzado que no puede comprar, la casa inhabitable que habita, que debía atraerle y le rechaza; la política corrompida y corruptora, y la inmoralidad, y la ignorancia le negarán justicia siempre que la pida contra los que tienen más

dinero ó más influencia, y se verá encarcelado por una simple sospecha, mientras los grandes criminales salpican con el lodo de sus coches el rostro lloroso de su mujer, y los andrajos de su hija, que la miseria entrega á la prostitución (1); la política corrompida y corruptora, y la inmoralidad y la ignorancia le arrojarán á la concurrencia como á una fiera desencadenada; le privarán de trabajo, ó mermarán su fruto indebidamente con tributos desproporcionados; le rodearán de tentaciones con el ejemplo de fraudes lucrativos é impunes, y cuando en un trabajo insalubre ó peligroso caiga enfermo, herido ó muera, será indemnizado con una mala cama en un mal hospital, si le hay, con la fosa común, ó con la ignominia de la mendicidad.

Este simplificar el problema, reduciéndole á las relaciones del patrono con el obrero, no sólo le concreta á la esfera económica, sino que aun en ésta le limita al elemento industrial. En general, las ganancias fabulosas de la industria pertenecen á la historia de su transformación por la aplicación del vapor y los portentosos progresos en la maquinaria; hoy, el industrial necesita mucho trabajo y mucha inteligencia para realizar ganancia moderada; hay excepciones, pero ésta es la regla.

En España, muchos industriales se arruinan, muchos viven con dificultad, algunos realizan buenas ganancias, y algunos muy grandes. Estos últimos, por regla que tendrá raras excepciones, más que industriales son caballeros de industria, que la ejercen á la sombra de leyes absurdas interpretadas y aplicadas y retorcidas por hombres venales; son contrabandistas que tienen su *corte celestial* como los matuteros. No diremos que los

(1) Histórico.

industriales verdaderos, los industriales honrados, no realicen á veces ganancias que les permitirían mejorar la condición económica de los operarios, que no mejoran; pero aun en este caso, no son ellos el elemento más perturbador del orden económico; al menos trabajan, y producen, y contribuyen á la prosperidad, aunque no de la manera perfecta que fuera de desear.

El comercio, contra el cual no se ensaña el obrero, le esquilma más, con menos inteligencia, menos trabajo y menos riesgo que la industria, encareciendo los artículos que el agricultor ó el fabricante le vende á módico precio. Digo el comercio, porque si bien hay comerciantes que se enriquecen mucho más de lo que merecían su trabajo, su inteligencia y su capital, otros se arruinan, y muchos ganan solamente para vivir. No hay proporción entre lo que el comprador paga sobre lo justo y lo que el vendedor prospera; esto es efecto de muchas causas: trabas fiscales, tarifas excesivas, una legislación que dificulta las transacciones y el movimiento y facilita el fraude: además el excesivo número de personas que al comercio se dedican. Los economistas, que como decía Larra del Diccionario, tienen razón cuando la tienen, dicen que cuando una mercancía sube á un precio excesivo, la concurrencia la abarata; esto sucede á veces y hasta cierto punto, otras no, y en España cualquiera puede observar cómo en muchos casos, la *excesiva* ganancia *aumenta* el número de los que quieren ganar, en vez de *disminuir* el precio del artículo que la proporciona, y la concurrencia viene á hacerse, sobre la *cantidad* no sobre el precio de las cosas vendidas, ó, lo que es lo mismo, los vendedores son *más*, pero las cosas que venden no cuestan *menos*. El número de tiendas es excesivo, dice todo el mundo: ¿cómo pueden vivir? Vendien-

do caro, y no realizando sus ganancias con *muchos* pocos, sino con *pocos* muchos. El exceso de personal que el trabajador mantiene en las dependencias del Estado, existe en la mayor parte de las del comercio y tiene que mantenerle también.

Tampoco el obrero piensa que se acumulan en su daño las inmensas riquezas de muchos hombres de negocios que no son industriales ni comerciantes, ni producen nada, ni facilitan lo que otros han producido, ni compran ni venden más que papeles y conciencias.

Si la contribución de consumos ha llegado á hacerse odiosa, tal vez más que por la injusticia de la ley, por el cinismo y la impunidad de los que se burlan de ella; si el obrero ve en el fielato un enemigo, le señalan en la aduana un protector algunos de sus amigos y otros que no lo son, y coinciden en el error y en la candidez, de pensar que las leyes protectoras de la industria protegen más que á unos cuantos industriales, y de contar sin la huésped que es el contrabando, compañero rapaz é inseparable de la protección, y bastante por sí solo para desmoralizar á un país.

Reconociendo que la cuestión es compleja, no se soñarán facilidades y soluciones únicas é instantáneas. Este viajero que marcha hacia la perfección y se llama la Humanidad, tiene una condición penosa é ineludible, y es, que al mismo tiempo que el viaje, tiene que hacer el camino.

En cambio, ningún esfuerzo es inútil, ninguna ventaja adquirida deja de facilitar otras, y dondequiera que prevalece una verdad y un derecho, prepara el triunfo de otros derechos y de otras verdades. La moralidad influye en la condición económica, la situación económica influye en la moralidad, y entrambas en la esfera intelectual,

que á su vez ejerce sobre ellas una poderosa influencia. El que deja de ir á la taberna y va á la escuela, prepara los medios de aumentar su jornal ; el que aumenta su jornal, está en mejor situación para instruirse y evitar los malos consejos de la miseria. En la esfera del derecho sucede lo mismo ; todos los derechos son hermanos ; uno que se conquista, facilita la reclamación de otro, y consolida la posesión de todos los adquiridos.

Conviene penetrarse bien de que la cuestión social está en el taller y en la mina, en la tienda y en la escuela, en el instituto y en la universidad, en la casa de beneficencia y en las vías de comunicación, en las diversiones públicas, en los templos, en los palacios donde se hacen y se sancionan las leyes, en las prisiones donde van ó deben ir los que las infringen, en todas partes.

CONCEPCIÓN ARENAL.

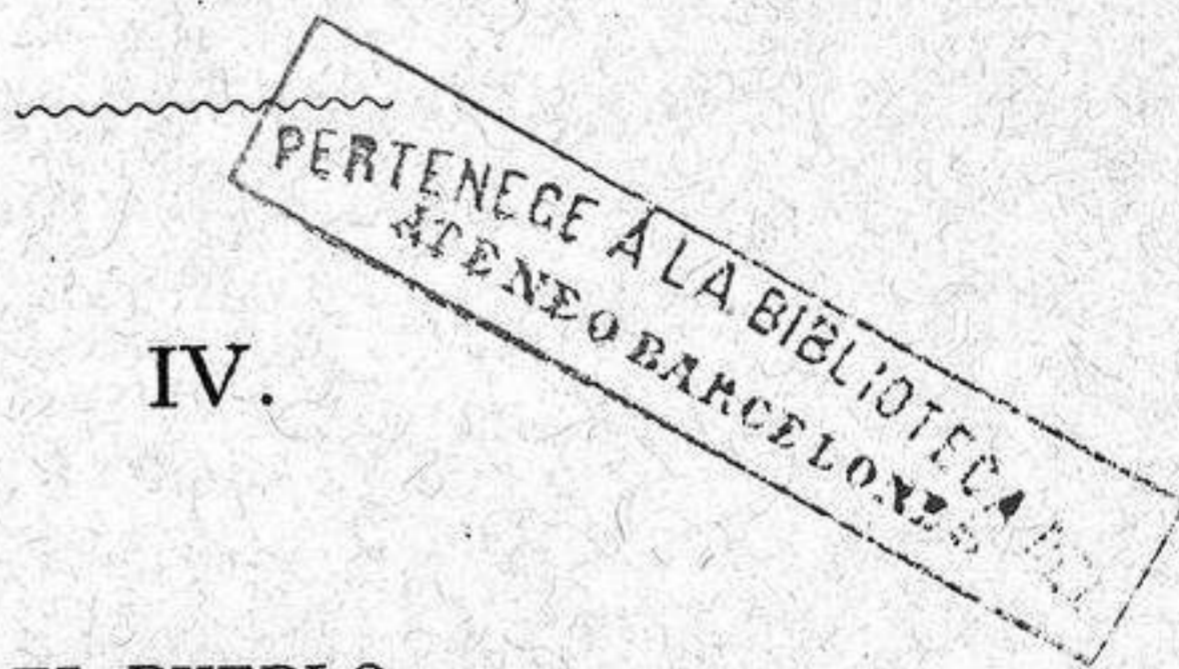
LA MUJER ESPAÑOLA

IV.

EL PUEBLO.

No quisiera omitir, en el estudio de la mujer española, una categoría en que se amalgaman y viven confundidas aristocracia, clase media y pueblo. Me refiero á las monjas.

Aunque hay conventos preferidos por las novicias aristocráticas (como las Huelgas y las Salesas), y en algunos, para entrar, se exige todavía la prueba de nobleza «por los cuatro costados», la verdad es que en muchos monasterios (Concepcionistas, Carmelitas, Benedictinas, Capuchinas) rezan juntas en coro la señorita distinguida y rica, á quien un impulso místico ó un desengaño amoroso llevó á ceñir el velo, y la humilde criada de servir, que poco á poco fué juntando de limosna la dote de esposa de Cristo. Lo que observo respecto á las monjas españolas, es que también ellas ¡quién lo diría! están sufriendo una transformación, hija de la ineludible marcha de los tiempos. La monja clásica de antaño, contemplativa, la que cantaba más ó menos gangoso, hacía



dulces, almendrados, escapularios y acericos, á quien un conocido epigrama acusaba de «vestir niños de cera» y varios chascarrillos de inverosímiles escrúpulos, va cediendo el paso á la religiosa moderna, más desenfadada y práctica, dedicada preferentemente á la enseñanza ó á la caridad activa, deseosa de cierto barniz de ilustración y que aspira á vaciarse en los moldes de las «monjas francesas», las cuales, con los monasterios del *Sacré-Cœur* y otros análogos, han venido á determinar esta evolución en los claustros españoles. Hoy pierden terreno y se van quedando muy solitarios los poéticos conventos viejos, de pura contemplación y ascetismo, con sus triples rejas erizadas de pinchos y su melancólico huerto encerrado entre murallas. Los institutos que reclutan personal, son, como dejo indicado, los medio seculares, que se dedican á cuidar mendigos y enfermos, ó á la educación de las señoritas. Entre los institutos caritativos citaré, por ser de fundación española y reciente, el de las *Hermanitas de los pobres*. La corriente directiva en la enseñanza, de Francia viene: nuestras monjas—que no pueden picar más alto que el resto de su sexo en nuestra patria—van comprendiendo que necesitan, para educar, aprender primero, y acaso dentro de algunos años habrá subido el nivel de cultura del claustro femenino, condición ya indispensable para su mantenimiento y prosperidad.

Mejor que ninguna clase, conserva el pueblo en España carácter nacional y el fondo de ideas y sentimientos consagrados por el óleo de la tradición: creo que en todos los países sucederá otro tanto, y que los tipos étnicos más puros, así en lo físico como en lo moral, en el pueblo se conservan, y, sobre todo, en la mujer del pueblo. Adviértese, no obstante, una gran diversidad entre la mujer del pueblo ciudadana y la campesina; y dada la

inmensa diferencia que existe entre provincia y provincia peninsular, bien puede afirmarse que en España coexisten diez ó doce tipos populares femeniles, cuando menos.

¿Dónde hay mayor contraste que el que ofrecen, verbigracia, las mujeres de los dos grandes centros urbanos españoles: la obrera barcinonense y la chula madrileña? La catalana ha adquirido ya las condiciones propias de una raza laboriosa y adelantadísima, y es bien seguro que la parisiense (tan activa y ducha en el comercio) no aventaja á la mujer de Barcelona, ni en el aseo, ni en la asiduidad al trabajo, ni en la conciencia, por decirlo así, de que ese trabajo es un deber y acaso un honor. Lo que la distingue de la parisiense es que tiene menos ductilidad, maña y agrado para engatusar á los compradores, si vende en una tienda, ó para ganarse la propina, si presta cualquier servicio. Pero el orden, la primorosa sencillez del limpio vestir, el espíritu agenciador y práctico, la aspiración á las comodidades ganadas con el sudor de su rostro, y un resorte de firme independencia, hijo de su propia consagración al trabajo, hacen de la obrera y la industrial catalana una mujer de la civilización y de la edad moderna en toda la fuerza del término. En cambio, la hembra de los barrios bajos de Madrid—mucho más interesante para el artista—es un rezago del pasado, una supervivencia de la España clásica; es la figura que se pinta en los abanicos y en las panderetas; es el modelo que seduce y atrae al pintor de costumbres, como Mesonero Romanos ó Pérez Galdós. Descendiente de las antiguas *majas* y *manolas*, la chula conserva y cultiva la desvergüenza en el hablar, la prontitud arrebatada y colérica del genio, la intensidad afectiva y la vehemencia de sus desatadas pasiones. La chula no ha variado desde que D. Ramón de la Cruz escribió el *Muñuelo*: tiene las

manos tan sueltas y prontas como la lengua: es capaz de armar quimera con el lucero del alba: es capaz asimismo de quitarse la ropa que lleva puesta para socorrer una necesidad: los rasgos generosos, picarescos y discretos alternan en ella con los de grosería, descaro y barbarie, y á veces aquellos predominan é imponen la simpatía por modo irresistible. Los dichos de la chula son un puñado de sal; sus acciones, siempre resueltas, siempre hijas del corazón ó de la imaginación, nunca del raciocinio, enamoran por su misma viveza irreflexiva, como agradan las imprevisiones, las diabluras y los arrebatos del niño pequeño.

Préciase la chula de franca y desinteresada, y aparece capaz de imponerse crueles privaciones é incesantes sacrificios por satisfacer el antojo de un ser querido. Como en ella las funciones de la reflexión no equilibran los arranques del sentimiento, y su noción del bien y del mal es harto confusa, á veces derrocha tesoros de pasión con el hombre más indigno. Del producto del trabajo de sus manos, y acaso de la venta de su cuerpo, la chula sostiene quizá á un torero *de invierno*, á un desaplicado estudiante, á un chulapo asqueroso, degradado y vil. Abundan en la estadística del concubinato matritense las parejas en que el varón no hace más que satisfacer sus abyectos vicios, pasándose las mañanas á la bartola y las noches en el café, *empalmando* las borracheras, y sin soltar el cigarro, mientras la hembra trabaja lo mismo que una leona, para que á su despreciable compañero no le falte el *duro* que le permita sostener su existencia de crápula y ociosidad. Parece excusado añadir, por que de sabido se calla, que á tan absurdo extremo llega la pasión de la chula, que teniendo el carácter irritable y orgulloso con los demás, de su querido sufre bofetadas y malos trata-

mientos, y hasta parece que la humillación la apega al mismo que se la inflige. Después de abofeteada por su cayo, queda más tierna que una tórtola y más flexible que un guante.

Es el amor de la chula fogoso transporte de los sentidos, que acaba por dominar el alma toda. Si á veces tiene la inconsistencia propia de las pasiones sensuales, otras se arraiga impulsándola á los mayores extravíos; y siempre ostenta ese carácter de violencia y desenfreno que le distinguen de los tenaces y honrados amoríos de provincias. Es el amor salvaje, capaz de la puñalada por celos: sobre la chula pesan leyes é instituciones impuestas por la civilización, sin que en sus costumbres haya podido influir esa civilización misma. Nuestro ilustre novelista Galdós ha estudiado maravillosamente este genuino tipo, siempre primitivo é indómito, en una de sus últimas obras, *Fortunata y Jacinta*; quien conozca el pueblo de Madrid, verá allí, fiel y parlante, el retrato de sus mujeres.

Para mostrar cómo entiende esta mujer la idea religiosa, séame permitido referir una anécdota que llegó á mí por fidedigno conducto. Contaba una chula que, bajando cierto día por una calle de Madrid, acertó á ver un señorito elegante, el cual la fascinó por su gallardía, su negro bigote, sus hermosos ojos, y otras cualidades y gracias que en él notó ó creyó notar. Tan viva fué la impresión, que, añadía, «me puse á mirarle fijo para que me siguiese.... y pensaba yo entre mí: ¡Ay, si este hombre no me sigue, me muero! Con tanto deseo como tenía de que me siguiese aquel hombre, me puse á rezarle á la Virgen del Carmen salves y más salves, la ofrecí una misa...., y tanto ofrecí y recé, que al fin el señorito me siguió....»

Claro que la chula no es lo que se llama un modelo de

:

rigidez y austeridad; y, en efecto, entre esa clase de mujeres recluta muchos soldados el ejército de la prostitución, y de su seno y del de la plebe andaluza salen esas bayaderas españolas llamadas *cantaoras* y *bailaoras de flamenco*. No obstante, volviendo al concepto general en que está informado este estudio, digo que la chula, con todos sus defectos, vale más que el chulo cien veces; que su corazón, su agudeza, su vehemencia, su desinterés, pueden en ocasiones preservarla del contagio del ambiente que respira, haciendo de ella una mujer honrada á macha martillo, que conserva toda la gracia de la espontaneidad chulesca; y que aun cuando se arrastre en el lodo, la chula propiamente dicha no pierde cierta poesía y cierto atractivo, que nunca tendrán las frías meretrices parisienses, en quienes el vicio es transacción mercantil. El que busque corazón y sangre, ambas cosas encontrará en la chula madrileña. Si esa mujer fuese educable.... Pero si fuese educable (¡eterno problema!), ya no sería chula, ni tendría maldito el chiste.

He comparado á las *cantaoras* con las bayaderas indostánicas: se les asemejan mucho en las danzas que ejecutan, en los lascivos movimientos que las acompañan, y en que responden á la exigencia de la fantasía meridional, que intenta revestir de un barniz artístico y poético el vicio mismo. La mujer que trabajando, vestida de oscuro y mal calzada, no atrae la atención del indiferente transeunte, elevada á medio metro de altura en el *estativé* ó tablado, adornada de un modo provocativo, con el rojo clavel detrás de la oreja y el zapatito escotado que descubre el airoso tobillo, balanceando la cintura y las caderas en rítmico y licencioso compás, renueva todas las noches la bárbara leyenda oriental de Salomé: calienta las cabezas, enloquece á los hombres, y los incita, más

aún que al delirio del placer, al derramamiento de sangre, á la locura homicida. Raro es el *café cantante* donde no han brillado las navajas y menudeado las quimeras, á veces mortíferas. Ya sé que mucha parte de culpa le toca al vino y á las bebidas alcohólicas más ó menos adulteradas; pero el español necesita para la embriaguez el ruido, la compañía, la excitación y fanfarronada que le produce el estar delante de mujeres: el español es incapaz de emborracharse á solas, como los hombres de las razas del Norte.

Se asemeja á la mujer del pueblo madrileño la andaluza, aunque es más tímida y religiosa, y en ciertas poblaciones, como Sevilla y Cádiz, con extremo aseada y muy gobernadora de su casa y hacienda. El antiguo cuño persevera en las provincias del Mediodía; las fábricas de cigarros son el único centro obrero que la andaluza posee, y sabido es que la cigarrera forma un tipo aparte, castizo, muy diferente del de la obrera, que adquiere involuntaria ó deliberadamente corte francés, ó al menos pierde el aspecto pintoresco que la cigarrera conserva y luce. De los talleres de cigarreras sevillanas se han hecho graciosas descripciones, pintándolas con su ramo de rosas en el moño, sus mangas arremangadas descubriendo el moreno brazo, su lenguaje animado é insolente, su bulliciosa y crespa actitud. Hoy que van desapareciendo en España los clásicos «pronunciamientos», menudean en cambio los motines de cigarreras, y el cargo de Jefe de las fábricas de Sevilla y Madrid no puede ser ejercido por quien carezca de gran serenidad, aplomo y energía. «Estas mujeres» — me decía el Jefe de la de Madrid no ha mucho — «son en el fondo unas infelices; tienen un corazón de oro, y por bien se las lleva adonde se quiere. Pero existe en ellas tan desarrollado

y vigoroso el sentimiento de la justicia, que pobre de aquel administrador á quien acusen de injusto. Son capaces, en un momento de alboroto, de hacerle pedazos.»

No sólo entre las cigarreras, sino entre todas las obreras españolas, ha cundido bastante la idea republicana, muy propia para lisonjear teóricamente esa sed de justicia que, en efecto, posee en alto grado la plebeya. Mas por un contraste que también tiene su explicación, la obrera republicana de España sigue siendo devota, haciendo novenas y costeando funciones á sus predilectos Santos y Vírgenes, y respetuosa con los monarcas, á quienes cobra un afecto que raya en fanatismo, tan pronto como recibe de ellos un beneficio leve, ó una señal insignificante de bondad y consideración. La mujer del pueblo español guarda indeleble el recuerdo del bien que se le hace, y, en general, de todo rasgo de nobleza y desprendimiento, aunque ningún beneficio le reporte. Actos sin importancia alguna, como tengan sello benéfico, la conmueven hasta un grado increíble. El año pasado, en una calle de Zaragoza, vi á un ciego que palpaba las piedras de la calle en busca de una moneda de cobre que se le había caído. Me inspiró lástima el infeliz, eché mano al saquito y le alargué una pesetilla. Al punto oí con sorpresa resonar el coro de bendiciones de un grupo de mujeres del pueblo. No pude menos de reirme: una peseta es bien poca cosa para tanto entusiasmo. Después reflexioné, y comprendí que la aprobación de aquellas mujeres provenía de que mi conducta, sin tener nada de particular, había halagado sus íntimos sentimientos, pues todas ellas desearían darle al ciego la peseta, ó más, si pudiesen.

Entre las mujeres genuinas de España se cuenta la de las Provincias Bascongadas. No se parece en nada á la española tal como se la figuran los extranjeros, apa-

sionada, semi-árabe. Al contrario: la mujer de Bizcaya, Guipúzcoa y Álava es una figura de líneas severas, hasta podría decir ásperas y rudas, y una de las hembras más morales de Europa—comprueben este dato los sociólogos y los etnólogos, que espero no me desmentirán.—La raza basca no se ha fundido con las demás de la Península: es un elemento irreductible á la unidad, como filológicamente lo es su idioma; créese que los bascones descienden, ya que no de los aborígenes en el riguroso sentido de la palabra, por lo menos de los primeros inmigrantes, y no arianos, sino turaníes. No puede dudarse que el tipo étnico y la complexión psíquica de la raza eúskara ni aun se parece á la de la restante población del litoral cantábrico, á pesar de las similitudes topográficas y climatológicas. Mientras la mujer de Asturias y Galicia presenta contornos redondeados, fresca encarnación y facciones de gracioso diseño, la mujer basca es algo dura y angulosa de líneas, y en su frente y en sus pómulos se lee una tenacidad inquebrantable. Limpia, activa, seria, su honestidad parece temperamental, pues hay quien afirma que muchas campesinas eúskaras son enteramente insensibles á la pasión amorosa, y se casan porque entienden que es un deber constituir familia, y porque aspiran á la maternidad, que no comprenden fuera del matrimonio, en el cual su fidelidad y honradez (cuyo mérito dejaremos que aquilaten los pensadores) son absolutas. Verdad que el nivel moral eúskaro parece muy superior al del resto de España, y no quiero repetir una vez más que pretender mujeres castas donde los hombres se pasan de libertinos, es notable falta de lógica. No hace muchos años conservaban aún las tres provincias hermanas un grandioso sello patriarcal, un perfume de virtud homérica, que no les impedía ser (como

tan próximas á Francia) la parte más civilizada é industriosa (excepto Cataluña) de nuestro territorio. Los partidarios de los *fueros* ó legislación autónoma de aquella comarca aseguran que desde la terminación de la guerra civil y supresión de las viejas leyes venerandas, el país basco va perdiendo la pureza de sus costumbres, la sencillez é inocencia de su condición. Un sacrificio más que la España nueva ha tenido que ofrecer en el altar de las libertades constitucionales. Las provincias bascas y Navarra han sido siempre foco de la insurrección carlista, y los que conocen bien aquella tierra aseguran que no les sorprendería que volviese á encenderse y á correr sangre á raudales; tan ardiente y tenaz es la intransigencia religiosa y el monarquismo federalista de los bascones.

Y la mujer eúskara, helada en el terreno pasional, se muestra ardorosa en el político, cuando supone vulneradas sus tradicionales creencias. En la guerra civil, las bascongadas hicieron alarde de un heroísmo sólo comparable al de las espartanas: hubo madre de tres hijos que, al morir en el campo de batalla los dos mayores, vino á ofrecer el tercero, mozuelo aún, «para que lo matasen también los liberales». Con los rasgos de fanatismo sublime de la insurrección carlista podría llenarse un libro entero.

En el resto de España no manifiesta la mujer ni el entusiasmo político ni la frialdad amorosa que en las provincias bascas. Al contrario, bien puede afirmarse que el apasionado romanticismo, desterrado ya de las clases cultas, se ha refugiado en el pueblo, y á menudo refieren los periódicos algún suicidio gemelo realizado en circunstancias parecidas al del príncipe Rodolfo de Austria, pero cuyos protagonistas son un pobre soldado y una costurera ó lavandera. Únicamente en el pueblo se encuen-

tra ya quien, ciñéndose al cuerpo de su novia con las mil vueltas de la española faja, atándole bien las enaguas á los pies con algo de celos póstumos, para que no ofendan al pudor las convulsiones de la agonía, dispara primero sobre el corazón de ella, y luego se salta la tapa de los sesos.

La castellana de la provincia de Toledo (en otras provincias de la misma región no he visto á la mujer del pueblo tan de cerca) es un tipo muy simpático. Tiene la doble *pátina* del tiempo y del arte. Sencilla, cristiana, valerosa, su aseo realmente inverosímil da á las pobres casas labriegas olor de tomillo y blancura de palomar. No he visto ropa más nevada que la del bracero toledano, ni creo que se pueda sorprender á aquellas hembras sin la pulcra media y el sólido zapato, ni encontrar en su ropa un desgarrón ó en el suelo de su hogar una inmundicia. Ellas guardan el hogar mientras el hombre labra la tierra.

Al bocetar rápidamente el mapa de la España femenina, quisiera marcar en él tres ó cuatro divisiones principales. El grupo catalán y bascongado tiene cierta analogía, por más que distinga á las eúskaras su fogosidad político-religiosa. El grupo andaluz y madrileño revela afinidades estrechísimas: si me propusiese buscar en un pasado prehistórico la filiación de su carácter, diría que descubre la preponderancia del elemento semítico ó africano. La mujer de la meseta central, ó sea la castellana, es una fusión de la sangre celta con la sangre ibera primitiva: tiene ciertos puntos de contacto con la gallega y la bascuence, y se diferencia profundamente de las dos. Y el territorio propiamente céltico, ó sea Asturias y Galicia, tan semejantes por su clima y su naturaleza á las provincias bascas, produce, á causa de la diferencia de raza, una mujer que forma con la eúskara perfecto con-

traste. La mujer galaico-asturiana es de tierno corazón ; la política no le quita el sueño, ni le importa nada que se modifique el código fundamental, ni que nos manden Don Carlos ó Alfonso XIII. Apasionada de sus hijos, no los inmolaría en aras de ninguna idea social: y en cuanto á insensibilidad amorosa, baste decir, como único dato, que es raro que una aldeana vaya al altar sin haber dado al mundo prole. Conviene también advertir que, realizando el programa de Juan Jacobo Rousseau, las aldeanas de este grupo son libres en sus costumbres mientras no llega la hora de casarse, pero después guardan fidelidad á sus maridos.

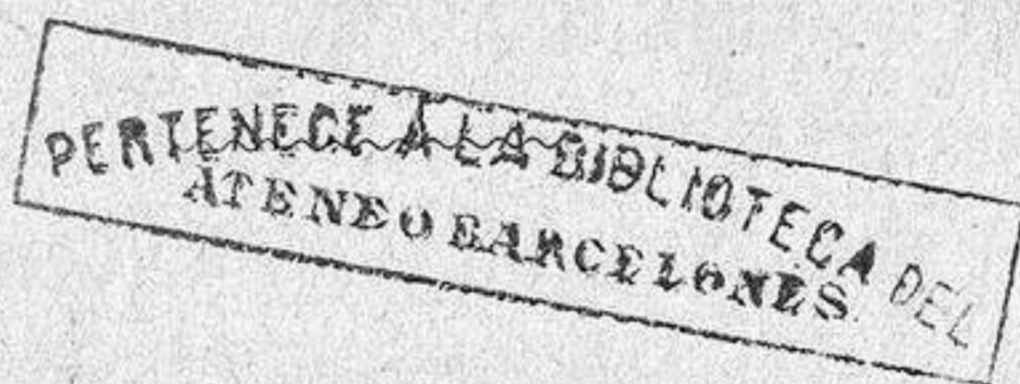
En gran porción del territorio español, la mujer ayuda al hombre en las faenas del campo, porque la igualdad de los sexos, negada en el derecho escrito y en las esferas donde se vive sin trabajar, es un hecho ante la miseria del labrador, del jornalero ó del colono. En mi país, Galicia, se ve á la mujer, en cinta ó criando, cavar la tierra, segar el maíz y el trigo, pisar el tojo, cortar la hierba para los bueyes. Tan duras labores no levantan protesta alguna entre los profundos teóricos de la escuela de *monsieur Prudhomme*, que, apenas se indica el menor conato de ensanchar las atribuciones de la mujer en otras esferas, exclaman llenos de consternación y santo celo «que la mujer no debe salir del hogar, pues su única misión es cumplir los deberes de madre y esposa». El pobre hogar de la mísera aldeana, escaso de pan y fuego, abierto á la intemperie y al agua y al frío, casi siempre está solo. Á su dueña la emancipó una emancipadora eterna, sorda é inclemente: la necesidad.

EMILIA PARDO BAZÁN.

MADRID 27 de Abril de 1889.

LA METAFÍSICA Y LA POESÍA

ANTE LA CIENCIA MODERNA.



III.

LA CIENCIA MODERNA.

¡Vaya un ejemplo de lo que es la buena prosa! Desafío al más agudo de mis lectores á que me ponga en claro lo que quiere decir el Sr. Valera en el siguiente párrafo:

—«Convengo en que el momento es pavoroso y lúgubre. Se piensa que nos hemos quedado sin religión y sin metafísica. No hay más que empirismo, ciencia; pero los científicos andan buscando la *ciencia*, esto es, que, renegando de la metafísica, la buscan para colocarla en el trono como reina, ya que la ciencia que buscan, y que enlaza y funda las ciencias, ó es metafísica ó no es nada.»

No lo entiendo.

Supongo que esto querrá decir que los empíricos, *renegando* de la metafísica, andan buscando la *ciencia* para colocarla en el trono como reina. Esta ciencia que se busca será la *positiva*, la *natural*, la *moderna*, la que parte de los hechos.

Pero es inútil empeño, porque los hechos, hasta como punto de partida de la filosofía se parecen á las aguas del Jarama, de las cuales se dice «que embrutecen y hacen pobres.»

El sistema aristotélico de Santo Tomás de sacar lo inteligible de lo sensible, es á la vez materialista y panteísta. Si lo sensible es igual á lo inteligible, el espíritu es materia, y si lo inteligible es igual á lo sensible, todo es uno y lo mismo. En esta parte son iguales en materialismo Aristóteles, Santo Tomás, Locke, Kant, Valera y sus partidarios del Ateneo, que dan por inútiles la metafísica y el arte.

Hace pocos días que el Sr. Salmerón vió á nuestro amigo el Sr. Verdes Montenegro jugar por la mañana al billar. Al día siguiente volvió á verle jugar por la tarde, y le dijo:—«¿Es que se pasa V. la vida jugando al billar?» El ilustre filósofo quiso sacar de dos hechos singulares una regla general, y se equivocó, por no haber tenido presente aquel principio tan repetido en esta polémica de que «*los particulares no hacen ciencia*».

Se puede jugar dos días seguidos y á diferentes horas, sin que sea racional suponer que se esta jugando toda la vida.

La metafísica es filosofar en abstracto. Querer suplantar la metafísica con el conocimiento de los hechos, es querer sustituir el resplandor del sol con la luz de los candiles.

Ni los hechos mismos se pueden ver con los ojos de la cara, si al mismo tiempo no se tienen puestos en las ideas los ojos del alma.

Y entremos en materia:

¿Qué es la ciencia positiva moderna? Lo mismo que la antigua; una pesadilla de sueños groseros. Lo que será

en el porvenir al disolverse este globo terráqueo, donde tantos disparates se escriben cuando se quiere hacer ciencia sin metafísica, ó se pretende apreciar las cosas sólo por las aprensiones gratuitas de los sentidos corporales.

La grande invención de la ciencia moderna es una reproducción de la antigua *alma material* del mundo que anima á todos los seres de la creación, y que hoy, más avisada que ayer, tomando ésto y repugnando aquéllo, va escogiendo lo mejor, matando á los padres viejos en honor de los hijos venideros, y en millones de millones de años, — que sólo las matemáticas de los profesores del Ateneo, Calderón, Vilanova y Pérez Arcas pueden calcular, — llega de grado en grado y de selección en selección, á crear, según la doctrina darwiniana, unos seres humanos que por boca del Sr. Valera aseguran que sólo la ciencia positiva es útil, racional y conveniente, y que la metafísica y la poesía, la idea madre y la hija creadora, son dos cosas completamente *inútiles*.

La escuela darwiniana ha tomado sin duda de la Academia Española el lema—«limpia, fija, y da esplendor»—pues *limpia*, por selección *inconsciente*, *fija* por la herencia lo más selecto, y da *esplendor* á los seres pasándolos de cloaca en cloaca, hasta cumplir la ley de la perfectibilidad.

Y al hablar del lema de la Academia Española, aplicado á esa ley que, ensartando cosa con cosa, va haciendo un rosario de cuentas atadas caprichosamente, me acuerdo de D. Antonio Valbuena, que ha emprendido una campaña de desconsideración contra los académicos, porque dice que hacemos definiciones malas.

¿Á que él no es capaz de hacer una sola buena? Y con esto no trato de ofenderle, pues ya decía nuestro amigo

el Sr. Escosura, que si los hombres hiciésemos una buena definición, no le quedaba nada que hacer al que todo lo sabe.

¿Por qué no sigue fustigando el Sr. Valbuena á esos prehistóricos impíos que, en odio á la tradición mosaica, hozan en la costra de la tierra para buscar fosilificaciones antiadámicas?

¿Ó cree más provechoso para sus creencias religiosas defender á la gramática de nuestras irregularidades, siendo así que nadie nos defiende á nosotros de las irregularidades de la gramática?

El Sr. Valbuena debía insistir en dar su opinión sobre esa ciencia moderna que niega la *inmortalidad del alma*, la *vida futura*, la *libertad del hombre* y la *personalidad divina*; y algunos de esos adjetivos que usa contra nosotros, y que ya son risibles de puro vulgares, aplicárselos á algunos clérigos que no se espantan del darwinismo, y que hacen gestos de desagrado cuando leen alguna dolencia en que se pide para las mujeres la supresión de las penas eternas, como si yo no fuese dueño de creer que ni las mujeres deben ir al infierno, ni los tontos al cielo.

Esas *historias de la creación*, calcadas sobre la del llamado *divino* Hæckel, de quien sólo por ironía se puede decir que es un hombre divino, son los objetivos adonde debían dirigir sus ataques los críticos religiosos como el Sr. Valbuena, y dejarse de satirizar á una corporación, la cual, á excepción de Zorrilla y yo, que somos los dos más grandes holgazanes de la tierra, se compone de ilustres hombres de Estado, de sabios, de eruditos y poetas, que con su laboriosidad y su inteligencia sostienen la antigua dignidad de este idioma español, que, como decía el gran Carlos V, es la lengua más propia para hablar con Dios.

Y volviendo á la ciencia de temporada, más bien que contemporánea, sigo diciendo que, después de desterrar del Ateneo la lira de los poetas, quedando en él como única bandera el mandil de los naturalistas, abundarán allí las discusiones sobre los organismos informes que, por una fuerza evolutiva, propia de la creación, hace que de grado en grado lleguen las cosas desde la mónera hasta el hombre. ¿Y qué es la mónera?, me preguntará el lector. Mónera es una especie de ostra que parece mascada, y escupida después por su mal sabor, y formada, según Hæckel, por simples *compuestos* inorgánicos, como son el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el ázoe. ¿Y qué son estos *compuestos* simples?, me volverá á preguntar el lector. Yo lo ignoro completamente; pero ya nos lo dirá en las discusiones del Ateneo mi ilustrado amigo el Sr. D. Laureano Calderón, porque, si cuando estudiábamos juntos química aplicada á las ciencias médicas, bajo la dirección de nuestro inolvidable maestro el Sr. D. Manuel Rióz, no lo sabía, hoy, iluminado por las presencias naturalistas, que le han enseñado á hacer ese inmenso embutido científico que comprende *desde el principio hasta el fin de la vida*, lo sabrá seguramente, aunque lo dudo mucho.

Pero al llegar aquí se me ocurre preguntar: ¿No es verdad que parece que los evolucionistas dicen en broma las cosas que yo voy refiriendo con toda formalidad?

La ciencia actual sigue los derroteros que le ha trazado la antigua canalización de la tontería humana. Ya Demócrito resucitó la vieja teoría de que los átomos corporales son el principio único de cuanto existe, sin más causa eficiente que el movimiento de que están dotados.

Los emanatistas y los panteistas afirman que Dios hizo nacer de sí mismo la materia y la forma del mundo.

En todos estos sistemas sobresale lo ontológico ó metafísico, considerando al ser en abstracto como una cosa ideal. Pero en la nueva ciencia lo ontológico se convierte en fisiológico, y el ente-metafísico es un *ser físico*, que, por una fuerza espontánea y material que le es propia, en la *Historia general humana*, con los pies manchados de toda clase de pringues, va subiendo de peldaño en peldaño toda la escala zoológica, desde la mónera, que es una creación menos ideal y menos limpia que los átomos dotados de fuerza cósmica de Epicuro y de Demócrito, y siguiendo por las *anchoas* y la *babosa* ó *caracol sin concha*, hasta llegar al *tiburón*, que creo que es el undécimo abuelo del hombre, mete por último en este embutido carne de *sapo*, de *cucaracha*, de *rata*, y de *abejorro* y hace así esa inmensa longaniza, que empieza en una destilación membranosa y acaba en el orangután, padre del hombre. Según cuentan los periódicos, esas hipótesis, que dan asco, las aplauden á rabiarse todos los que se frotan las manos de gusto al oír decir que la forma poética *está llamada á desaparecer*.

Y por supuesto que los hombres de la ciencia positiva hasta para fabricar esa larga salchicha de la genealogía del hombre, imitan los procedimientos de la metafísica, inventando paralelamente á la *ley de la evolución*, unas leyes auxiliares tan arbitrarias como estas: ley del *medio ambiente*, ley de la *selección sexual*, ley de la *herencia*, ley de la *correlación* del crecimiento, etc.

Y, ¿qué es la ley del *medio ambiente*? Pues debe ser una ley por la cual el que respira un elemento que le es propio vive, y el que no, se muere. Es decir, que hasta ahora, nadie sabía que el ave no puede vivir en el agua, ni el pez en el aire.

La ley de la *selección* es una especie de tonto discreto,

alma ciega de la naturaleza, que así como nosotros los agricultores, á fuerza de exagerar el cultivo, convertimos una clavellina del campo en un clavel reventón valenciano, esa alma *inconsciente* sigue por las entrañas de la tierra separando *conscientemente* lo imperfecto para asimilarse sólo lo perfecto, hasta llegar á los animales, á los cuales se les cae la cola por obra de la selección.

Esta ley es completamente falsa, porque, con la selección, á todos los objetos perfeccionados les sucede lo que á las rosas demasiado grandes y bellas, que con el esmero en el cultivo, los órganos sexuales abortan y se convierten en pétalos, muy hermosos, eso sí, pero infecundos. Y la prueba de la ineficacia de la *selección* sexual está en los pueblos en que se autoriza la poligamia y donde se escogen para los harenes las mujeres más hermosas del mundo. Allí, ¿qué sucede? Que los mahometanos resultan más enclenques y más feos que nosotros, y lo mismo en la paz que en la guerra viven sometidos á los hijos legítimos de los matrimonios cristianos, que, según la frase de Shakespeare, «son engendrados en el lecho conyugal entre un bostezo y un sueño».

La ley de la *herencia* dicen que es una facultad que tienen los seres de transmitir sus cualidades y *perfecciones*. Mentira evidente.

Los hijos de los ingleses dejan de ser rubios cuando nacen en la India, y los melones de Foyos, trasplantados á Galicia, se convierten en calabazas á la segunda generación.

Los verdaderos factores que constituyen la ley de la herencia son estos tres progenitores, el padre, la madre, y el clima.

La ley de la *correlación de las formas*, ya es más complicada, y si no fuera porque al gran Cuvier se le es-

currieron por los subterráneos del globo ciertas formas intermediarias, no ofrecería duda alguna el proceso natural de esta ley de las cosas, desde el salivazo albuminoideo, llamado *protoplasma*, siguiendo por ciertos bichos informes que ya tienen *ano* y *boca*, y concluyendo por esos animales, padres del hombre, cuyos corvejones se van convirtiendo poco á poco en rótulas ó choquezuelas. Y es lástima que se le hayan perdido á Cuvier las pruebas intermediarias de esta ley, pues por ella podríamos saber por qué Alejandro Magno fué algo jorobado y lord Byron un poquito cojo.

La ley de la *evolución* escogida como base de la filosofía de Spencer es la más filosófica de todas, pues así como la larva se convierte en gusano, y el gusano en mariposa, los naturalistas se han lanzado al campo de la especulación, imitando á los metafísicos, y de un fenómeno restricto y vulgar han querido deducir, ó, mejor dicho, inducir una ley universal. ¡Pretensiones metafísicas de físicos ilusos! Una síntesis suprema, como la pretendida ley de la evolución, no puede hacerse con hechos, porque los hechos no son ideas, sino cabos de ideas.

En el orden de los fenómenos cada cosa lleva en sí su finalidad especial, y es inútil querer enchufar unos objetos en otros para obligarlos á tener una finalidad sintética común.

Pero al leer esto dirá el lector: si se habían de traer á discusión en el Ateneo, para suplantar á la metafísica y al arte, estos *sueños de la materia* de Hæckel, estas intuiciones de ateneistas partidarios de Cuvier, estos *presentimientos* de muchos darwinianos, estas *fantasías*, en fin, escritas y habladas en tan mala prosa, ¿por qué motivo se ha expulsado del Ateneo á los pobres poetas? Sueños por sueños, ¿no son preferibles los raptos líricos

de los hijos de Apolo á las invenciones de los Hæckel, divinizadas por ciertos manipulantes extranjeros, y de los cuales ya decía el marqués de Valdegamas: «que tienen muy buenas manos para hacer chanfaina»?

Y hecha la prueba positiva de lo arbitrario de esta ciencia, vamos á hacer la prueba negativa, si es que estas cosas no les levantan el estómago á mis pacientes lectores. Después de desdoblado el árbol genealógico del hombre por medio de la evolución, en sus veintidós grados, desde la mónera, pasando por la lombriz y llegando hasta el divino Hæckel, volvámoslo á doblar por un procedimiento inverso de desevolución, y así se verá el origen deshonrrible de esta especie simia llamada hombre, que Dios sacó de la nada hace tres ó cuatro días, según Moisés, y hace millones de años según los naturalistas del Ateneo.

Con motivo de la discusión de que la forma poética está llamada á *desaparecer*, cierto ateneista de inspiración naturalista ha llegado á pensar que, suprimidas la metafísica y la poesía, ó sea el ritmo y las ideas, se podría efectuar ese fenómeno de atavismo, que el vulgo llama *salto atrás*, y empezaría una contra-ley, ó *retroceso zoológico*, y que así como antes esa fuerza autogénica de cada cosa, que, según la expresión del panteista Schelling, *duerme* en el mineral, *sueña* en el vegetal, *siente* en el animal, *piensa* en el hombre; este hombre, retrocediendo, comenzaría á hablar en una prosa sin música y sin arte, que sería igual al graznido, é involuntariamente se inclinaría hasta ponerse en cuatro pies para igualarse á sus congéneres, y después, avergonzado de pensar y de sentir, y con la savia que recibiría de la humedad del suelo, se convertiría en un mono con rabo, ó sin rabo, como el padre del hombre darwiniano; éste se arrastraría y vol-

:

vería á ser *lagartija*, que parece que es el décimo abuelo de los que piensan que la poesía debe desaparecer, y, después de obstruidos de nuevo la *boca* y *el ano*, seres informes engendrando á seres más informes todavía, macerados de pantano en pantano, volverían á formar el primitivo *protoplasma*, ese escupitajo, digno del garguero de un demonio burlón que ni piensa, ni siente, ni padece.

Casi estoy por confesar que este retroceso orgánico sería menos ignominioso, y me parecería más limpio que la ascensión de la *cucaracha* á miembro de la sección de literatura del Ateneo donde, bajo la dirección del Sr. Valera, como el chocolate sin cacao, se pretende hacer literatura sin poesía y ciencia sin metafísica.

Y antes de concluir debo confesar que no sé si habré sido completamente exacto al diseñar los rasgos de la fisonomía de la ciencia moderna, marcando bien sus saltos de trampolín, porque yo, como todos los ignorantes, no suelo tomar nota de las cosas que leo; pero me consuela la idea de que en el curso de esta polémica ya me rectificarán, por conducto del Sr. Valera, los respetables y sapientísimos Sres. Calderón, Vilanova y Pérez Arcas, amigos míos más viejos de lo que ellos y yo quisiéramos; y, en último resultado, como decía el insigne Lorenzana: «¿Para qué sirve un amigo si no sirve para que se le pueda calumniar?»

Tengo que hacer, además, otra confesión, y es que, al condenar esta síntesis, que cree suprema la ciencia moderna, no es que yo me niegue á reconocer los adelantos científicos de los buenos de los Edissons actuales, que á fuerza de tanteos sobre los hechos dan golpes de fortuna, y adquieren éxitos colosales é inesperados. Lo que creo es que cierta clase de inventores, que suelen morir sin calzones, si alguna vez soplan en la flauta

que suena por casualidad, son tan sabios como los albañiles que, al derribar los tabiques de las casas, encuentran tesoros que han dejado allí escondidos los compañeros del rico avaro del soneto de Argensola.

Y ¡adiós divina metafísica y santa poesía, delicia de mi juventud y consuelo de mi vejez! Estáis *llamadas á desaparecer* de entre los vivos por las cacatúas de la prosa y por los descendientes del mono de Darwin. ¡Dormid en paz, arrulladas por el *gori-gori* del sacerdote Valera, y si os dignáis esperar unas cuantas horas más, yo también moriré fielmente á vuestro lado, y os acompañaré al sepulcro, donde podré ocultar la vergüenza que me está causando el haber sido hombre!

CAMPOAMOR.

HOLANDESES EN AMÉRICA

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES

EXPEDICIÓN DEL ALMIRANTE CORDIS AL PACÍFICO.—1600.

CASI al mismo tiempo que Van Noort, el 27 de Junio de 1598, salió de Rotterdam una escuadrilla de cinco naves; la capitana, de 600 toneladas, armada con 40 cañones; dos de á 400 toneladas y 26 piezas; otro de 250 toneladas, con 20 y un filibote de 150 y 19 cañones. Las tripulaciones sumaban 500 hombres; iba por general, Jácome Moym; por almirante, Simón de Cordis; llevaban carga de mercaderías, comprendiendo buen número de mosquetes y armas blancas y de público se dijo que iban á comerciar á la India Oriental, aunque el embarque de pilotos ingleses que habían estado en el mar del Sur hizo sospechar á los marineros el verdadero objeto de la expedición.

Fueron sin otra escala á las islas de Cabo Verde, fondeando en el puerto de Santa María, que es en la de Santiago, y como les hicieran fuego desde un fuertecillo que montaba tres piezas, desembarcaron 200 mosqueteros y lo tomaron, con baja de cuatro muertos y nueve heridos;

tomaron al mismo tiempo dos embarcaciones pequeñas que estaban en el puerto, y consiguiendo algunas provisiones, continuaron la navegación hacia el Sur hasta el Cabo Lope González, en 2° latitud Sur, donde permanecieron un mes, curando los muchos enfermos que tenían. El general murió en esta travesía.

Á principios de Diciembre hicieron rumbo directo al Estrecho de Magallanes, embocándolo el 6 de Abril de 1599, y allí invernarón cerca de cinco meses, con grandes fríos y trabajos, de que murieron 120 hombres, entre ellos el capitán Jorge Bocolth, de una de las naves. Los patagones les mataron otros dos hombres é hirieron algunos más de los que bajaron á tierra. Al fin, el 3 de Setiembre abonanzó el tiempo, entablándose el viento del E. con el que desembocaron en el Pacífico; mas allí sufrieron otro temporal; se dispersaron los buques y casi todos tuvieron averías.

Habían señalado como punto de reunión la isla de Santa María, en la costa de Chile, y allí llegaron las dos naos mayores, siendo reconocidas por las embarcaciones ligeras del país en el acto de remediar las averías y abrir la portería que habían calafateado para pasar el Estrecho, echando la artillería á la bodega.

El almirante Cordis escribió al gobernador de Chile diciendo que los navíos de su mando eran de comerciantes de Flandes, súbditos de S. M. Católica, en cuyo concepto pedía se le facilitaran bastimentos por su precio y autorización de trocar las mercancías que llevaba en buena paz, y mientras recibía contestación, trató de hacer un desembarco en la costa, desistiendo por haberle matado los indios araucanos 27 hombres. Toda la ribera se puso en armas, y como se vieran los holandeses con poca gente y amagados de ataque en la isla, después de

esperar inútilmente á los otros navíos, dieron la vela los dos el 27 de Noviembre con rumbo á las islas Marianas, sin haber hecho ningún daño.

El filipote suyo, llamado el *Ciervo Bermejo*, muy averiado, y con la gente enferma, entró en el puerto de Santiago de Chile y se entregó voluntariamente á las autoridades, haciendo el capitán; llamado Rodrigo Girardo, y los marineros, declaración de las ocurrencias del viaje y de los propósitos con que se hacía, y aunque en la última parte deban acogerse con reserva sus noticias, tal como constan en autos extracto. La compañía que costeó el armamento de la escuadra, aspiraba á fundar un establecimiento holandés en la costa de Chile, creyendo no fuera empresa difícil, así por el abandono en que la tenían los españoles, como por la condición de los indios, cuya hostilidad hacia los dominadores se podía utilizar, dándoles armas de fuego, pólvora y auxilio material, que alcanzaran su amistad y la contratación con la tierra. La elección del lugar se dejaba al arbitrio del general, recomendándole, sin embargo, la isla de Santa María y el puerto de Valdivia como preferentes. De no verificar la ocupación, debía procurar el cambio de las mercancías por oro, ya fuera pacíficamente, ya de otro modo, y en último caso resarcir los gastos de la expedición, tomando en mar ó tierra lo posible.

La moral jugaba en estas instrucciones el mismo papel que en las de Van Noort, pero la fortuna se encargó de esterilizarlas, sin volver del todo la espalda á los intrusos, como hubiera sucedido de no adoptar la prudente resolución de alejarse de allí.

Gobernaba por entonces el reino del Perú D. Luis de Velasco, y estaba aleccionado con las expediciones piráticas de los ingleses; así, al primer aviso de haberse

visto naves extranjeras en Chile, como los tuviera de Europa de las dos armadas de Van Noort y de Cordis, salidas al mismo tiempo, sin las vacilaciones é inconvenientes de otras ocasiones, ordenó el armamento de dos escuadrillas. La una, compuesta de dos galeones y un patache, salió del Callao el 1.º de Enero de 1600, al mando del general D. Gabriel de Castilla, llevando por almirante á D. Fernando de Córdova, varios caballeros voluntarios, entre ellos el almirante Hernando Lamero Gallegos y 300 hombres de guerra. La otra, de cuatro galeones y un patache, se hizo á la mar del mismo puerto el 13 de Enero, rigiéndola el general D. Juan de Velasco; por almirante D. Pedro Sorel de Ulloa, con 700 hombres y entre los voluntarios el general Miguel Ángel.

Por distintos rumbos habían de reconocer, según orden, la costa, procurando batir al enemigo, pero como se advierte por las fechas, para Cordis era tarde, y para Van Noort no logró el deseo el encuentro de sus naves. D. Juan de Velasco remontó á la costa de California, cruzando sobre el cabo de San Lucas, recalada de las naos de Filipinas, hasta el mes de Setiembre. El día 21 sorprendió á la escuadra un espantoso huracán, dispersándola por completo; la almiranta perdió el palo mesana y el castillo de popa, que destrozó la mar, averiando de paso el timón en la corrida, y eso que era la más fuerte de la escuadra, la que se tomó á Richard Hawkins; el galeón que mandaba el capitán Juan Peraza de Polanco perdió los cuatro árboles y entró trabajosamente en Acapulco. Escapó mejor el patache, que gobernaba el capitán Juan Bernardo Carreño, y desapareció la capitana, pasando mucho tiempo sin que se supiera nada de ella, hasta adquirir la certidumbre de que había perecido con todos los que la tripulaban.

Están tomadas las noticias de los siguientes documentos.

Declaración que hizo en la ciudad de Santiago del reino de Chile Rodrigo Girardo, capitán del filibote flamenco que se entregó en el mismo puerto.

Avisos de corsarios.—Acuerdos generales.—Cartas.—Títulos é instrucciones. (Colec. Navarrete, tomo xxvi, números 37 á 45.)

Información hecha en Lima el año de 1601 sobre el paradero de la capitana de D. Juan de Velasco. (Acad. de la Historia, Colec. Salazar, M. 166.)

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

VERSIFICACIÓN POR PIES MÉTRICOS

I.

PARTE HISTÓRICA.

PRONTO hará tres siglos que RENGIFO registró en su *Arte Poética Española* el inventario de las *maneras que hay de versos*; y por cierto, no puede menos de llamar hoy la atención el que sustancialmente los versos de entonces sean los mismos de ahora, sin que, en tanto tiempo, hayan aumentado los dominios de la metrificación castellana.

RENGIFO no encontraba en nuestra métrica de entonces más que

Versos de ocho sílabas y su quebrado (que él llamaba versos de *redondilla mayor*),

Azucenas olorosas

Cogidas por la mañana.

Ninfa bella,

Das mil penas y congojas;

Versos de seis sílabas (que el autor de la *Poética* denominaba de *redondilla menor*),

Por tí, señor, tuve

Dolor algún día;

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Versos de doce sílabas (que distinguía con el nombre de *versos de arte mayor*) con acentos obligados en

2.^a 5.^a 8.^a y 11.^a,
Temí la tormenta del mar alterado
Que trága en un punto riquezas y vida ;

Verso endecasílabo (llamado por RENGIFO *verso italiano*) cuyas acentuaciones habían de arreglarse á los modelos siguientes, para que el metro resultase *corriente, grave y sonoro*,

2.^a 4.^a 6.^a 8.^a 10.^a
Amor que pudo hacer que Dios muriese

1.^a 4.^a 6.^a 8.^a 10.^a
Oro de Arabia, fino ; ricos dones

4.^a 6.^a 8.^a 10.^a
Desesperar no debe el hombre flaco

3.^a 6.^a 8.^a 10.^a
Despedirte no puedo, mundo vano

2.^a 6.^a 8.^a 10.^a
Queriendo disparar Amor su flecha

2.^a 4.^a 8.^a 10.^a
Amor que pudo derribar al fuerte

2.^a 4.^a 6.^a 10.^a
Verás un niño lágrimas vertiendo

2.^a 6.^a 10.^a
Ablanda el corazón empedernido ;

Verso heptasílabo ó quebrado del de once sílabas,

6.^a
Más blanco que el armiño ;

y, finalmente, verso esdrújulo, que á la sazón era sólo el mismo endecasílabo (ó su quebrado), terminado por palabra acentuada en la antepenúltima sílaba : pues RENGIFO asegura no haber visto esdrújulos como remate de las redondillas ó versos de ocho sílabas,

Espíritu profético
El gran Bautista tuvo y vida angélica.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

No se ve bien clara la razón que RENGIFO tuviera para no incluir en su catálogo el verso alejandrino, en el cual aparecen escritas muchas obras anteriores al siglo xv, especialmente las más antiguas, como las poesías de GONZALO DE BERCEO, que nació á fines del siglo xii en Berceo, diócesis de Calahorra,

Gonzalvo fué su nomne qi fizo este tractado.
 En San Millán de Suso fué de ninnez criado.
 Natural de Berceo, ond San Millán fué nado:
 Dios guarde la su alma del poder del pecado;

ó bien el libro de Alexandre *Per la quaderna via*, ó con cuatro consonantes seguidos:

Sennores, se quisierdes mío seruicio prender
 Querriauos de grado seruir de mío menster:
 Deue de lo que sabe omne largo seer,
 Se non, podrie de culpa o de rieto caer;

Ó bien los del ARCIPRESTE DE HITA, quien, además de los alejandrinos, empleó otras varias clases de metros. En verdad los alejandrinos *per la quaderna via* no eran ya de uso corriente en los tiempos de la redacción del *Arte Poética Española*; y tal vez por esto no juzgara conveniente el Autor incluirlos en su catálogo.

* * *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
 ATENEO BARCELONES

De cualquier modo que ello sea, hoy, como en los tiempos del buen RENGIFO, hacemos versos de seis, de siete, de ocho, de once, de doce y de catorce sílabas, y las acentuaciones que él encontraba *corrientes*, *graves* y *sonoras* para el endecasílabo y el dodecasílabo, nos lo parecen á nosotros también.

Algunas innovaciones, sin embargo, se han introducido en la antigua métrica. Ahora ponemos esdrújulos al

fin de los versos de seis, de siete, de ocho y de diez sílabas, y á veces terminamos los endecasílabos por voces acentuadas en la última :

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un QUINQUÉ,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
Á su reflejo pálido se VE.

En rigor, la verdadera novedad de nuestra métrica actual ha sido el verso de diez sílabas, pues el de cinco se encontraba ya en los adónicos : RENGIFO mismo cita la siguiente estrofa :

Venga en buen hora, enhorabuena venga
Gloria tan alta que á la España honra,
Como se honra con el sol el cielo
LLENO DE ESTRELLAS.

El verso de diez sílabas es la adquisición moderna, no sólo por ser ya de usufructo permanente, sino por su factura, que en buen análisis nada tiene de común con la de los registrados por el autor del *Arte Poética Española* :

Ocho veces la cándida luna
De su faz renovó los albores ;
Cada vez contra riesgos mayores
Ocho veces los vió combatir.
Y envidiosa los vió la fortuna
Su poder arrostrar atrevidos ;
Y los vió de su rueda caídos,
Mas su esfuerzo no pudo rendir.

II.

Muchas han sido las tentativas hechas por notables autores para dilatar los dominios de la métrica española.

Á tal fin dirigieron todos sus miradas á la poesía lati-

na ; pero , al tratar de interpretarla , les resultaba tal desacuerdo , que no hay manera de conciliar sus diferentes modos de ver.

Por ejemplo : LOPE DE VEGA llama *sáficos adónicos* á los versos con que termina el acto primero de *La Dorotea*:

Amor poderoso || en cielo y en tierra
Dulcísima guerra || de nuestros sentidos
¡Oh! cuántos perdidos || con vida inquieta
Tu imperio sujeta.

Y VILLEGAS presenta también como *sáficos adónicos* los tan conocidos versos

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vitál aliento de la madre Venus,
Céfiro blando.

Y bien echa de ver el más somero análisis que ni Lope ni Villegas se acercaron al tipo clásico que decían imitar. Un *sáfico* (verso de once sílabas compuesto de un coreo, un espondeo, un dáctilo y dos coreos)

1.^a 2.^a 3.^a 4.^a 5.^a 6.^a 7.^a 8.^a 9.^a 10.^a 11.^a

había de tener tres sílabas largas seguidas (3.^a, 4.^a, 5.^a), y ni en las imitaciones de LOPE ni en las de VILLEGAS se observa semejante requisito. Además, ¿qué nos sonaría á nosotros un endecasílabo común y corriente con acento en 5.^a? Más se acercó al tipo griego DON SINIBALDO DE MÁS en los siguientes renglones :

Cânticōs dūlcēs sūāvēs āl ālmă,
Sūspīrōs tiērnōs dē lă nīnfă grīegă,
dādmě que ēxtiēndă mī ācēntō blāndō
Vuēstră cādēnciā.

LUZÁN creía que en castellano podían hacerse exámetros y pentámetros latinos, y no encontraba nada que

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

pedir á los siguientes, que cita como perfectos, de REN-
GIFO y de VILLEGAS.

Trápala, trisca, brega, grita, baräunda, chacota
Húndase la casa, toda la gente clama.

Seis veces el verde soto coronó su cabeza
De nardo, de amarillo trébol, de morada viola,
En tanto que el pecho frío de mi casta Lícoris
Al rayo del ruego mío deshizo su hielo.

Verdaderamente, si los anteriores renglones desigua-
les son exámetros y pentámetros intachables, debemos
desear que nunca se aclimaten en la poesía castellana.
¿Qué orejas pueden darse por contentas con tan incon-
sistente falta de medida?

III.

No es fácil entender cómo un humanista del juicio de
LUZÁN encontraba en español sílabas LARGAS y BREVES á
la manera de las griegas y latinas, y concluyese *necesari-
amente* en la existencia de dáctilos y espondeos, co-
reos, anapestos y pirriquios. Pero, ¡qué! Es imposible
que encontrase con el oído lo que en las reglas admira-
ban sus ojos.

Pero, ¿en qué pudo consistir tanta ilusión?

* * *

No sabemos cómo pronunciaban los griegos ni los ro-
manos. Su acento parece que era CANTO, ó sea intona-
ción obligada de las sílabas, no mayor empuje del aliento
en una sílaba de cada palabra comparado con el empuje
menor exigido por las restantes de la misma voz, según
sucede en nuestra prosodia castellana.

Las vocales en las lenguas clásicas duraban unas doble tiempo que otras, esto es, que los tiempos invertidos en la pronunciación de las largas y de las breves estaban en una relación numérica perfecta

:: 2 : 1.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS DEL

Esta relación se llamaba CUANTIDAD, y en la CUANTIDAD se hallaba fundada toda la versificación antigua.

Un *dáctilo* estaba compuesto de tres sílabas, la primera de las cuales duraba dos tiempos, y uno cada una de las otras : total, 4 tiempos.

Un *espondeo* era otro pie de dos sílabas, cada una de dos tiempos : total también, 4 tiempos, lo mismo que el dáctilo.

La diferencia de estos dos distintos pies residía en el número de las sílabas, no en el número de los tiempos : el dáctilo, tres sílabas : el espondeo, dos.

El exámetro era un verso compuesto de 6 pies de á 4 tiempos cada uno ; de modo que el verso constaba de 24 tiempos ; pero el número de sus sílabas podía variar. Los dos últimos pies habían de tener necesariamente cinco sílabas con 8 tiempos, porque el 5.º pie había de ser precisamente dáctilo (1) y espondeo el último. Pero los 4 primeros pies podían ser dáctilos ó espondeos á discreción del poeta, es decir, que habían de durar entre todos 16 tiempos, si bien el número de sus sílabas podía resultar de 8 siendo espondeos todos los 4 primeros pies; ó bien ascender hasta 12, siendo dáctilos los 4. Por esta potestad de los versificadores clásicos el número de sílabas del exámetro, constando el verso siempre de 24 tiempos, oscilaba entre 13 sílabas y 17. El total de los tiempos siem-

(1) Alguna rara vez no era así.

pre 24 : el número de sílabas de los dos últimos pies constantemente 5 ; variable el de las sílabas de los 4 primeros pies entre 8 y 12 sílabas.

Ahora bien:

¿No es de evidencia que nosotros no tenemos en ninguna voz sílabas cuya duración sea doble que la de cada una de las otras sílabas del mismo vocablo? Poseemos, sí (y esto es indudable), sílabas en cuya pronunciación se tarda más tiempo que en la pronunciación de otras; pero no sílabas largas de DOBLE DURACIÓN que las breves. Cuando decimos

	trance
invertimos más tiempo en pronunciar	
	tran
que en pronunciar	
	ce ;
pero la duración de	
	tran
no es doble que la de	
	ce.

D. SINIBALDO DE MÁS formó una lista de 200 voces, tales como

uva , asa , ala , oso , lea , aliso.
ajo , eje , ojo , hoja , atina

y otra lista de otras 200 palabras, tales como

circunstancias , pendencias ,
fuerza , aguas , mientras ,
planchas , hínchase , artes ,
trompas , enfermo , plectros ,
obstrucción....

y hacía leer ambas listas con el reloj en la mano á quienquiera que le negaba la existencia de *breves* y de *largas* en castellano ; y, como todos se veían obligados al cabo á confesar que la lectura de la primera lista exigía menor duración que la de la segunda, concluía que en español era posible hacer versos á la latina. ¡Patente error! ¡Conclusión no contenida en las premisas! Porque en leer la segunda lista se echase más tiempo que en leer la primera, no era lícito deducir que se invertía el doble ; y, por tanto, el experimento no evidenciaba que hubiese en castellano sílabas relacionadas entre sí

:: 2 : 1 ,

según era preciso para inferir que en nuestra lengua es posible hacer exámetros iguales á los griegos y latinos.

Y en verdad no había necesidad de acudir á las listas de D. SINIBALDO, por ser evidente que tenemos en nuestro español sílabas de todas duraciones. En

transporte,

TRANS exige más tiempo que POR ; y POR más que TE. ¿Cómo, pues, con sílabas que no están SIEMPRE en la razón de 2 á 1 quería tan entendido prosodista hacer exámetros siempre de 24 tiempos? ¿Cómo no veía que, sea el que se quiera el número de tiempos invertido en pronunciar 13 sílabas castellanas, nunca resultará posible que esos tiempos sean los mismos que los necesarios para pronunciar 17? Así, las reglas de D. SINIBALDO sobre sus imaginarias *largas* y *breves castellanas* aparecen arbitrarias por completo.

:

Otro eminente prosodista, D. JUAN GUALBERTO GONZÁLEZ, aseguraba no disonarle los exámetros de VILLEGAS, y que no veía razón que le convenciese de la imposibilidad de introducir en nuestra lengua los versos latinos: «No los mido yo (decía D. JUAN GUALBERTO) por »espondeos y dáctilos, sino que pongo los acentos en el »lugar que estoy acostumbrado á sentirlos en *tal* exáme- »tro latino del mismo número de sílabas; y, si la pausa »viene bien con el sentido, de manera que no le perjudique »la que se hace en cada exámetro, con más rigor que en »nuestro endecasílabo, téngolo entonces por exámetro, »sin más regla que el haber herido mi oreja con el com- »pás acostumbrado....» «Conque si se hacen tales exá- »metros en castellano, ¿cómo se tiene por imposible la »introducción entre nosotros, y por infelices las tentati- »que se han hecho?»

De la bondad del árbol se juzga por la bondad de los frutos. Tanto D. JUAN GUALBERTO (que hacía excelentes versos, castellanos), como D. SINIBALDO (que pudo haberlos hecho muy bien), se lanzaron á predicar con el ejemplo, y dieron á luz, como acabados modelos, muchos renglones desiguales, de los que se mostraban tan satisfechos como de obras maestras. Y en verdad que, al leerlos (en cuanto es posible, pues á terminarlos no creo que haya llegado paciencia humana), al leerlos no sabe uno qué sea más de admirar, si la buena fe de sus autores, ó la absoluta carencia de ritmo con que se dedicaban á destrozar los oídos españoles.

Para muestra, vaya algo de lo mejor de D. JUAN GUALBERTO: su traducción de la segunda égloga de VIRGILIO,

(que, entre paréntesis, no tienen inconveniente en presentar á los niños los pudibundos dómynes que se horripilan con las desnudeces de Zola):

« El pastor Coridón al bello Alexis amaba ,
 Delicias de su dueño ; mas qué esperar no tenía.
 En la espesura sólo de unas altísimas hayas
 Andaba de continuo , donde á los bosques y selvas
 En estas incultas voces con vano estudio aquejaba :
 « ¡ Oh empedernido Alexis ! Tú de mis versos no curas ,
 Ni de mí te conduelas : al fin harás que yo muera , » etc., etc.

No quiero seguir copiando, porque, no siendo yo de mí empedernido, me conduelo del paciente lector, y no quiero desaprovechar la caritativa ocasión que se me presenta de que me deba la vida.

Pues si D. JUAN GUALBERTO GONZÁLEZ cometía tales desaguizados no debemos esperar cosa mejor de D. SINIBALDO DE MÁS.

Y no se me crea por mi sola palabra. Allá va el principio de la *Iliada* :

« Canta del Périda Aquiles , ¡ oh Musa ! , la ira funesta
 Que al campo aqueo causó daños tan grandes y tantos,
 Y almas sin cuento al fondo mandó del Averno ,
 De aves carnívoras y de perros haciendo su cuerpo
 Pasto (voluntad era del omnipotente Tonante),
 De el día que reñidos quedaron el rey de valientes
 Atrida y el divino Aquiles en contienda furiosa , » etc., etc.

Basta de exámetros griegos. Mas ¿no será lícito presentar alguna muestra siquiera del *metro épico por largas y por breves*, invención de D. SINIBALDO, con el cual (segun creía él solamente entre todos los españoles con oídos) «se podría MÁS QUE SUPLIR en nuestra lengua el exámetro latino?» He aquí el principio de la *Eneida*, traducido verso por verso. ¡No asustarse!

« Yo aquel que en otro tiempo toqué sólo instrumentos humildes
 Y dejando las selvas á ser alguna vez obedientes
 Al ávido colono forcé los campos próximos, obra
 Á labradores grata, ahora ya el estruendo de Marte
 Las armas y héroe canto que prófugo del suelo de Troya
 Vino el primero á Italia de Lavinia á la costa llegando.
 Sumióle en mil desdichas por tierras y por piélagos hondos
 El Destino y de Juno la cólera implacable funesta.
 Mucho sufrió erigiendo la ciudad y fijando su gente
 En el Lacio y sus lares, de do el latino nombre y los altos
 Muros de Roma y nuestra antigua albana estirpe nacieron. »

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 ATENEO BARCELONES

¿Por qué, pues, tan repetido naufragar? ¿Por qué el divino LOPE y el sentido VILLEGAS, por qué prosodistas tan insignes como D. JUAN GUALBERTO y D. SINIBALDO, por qué tantos otros como han querido aclimatar exámetros, pentámetros, sáficos y adónicos en nuestra lengua (1) han engendrado monstruos de versificación?

Por haber olvidado que sin RITMO no hay, ni puede haber métrica ninguna.

IV.

Los que piensan estar llamada á desaparecer la forma poética, no consideran que ha de haber métrica en el mundo, mientras rítmicamente lata el corazón y con ritmo fluya la sangre en las arterias. Signo de muerte es la falta de ritmo en la circulación. Falta de salud revela

(1) D. Tomás Antonio Sánchez, el erudito colector de las poesías anteriores al siglo xv, veía también exámetros y pentámetros en nuestra lengua. Los dos primeros versos del poema del Cid le suenan como un dístico latino. Sonar es.

«De los-sos o-ios tan-fuerte-mientre lo-rando.
 Tornaba-la cabe-za estaba-los catan-do.»

el que no marcha á compás. El galope del caballo es ritmo puro.

Y como causa delicia la salud, por eso es goce supremo su condición arterial: el ritmo. Y la sensibilidad, generalizando á su modo, precisamente por eso mismo halla encanto en todo cuanto es rítmico. El hombre de la civilización, lo mismo que el salvaje, al ritmo deben su más íntimo encanto; y eso tanto en la actualidad como en los tiempos más oscuros registrados por la historia. Ábrase la Biblia, y allí veremos que, tras el paso del mar Rojo, y después del cántico de Moisés, María la profetisa, hermana de Aarón, toma un *pandero* en la mano, y todas las mujeres salen en pos de ella *con panderos y danzas*, y María las precede cantando: «Cantad á Jehová que se ha magnificado arrojando en la mar caballo y caballero».

Todo es ritmo en nosotros: para el tacto, el pulso en las arterias y el compás en la respiración: para la vista, los movimientos regulares de los seres animados: el galope, el vuelo, los impulsos periódicos de los remos, el batir de los martillos sobre el yunque á intervalos regulares, la alternación de subidas y bajadas de la sierra, el balanceo isócrono de las lámparas de los templos, el entrar y salir de los émbolos en los cilindros de vapor, las figuras del baile, las evoluciones de las tropas, la creciente y menguante de los mares....; y para el oído todo ese mundo infinito de las incorpóreas sucesiones de sonidos fuertes y de sonidos débiles, alternados á intervalos regulares.

El ritmo es orden, y el orden es la aspiración incesante de la inteligencia. Y, al mismo tiempo, su delicia suprema é inefable.

El llamado canto de los *pintados pajarillos*, es sucesión desordenada de notas, mas ó menos agradable;

pero no es música, porque les falta la fascinación de todo lo ordenado. Por eso aburre, ó no subyuga. Los sonidos musicales sin ritmo engendran al cabo el fastidio ó el enojo. ¿Quién no ha hecho callar alguna vez á magníficos canarios, anárquicos y ensordecedores? ¿No encuentran los *maestros* informe y vago el canto llano? Y ¿á quién no subyuga el compás del tambor, cuyo poder está en la medida de sus golpes?

No hay verdadera música sin ritmo; pero puede haber ritmo sin música. El galope del caballo no es ritmo musical.

Según dice Campoamor, la prosa no es arte, como no lo son el gorjeo ni el balido. Puede haber exhibición de imágenes en prosa; pero siempre faltará la magia de la enunciación rítmica, distintivo de la poesía verdadera. Los sonidos musicales pueden conmover los nervios; mas para obtener algo superior al efecto fisiológico, para encantar la inteligencia, les faltará siempre una cualidad incorpórea; el orden intangible, la seducción de la regularidad, la fascinación del ritmo.

La falta de ritmo en los balances de los barcos, produce náuseas, y por último el mareo. Al vértigo de las montañas contribuye la imposibilidad de ritmar el paso.

V.

Ni D. JUAN GUALBERTO GONZÁLEZ ni D. SINIBALDO DE MÁS echaron seguramente de ver una diferencia esencial entre las prosodias antiguas y las modernas: en griego y en latín había *VOCALES* largas y breves, y en español sólo hay *SÍLABAS* en que, por razón de sus consonantes, se echa más tiempo que en otras, pero no doble.

Toda sucesión es rítmica si se repite regular y periód-

dicamente ; ya sea de impulsos, como los de la sístole y la diástole del corazón ; ya de movimientos como los de los remos á compás ; ya de sonidos como el de los cascos del caballo en el galope ; ya, en general, de cualesquiera clase de percusiones y remisiones á intervalos regulares y periódicos.

Nuestros versos están constituidos por sucesiones periódicas de SÍLABAS acentuadas y de SÍLABAS sin acento, seguidas de pausas métricas ; y el ritmo métrico consiste en ese orden periódico de intensidades y remisiones del aliento, conjuntamente con sus pausas. El mayor ó menor tiempo necesario para enunciar una intensidad ó una remisión no nos importa, porque sólo atiende el oído á la serie regular de fuertes y de suaves.

No consistía en esto la metrificación clásica : la periodicidad de 24 tiempos empleados en decir un número variable de sílabas, seguido de una pausa métrica, era suficiente (1) para griegos y romanos ; y si bien no nos es dado calcular cómo les resultaba grata esa periodicidad, basta con lo que ha llegado hasta nosotros para concluir que su métrica era de índole TEMPORAL, mientras que la nuestra es esencialmente DINÁMICA. El TIEMPO entre los griegos y latinos : la INTENSIDAD, la FUERZA, entre los modernos.

Ahora bien : ¿cómo D. SINIBALDO (que tantas evaluaciones hizo de *largas* y de *breves*) no vió que en sus renglones desdichados no se invertían siempre 24 tiempos, según habría sido ineludible para remedar en algo la rítmica griega y la latina? Pues qué, ¿puede haber regularidad periódica invirtiendo en un renglón cierto número

(1) Con otras condiciones, como es sabido, de que nos hablan los preceptistas, sin saber seguramente lo que se dicen, pues cada nación pronuncia á su manera.

de tiempos, y en otros más ó menos? ¡Qué demencia! Eso será sucesión anárquica ; pero no periodicidad ordenada y recurrente. Será algo mucho peor: será prosa insufrible, á causa de sus estupendas trasposiciones, empedradas torpemente de epítetos y arcaísmos del estilo culto.

Por otra parte, si D. JUAN GUALBERTO quiso asimilar los acentos á las largas, esto es, nuestras SÍLABAS de mayor *intensidad* á las VOCALES clásicas de mayor *duración*; si con su buen sentido no veía en español más que sílabas de mucha intensidad, y otras de fuerza mucho menor; si sabía que la rítmica española está en la repetición de series silábicas iguales, sujetas á ciertas condiciones de acentos y de pausas; si era un gran versificador de endecasílabos, ¿cómo no vió que no podía haber ritmo, esto es, *periodicidad ordenada*, haciendo que á un renglón de 15 sílabas siguieran otros de 16, 17 y 14?

Bajo las frescas sombras ya los ganados se amparan	(15 síl.)
Y ocultan los espinos también á los verdes lagartos.	(16 »)
Ya apresta á los segadores, cansados del rápido estío,	(17 »)
Testilis, serpol y ajos, aromáticas hierbas.	(14 »)

¿Cómo el oído había de encontrar medida, ni por tanto satisfacción, en la siguiente anarquía?

Canto como solía, cuando sus vacas llamaba	(15 sil.)
Anfión dircëo en el actëo Aracinto.	(13 »)
Ni soy tan disforme; que del mar en las plácidas ondas,	(16 »)
Calmado el viento, bien me miré el otro día.	(13 »)

DON SINIBALDO, no presentando series periódicas de TIEMPOS iguales, y D. JUAN GUALBERTO no ofreciéndolas de SÍLABAS, ni aun siquiera acentuadas de un modo similar, debieron fracasar, y en efecto fracasaron, en sus intentos de ensanchar los límites de la métrica española; porque tanto uno como otro dejaron de ver que sin ritmo no hay versificación.

Y, no obstante, sus trabajos, como de humanistas que eran de talento y erudición, contienen no escasa copia de observaciones estimables, si bien estériles hasta ahora por el pecado original que les dió el ser, y por el más pecaminoso fin á que estaban destinadas.

Y bien debieron ambos haber escarmentado en cabeza ajena. ¿No les decían nada los fracasos anteriores? Además del de los que antes que ellos fantasearon exámetros y pentámetros, debieron haber deplorado la caída de tantos versificadores (entre ellos algunos de nuestros dramáticos) que habían ya ensayado combinaciones de versos inconmensurables entre sí, con el mal resultado que era de suponer, faltándoles el ritmo.

Para muestra, véanse estos tristes ensayos de *La venganza de Tamar*, por el sin par TIRSO DE MOLINA:

«Cuando el bien que adoro
Los campos pisa,
Madrugando el alba,
Llora de risa.

Al esquilmo, ganaderos,
Que balan las ovejas y los carneros;
Ganaderos, á esquilmar,
Que llama á los zagales el mayoral.

Que si estáis triste, la infanta,
Todo el tiempo lo acaba.

Á las puertas de nuestos amos
Vamos, vamos,
Vamos á poner ramos.»

Por otra parte, ¿por qué no se ensayaron en las combinaciones ajustadas á ritmo métrico, y que ya habían sido recibidas bien del público?

VI.

Confieso que no concibo ese empeño de buenos y hasta de insignes versificadores en prescindir de la magia del ritmo, cuando ya habían visto la luz poesías fundadas en combinaciones periódicas de grupos silábicos, en que al acento siguen ó preceden, *en orden constante*, sílabas no acentuadas, y cuyo efecto en el oído no podía ser más agradable.

MARTÍNEZ DE LA ROSA, en *La aparición de Venus*, había ya (conforme con las reglas de RENGIFO) usado los dodecasílabos con acentos obligados en

2.^a, 5.^a, 8.^a y 11.^a

De pómpa ceñida bajó del Olimpo
La diósa que en fuégo mi pécho encendió :
Sus ójos azúles de azul de los ciélos ,
Su rúbio cabéllo de ráyos del sól.

En *Los votos de un amante* empleó el mismo metro dodecasílabo, con su quebrado de seis, similarmente acentuado.

Mi bién , mi consuélo , mi glória , mi víDA
Ven , Láura queríDA , y en plácidos láZOS
Te ciña en mis bráZOS , te escúche , te míRE ,
De júbilo expíRE !

Aquí á la magia del ritmo agregó el poeta el encanto de las rimas interiores y exteriores. Pero esto no hace al caso.

Y en otras varias composiciones usó esta misma clase de dodecasílabos , por ejemplo en *La Alhambra* y en el *Himno epitalámico*.

Composición de más complicado ritmo es la titulada
El Triunfo:

« El placér que rebósa en mi álma,
Zagálas del Dáuro, festivas cantád:
El Amór ha dejádo los cielos,
Y el nído en mi pécho por siémpre hizo yá.
¿ Qué ventura en la tierra hay que iguale
Al sumo contento que ofrece el amor?
Los sentidos, el alma y potencias
Á tanta delicia bastantes no son.
En el bosque de nardos y rosas
Al fin de mi amada vencí la esquivez:
Tuya soy, pronunciaron sus labios;
Y al punto en sus labios su aliento aspiré.
Blando lecho brindaron las flores;
La tórtola amante más tierna gimió;
Y, las ramas de un sauce inclinando,
El hurto dichoso cobija el pudor. »

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

D. ALBERTO LISTA empleó asimismo el verso dodecasílabo de RENGIFO:

2.^a 5.^a 8.^a 11.^a
« La luz nace al mundo, que en densas tinieblas
Y en sombras de muerte lanzado se ve:
Mortales, seguidla; pues ella nos muestra
La senda dichosa de paz y de bien. »

También en su imitación del Salmo *Domini est terra* hizo uso del quebrado de tal metro, y lo acentuó constantemente en 2.^a y 5.^a:

¿ Quién súbe á la cúmbre
Do réina el Poténte?
Quien púro y cleménte
Su pécho guardó,
Ni apága la lúmbre
Que el álma asegúra,
Ni máno perjúra
Con sángre tiñó.

En la imitación del Salmo *Beatus vir*, empleó felizmente los heptasílabos con acentos obligados:

2.^a 6.^a
Dichoso el que motines
Huyó de gente impía,
Ni entró en la senda umbría
Que trilla el pecador,
Ni estuvo en los jardines
Do el vil placer reposa,
Escuela contagiosa
Del vicio y el error.

MAURY, en la *Ramilletera ciega*, usó los decasílabos aconsonantados:

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fe;
Oigo mucho alabrarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.

El mismo MAURY, en *El festín de Alejandro*, traducción del poeta inglés Dryden, siguió el original, pasando de metros de un número dado de sílabas á otros metros conmensurables con ellos en orden y medida.

Era el regio festín que en Persia esclava,
Por su conquista daba
El hijo de Filipo armipotente;
En su trono imperial, con ásis adorno,
Sus próceres en torno,
El héroe sobrehumano alza la frente.

Táis al lado de él, lozana rosa,
Como á sus nupcias oriental esposa,
En flor de juventud esplende, hermosa.

¡Copia feliz, feliz, feliz mil veces!
Sólo el valor,
Sólo el valor,
Sólo ¡oh valor! á la beldad mereces.
En medio al coro armónico
Subido Timoteo,

Con tacto volador pulsa la lira :
 La nota ondula trémula ,
 Y altísimo recreo
 Al paso de ascender mágica inspira.

Maury después cambia de medida :

Quedóse el vencedor mirando al suelo
 Con desconsuelo :

De la fortuna en su turbada mente ,
 Recorre el vario giro ;
 Se exhala algún suspiro ;
 Brotar el lloro siente.

Sonríe, cierto el gran cantor
 Que cerca está dulce dolor ;
 Y al tono acuerda
 Amiga cuerda ,
 De la piedad sacando amor.

Blandamente en modo lidio
 Vierte al pecho sed de halago :
 «Es», cantó , «la guerra estrago ,
 No acabar error , fastidio.
 Son vapor gloria , memoria ;
 El honor mera quimera,
 La victoria ,
 Capitanes ,
 ¡Qué de afanes!
 Los conoces :

¿Vale el mundo que lo ganes?
 Valga, valga que lo goces ,
 Has al lado á Táis linda :
 Logra el bien que un Dios te brinda.

MORATÍN, en los *Padres del Limbo*, se ensayó también
 en el dodecasílabo de RENGIFO.

¡Oh, cuánto padéce de afanes cercada
 Mercéd al engaño de fiéro enemigo,
 En lárigo castígo la próle de Adán!
 ¡Oh!, vuelva á nosotros la luz desēada
 Y dé sus promesas el cielo cumplidas
 Que ya repetidas en sombras están.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

Y también hizo endecasílabos distintos de los corrientes, acentuados en

1.^a, 4.^a, 7.^a y 10.^a

1.^a 4.^a 7.^a 10.^a
 Huyan los años con rápido vuelo.
 Goce la tierra durable consuelo
 Mire á los hombres piadoso el Señor.

Si estos ensayos resultaban ya satisfactorios, ¿por qué D. SINIBALDO y D. JUAN GUALBERTO no se dieron á investigar dónde radicaba el motivo de su aceptación y dónde el del naufragio de los infelices remedos clásicos? ¡Cuán pronto habrían descubierto la causa de lo uno y de lo otro! ¡Cuán perspicuamente habrían percibido, dados sus vastos conocimientos prosódicos, que los versos citados de MARTÍNEZ DE LA ROSA, LISTA, MAURY y MORATÍN, obedecen á otro sistema que el de la metrificación corriente, y que ese sistema es susceptible de más amplios desarrollos!

VII.

Para comprender la diferencia, recordemos las bases de la métrica corriente.

ENDECASÍLABO.—Los hay de dos clases :

1.^a Endecasílabos con un acento prominente en la 6.^a sílaba.

2.^a Endecasílabos con dos acentos prominentes en 4.^a y 8.^a

Ambas clases tienen de común el presentar acentuada la 10.^a sílaba.

Son, pues, buenos endecasílabos los que llenan las condiciones siguientes :

1.^a Clase : 6.^a y 10.^a

6.^a 10.^a
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

2.^a Clase : 4.^a, 8.^a y 10.^a

4.^a 8.^a 10.^a
Himnos sin fin al bienhechor del mundo.

Los acentos se hacen muy prominentes cuando la sílaba acentuada tiene muchas consonantes ó muchas vocales ; ó bien cuando se reúnen ambas condiciones ; ó bien cuando en voz de acento prominente se hace pausa.

Grímpolas,

muchas consonantes :

Fin, bienhechor,

pausa y consonantes.

En la lengua castellana, las dicciones tienen dos clases de acento : uno por sí, y otro por el puesto que ocupan ; al modo que los seres humanos están investidos de dos clases de poder, uno recibido de la naturaleza, y otro de la dignidad correspondiente á su posición ó jerarquía.

Vil he de ser con quien por vil me toma,

la VOZ SER, por virtud de la pausa que en ella se hace á la recitación del verso, tiene más intensidad que el primer VIL.

He de ser VIL con quien por vil me toma,

ahora se han trocado los papeles : el primer VIL tiene más intensidad que SER.

Once sílabas métricas *sin los debidos acentos constituyentes*, no son, por tanto, verso endecasílabo. Por ejemplo :

4.^a 10.^a
Según el orden de sus dignidades

Este deplorable renglón no es endecasílabo de ninguna de las dos clases : no lo es de la 1.^a, por carecer de

acento constituyente en 6.^a; y no lo es de la 2.^a, por faltarle en 8.^a, si bien lo posee en 4.^a

Los endecasílabos aparecen fastuosos cuando, *además de los acentos CONSTITUYENTES*, contienen otros acentos supernumerarios:

2.^a 4.^a 6.^a 10.^a
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

1.^a 4.^a 8.^a 10.^a
Himnos sin fin al bienhechor del mundo.

Pero los acentos supernumerarios no pueden ponerse en todas las sílabas.

Resultan endecasílabos malos los que tienen acentos obstruccionistas. Y son obstruccionistas todos los acentos que los malos versificadores ó los poco cuidadosos colocan *inmediatamente delante* de los constituyentes.

Por tanto, son acentos obstruccionistas los de

5.^a y 9.^a

en la primera clase de constituyentes, ó sea la de los endecasílabos de

6.^a y 10.^a

y también lo son los de

3.^a y 7.^a

en la segunda clase de los endecasílabos de

4.^a y 8.^a

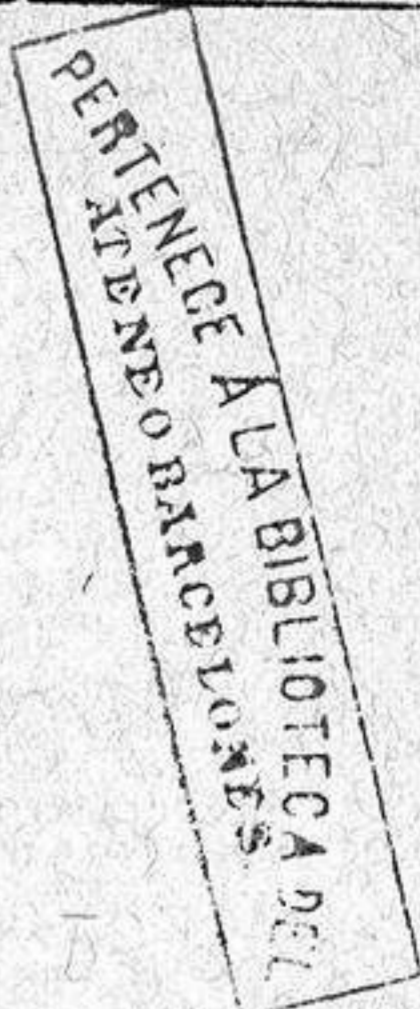
Y estos versos con acentos obstruccionistas resultan malos por una razón muy natural: porque los obstruccionistas impiden que se sienta bien la intensidad de los constituyentes.

Son, pues, combinaciones vitandas las que siguen:

1. ^a clase.	{	un obstruccionista :	(5. ^a 6. ^a 10. ^a)
		un obstruccionista :	(6. ^a 9. ^a 10. ^a)
		dos obstruccionistas :	(5. ^a 6. ^a 9. ^a 10. ^a)
2. ^a clase.	{	un obstruccionista :	(3. ^a 4. ^a 8. ^a 10. ^a)
		un obstruccionista :	(4. ^a 7. ^a 8. ^a 10. ^a)
		dos obstruccionistas :	(3. ^a 4. ^a 7. ^a 8. ^a 10. ^a)

Así, son malos versos los que siguen:

- | | | | |
|-------------------------|---|--|---|
| 1. ^a clase.. | { | 6. ^a 9. ^a 10. ^a | La famosa ciudad ; descollar torres (1) |
| | | 5. ^a 6. ^a 10. ^a | De la sepulcral lápida el volumen (2) |
| | | 5. ^a 6. ^a 9. ^a 10. ^a | Quién á la primer nada llamó caos (3) |
| 2. ^a clase.. | { | 3. ^a 4. ^a 8. ^a 10. ^a | Su bondad propia , paternal desvelo (4) |
| | | 4. ^a 7. ^a 8. ^a 10. ^a | Calumnia torpe y audaz honras quita (5) |
| | | 3. ^a 4. ^a 7. ^a 8. ^a 10. ^a | El triunfal arco baldón fué de España (6) |



No siendo, pues, obstruccionistas, caben acentos supernumerarios en cualquiera ó cualesquiera de las sílabas no constituyentes de los endecasílabos. Y es de notar el acierto de Rengifo al señalarlas en su catálogo.

Nuevos ejemplos :

- | | | | |
|--------------------------------|---|---|--|
| 1. ^a clase. | { | 2. ^a 8. ^a | Con pasmo universal de polo á polo |
| | | 2. ^a 4. ^a | Salió del mar la hermosa Citerea |
| | | 3. ^a | Un alarido agudo lastimero |
| | | 2. ^a 7. ^a | Inglés te aborrecí y héroe te admiro |
| | | 2. ^a 4. ^a 8. ^a | Vosotros dos también honor eterno |
| | | | etc. |
| 2. ^a clase. | { | 1. ^a | Ser á mi pecho impenetrable escudo , |
| | | 2. ^a | Y el ronco hervir de los volcanes calla. |

(1) Para que ese renglón fuera verso, era preciso pronunciar :

La famosa ciudad ; descóllar torres.

(2) Habría que decir :

De la sepúlcral lápida el volumen.

(3) Íd.:

Quien á la primer nada llámo cäos.

(4) Para que suene verso hay que pronunciar :

Su bódad propia , paternal desvelo.

(5) Íd.:

Calumnia torpe y áudaz honras quita.

(6) Id.:

El triúnfal arco báldon fué de España.

¡Parece mentira que haya habido quien dejara pasar esa aberración como verso endecasílabo!

El verso endecasílabo contiene, pues, ACENTOS OBLIGADOS en

6.^a y 10.^a

ó bien en

4.^a, 8.^a y 10.^a

y ACENTOS POTESTATIVOS de libre elección del poeta, quien puede colocarlos en las sílabas que más le convengan, excepto en aquellas donde resultarían obstruccionistas.

Recordar aquí es casi excusado, por lo muy sabido, que el endecasílabo tiene una sílaba más cuando acaba en esdrújulo y una sílaba menos cuando termina por voz acentuada en la última sílaba (de donde MARTÍNEZ DE LA ROSA deducía (!) que había cantidad métrica en español.)

Con ímpetu veloz el asta trémula	(12 síl.)
Por la acerada cota penetrando	(11 »)
Hiere , traspasa , parte el corazón.	(10 »)

Esto no ocurre sólo en los endecasílabos; es propiedad de todos los metros españoles, que, si acaban en esdrújulos, constan de una sílaba más, y de una menos cuando terminan por voz de acento en la final.

Ni tampoco hay que hablar aquí de la necesidad de evitar aliteraciones, cacofonías, etc.

Y extático ante ti me atrevo á hablarte
¿ que qué queda ? preguntas : Odio inmenso
al féretro tropel seguía triste ,
etc.

Pero entrar en estos pormenores sería no ir en derechura al objeto de este escrito.

Sólo conviene notar que, si los acentos inmediatamente anteriores á los constituyentes los hacen inadmisibles, no los inutilizan los inmediatamente posteriores

^{6.^a 7.^a}
 Por la postrera vez Sócrates habla ,
^{4.^a 5.^a 8.^a}
 Y, al fin , huyó quien ahuyentar solía
^{4.^a 8.^a 9.^a}
 El sacro autor que al colorín dió vida.

Concluido todo verso, se hace pausa, no precisamente de sentido, sino métrica, y, para que mejor se perciba que el verso ha terminado, se coloca la rima en estas sílabas finales.

La rima no es objeto de este trabajo ; pero no estará demás decir que los consonantes de las estrofas no han de ser asonantes entre sí, ni tampoco han de serlo de los consonantes de las estrofas que los preceden ni los siguen.

Pecan contra esta regla los asonantes en IA de la estrofa siguiente :

Tantas idas (ia
 Y venidas (ia
 Tantas vueltas
 Y revueltas
 Quiero , amiga (ia
 Que me diga (ia
 ¿Son de alguna utilidad?
 Idas y venidas

son asonantes de

amiga , diga ,

y el ser asonantes esas cuatro palabras hace que no se distinguan perspicuamente los finales de los versos (1).

Pero baste de esto.

OCTOSÍLABO.—Este metro ha de tener un acento en la 7.^a sílaba, y otro ú otros supernumerarios, á voluntad del poeta, en las sílabas restantes, con excepción, por supuesto, de la 6.^a, donde un supernumerario resultaría obstruccionista.

(1) Los antiguos pecaban de este defecto, en que hoy no caen los buenos versificadores.

^{1.ª} ^{4.ª} ^{7.ª}
 Hojas del árbol caídas
^{2.ª} ^{5.ª} ^{7.ª}
 Juguete del viento son
^{4.ª} ^{7.ª}
 Las ilusiones perdidas
^{1.ª} ^{3.ª} ^{7.ª}
 ¡Ay! son hojas desprendidas
^{2.ª} ^{7.ª}
 Del árbol del corazón.
 En las apacibles márgenes
 Del olivífero río,
 Al dolor inmenso mío
 Lenitivo quise hallar.
 Y en las hojas de los álamos
 Que viento leve mecía,
 ¡Oh insensato! yo creía
 Su dulce nombre sonar.

HEPTASÍLABO.—Este verso ha de tener un acento obligado en la 6.^a, y un supernumerario al menos en las sílabas restantes, exceptuando, por supuesto, la 5.^a, donde sería obstruccionista.

^{2.ª}
 Yo acaso de los últimos
^{4.ª}
 En escalar el Pindo
^{2.ª}
 Bebí de las castálidas
^{2.ª}
 Glacial inspiración ;
^{1.ª} ^{4.ª}
 Yo recogí en su cúspide
^{2.ª}
 Las flores que te brindo,
^{2.ª}
 Marchitas cual las íntimas
^{2.ª}
 Que guarda el corazón.

EXASÍLABO.—Acento obligado en 5.^a:
 pueden faltar los supernumerarios y puede haberlos

Si mi compañía
^{1.ª}
 Triste y desdichada

^{1.a} ^{2.}
 Por sola te agrada
^{1.a}
 Oye mi agonía.

PENTASÍLABOS.—Acento obligado en 4.^a :
 puede haber ó no supernumerarios.

^{1.a}
 Ven prometido
^{1.a}
 Jefe temido ,
^{1.a}
 Ven y triunfante
^{1.a}
 Lleva delante
^{1.a}
 Paz y victoria :
^{1.a}
 Llene tu gloria
^{2.a}
 De dicha el mundo :
^{1.a}
 Llego segundo
 Legislador.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
 ATENEO BARCELONES

Los adónicos tienen acentos obligados en

^{1.a} y ^{4.a}
^{1.a} ^{4.a}
 Céfiro blando
 Dile que muero
 Temo sus iras.

TETRASÍLABO.—Acento obligado en 3.^a :
 existen ó no supernumerarios en 1.^a

^{1.a}
 De ese brío
 Ligereza
 Y destreza
^{1.a}
 No me espanto
^{1.a}
 Que otro tanto
 Suelo hacer y acaso más.

* * *

Estos metros se combinan entre sí :

El de 11 sílabas con su quebrado el de 7 :

El aire el huerto orea
Y ofrece mil olores al sentido ;
Los árboles menea
Con un manso ruido
Que del oro y del cetro pone olvido.

El mismo 11 con el del 5 :

Filis un tiempo mi dolor sabía ,
Filis un tiempo mi dolor lloraba ,
Quísome un tiempo , más agora temo ,
Temo sus iras.

El metro de 7 con el de 5 :

Cuando subo á la huerta
De Mariquilla ,
Se me hace cuesta abajo
Lo cuesta arriba ;
Y cuando salgo ,
Se me hace cuesta arriba
Lo cuesta abajo.

El metro de 8 con el de 4 :

Recuerde el alma dormida ;
Avive el seso y despierte ,
Contemplando
Cómo se pasa la vida ,
Cómo se viene la muerte
Tan callando :
Cuán presto se va el placer ,
Cómo después de acordado
Da dolor ;
Cómo , á nuestro parecer ,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Por decontado, hay muchas maneras de combinar los

versos entre sí; pero el estudio de las estrofas no entra en la índole de este trabajo.

*
*
*

Reflexionando sobre lo que tienen de común metros de tan diversas medidas, bien pronto se echa de ver que en todos hay:

- 1.º—Acentos obligados.
- 2.º—Acentos potestativos.

E. BENOT.

CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS.



II.

Mi respetado señor: La historia me ha gustado siempre; pero la antigua de América ha tenido para mí singular atractivo. Quizá su misma oscuridad y misterio seculares han contribuido á esta predilección, á causa de la curiosidad y de las exigencias de la fantasía que en mí, como en muchísimas otras personas, han sido poderosas. Sin embargo, confieso á V. que no he profundizado esa historia como merece, no por falta de voluntad, pues ésta sobra siempre cuando hay verdadera afición á una cosa, sino por otras causas; no he tenido todos los libros necesarios, no he podido viajar, y la mayor parte del tiempo que he debido consagrar al estudio lo he gastado forzosamente en otras ocupaciones.

Muchas investigaciones se han hecho sobre el origen, historia y civilización de los indios, y todavía queda labor inmensa por hacer. Puede aplicarse á la historia primitiva del Nuevo Continente lo que Séneca el filósofo

decía de la verdad: *Multum ex illa etiam futuris relictum est.*

Hay en América problemas etnológicos y filológicos destinados probablemente á fatigar la inteligencia de los sabios, sin que lleguen á ser resueltos jamás. La ciencia habrá de contentarse con darles mil vueltas, é ir deduciendo apenas consecuencias más ó menos verosímiles de hipótesis aventuradas. El camino de la certidumbre está borrado por los siglos, y la ignorancia y la incuria de los hombres han arrancado la mayor parte de los mojonos del derrotero.

¿Cómo se pobló la América? ¿Á qué raza pertenecían sus primeros habitantes? ¿Por dónde vinieron? ¿Qué grado de civilización alcanzaron? Si los sabios no han podido descubrirlo, menos yo, que no tengo pizca de sabio. Con todo, nadie ni nada pueden impedirme que me atenga á tal ó cuál opinión, ó que, en vista de las indagaciones de otros, pueda formar mi juicio particular. Si es errado, lo será como el de tantos otros.

Tengo para mí que es absurda la idea de que América pobló el Asia y no al contrario. Esa idea es sin duda hija de un americanismo muy exagerado, ó del deseo de llamar la atención con una novedad de bulto. La adopción de esa idea, como de otras que se le parecen, aun prescindiendo de la ortodoxia, contra la cual chocan, vendría, en mi sentir, á aumentar que no á disminuir las dificultades de muchos puntos oscuros de la historia. La América recibió, no dió sus habitantes. Y lo verosímil es que los recibió del Asia y del África en diferentes épocas y por distintos puntos: las investigaciones de los sabios han descubierto muchas analogías entre los americanos y los tártaros y egipcios, y no entre aquéllos y otras razas del antiguo continente. Virey, que cita en su

apoyo á Coxe, Krascheninnicoff, Montgomery Pik y otros autores, cree que los indios de la América del Norte son de origen tártaro-mogol. Robertson, Humboldt y otros buscan también ese origen en Asia. Prescott, en su *Historia de la Conquista de México*, no ha querido remontarse en busca de las fuentes de las razas misteriosas anteriores á los Aztecas, mas parece inclinarse á darles carácter egipcio. El presbítero Dámaso Sotomayor ha dado á luz hace muy poco el primer tomo de su obra *Los Aztecas*, y estoy lleno de curiosidad de verlo; pues pretende el autor haber descubierto la clave para descifrar los jeroglíficos mexicanos, y su libro debe tener noticias muy importantes.

Parece que las puertas por donde entraron á América las diversas inmigraciones fueron el Noroeste y el centro. El estrecho de Behring, que sin duda fué istmo antes, sirvió probablemente de paso á algunas tribus del Asia aventadas por las vicisitudes de la suerte, ó simplemente en razón de su vida nómada; y en cuanto al Sur de México y á Centro América, no pertenezco al número de los que creen que jamás existió la Atlántida, la cual, haya sido un inmenso conjunto de islas ó un continente cuyos restos pueden ser las Canarias y las Antillas, sirvió, como no es probable, de puente á las inmigraciones egipcias. Y ¿quién sabe? quizá la tierra de donde vinieron los conquistadores en el siglo xvi, dió también su contingente á este Nuevo Mundo. El vigor, la actividad y la movilidad de las razas humanas primitivas estaban en armonía con las leyes geológicas, tanto más potentes y activas cuanto menos vieja la tierra: las tribus, por las guerras ó por la necesidad de buscar mejor clima ú otras condiciones favorables para la vida, vagaban de aquí para allá y hacían largos viajes sin pararse en dificulta-

des y peligros. La humanidad se ha vuelto estable y hase aquerenciado al terruño á medida que ha ido envejeciendo, así como las fuerzas geológicas han ido siendo menos violentas y produciendo trastornos menos terribles con el curso de los siglos. ¿Quién sabe cuántos pueblos y cuántas razas pasaron por la Península ibérica antes de los que señala la historia?

Entre los motivos para suponer fabulosa la existencia de la Atlántida, quizá el más poderoso es el de no hallarse ni la más ligera noticia de ella en la historia de Grecia, ni aun en los tiempos más oscurecidos por las ficciones míticas; circunstancia que para debilitarla no basta el reproche que Psenophis y Sonchis hacían á los griegos, cuando decían á Solón que éstos eran *niños que no sabían las cosas antiguas*. ¿Por que no habrían conservado alguna tilde siquiera de las ruidosas guerras de los atenienses con los poderosos reyes de la Atlántida, cuando algo nos han dicho de la de Erectheo y Eumolpo? ¿Por que no tuvieron tradición ninguna de cataclismo tan espantoso como el hundimiento de un continente ó una inmensa agrupación de islas, como conservaron la de la inundación del Ática y del diluvio de Deucalión? ¡Misterios insondables de la historia! Á no ser que, según la presunción del abate Brasseur de Bourbourg, las pequeñas Panateneas, fiestas instituidas por Erectheo I, hubiesen tenido origen en el triunfo de los atenienses sobre los atlántidas.

Plutarco, en la *Vida de Solón*, habla muy á la ligera de la Atlántida, con ocasión de haber intentado el legislador de Atenas escribir un poema sobre ella, y vacila entre dar ó no carácter histórico á la relación de los sacerdotes egipcios. «Solón, dice, había emprendido poner en verso esta grande *historia ó fábula* de la Atlántida, que

le habían referido los sacerdotes de Saís.» Con todo, y admitiendo que haya mucho de ficticio en el relato de éstos, creo que tienen razón los que juzgan que encierra un fondo de verdad. Plutarco mismo llama á Psenophis Heliopolitano y Sonchis el Saítico, *los más sabios de los sacerdotes egipcios*, y repugna el suponer que hubiesen querido engañar con una mentira á otro sabio como Solón. Platón, por otra parte, no insinúa que Solón hubiese dudado de la veracidad de aquellos sacerdotes. En todo caso, creo que debe aceptarse un hecho verosímil cuando concurre á facilitar la explicación de otro hecho, que sin él sería de más difícil comprensión.

Existió, pues, la Atlántida, de la cual ó por la cual vinieron en distintas épocas las gentes que del Sur de México y de la América Central se fueron repartiendo paulatinamente por el Sur, el Este y el Oeste del inmenso territorio, uno de cuyos extremos se avecina al Antártico, y cuyas costas, desde las grandes Antillas y el golfo de Tehuantepec, bañan el Atlántico y el Pacífico. Las corrientes de inmigración que tiraron por el Oeste poblaron los territorios de Nueva Granada, Ecuador, Perú y Chile; las que se extendieron por el Este, Venezuela, las Guayanas, el Brasil, etc. Sería inaceptable la idea de que las inmigraciones en que me ocupo no se extendieron también por el Norte; mas quién sabe hasta qué grado de latitud. Lo presumible con bastante fundamento es que esta parte de la América recibió su mayor caudal de pobladores por el estrecho de Behring.

¿Fueron simultáneas las inmigraciones del Oriente y del Norte, ó al contrario? ¿Cuáles fueron, en este caso, las primeras? ¿En qué tiempo se verificaron? Cuestiones irresolubles. Vamos á lo que admite conjeturas más aceptables. Buena parte de los extranjeros que por la Atlán-

tida se vinieron á las tierras centrales del Nuevo Continente, se quedaron naturalmente en ellas, y fundaron las ciudades cuyas misteriosas ruinas se admiran todavía. El mayor y más frecuente contacto con los atlántidas contribuyó al desarrollo de su civilización, la cual vino tal vez á menos desde que el cataclismo recordado hizo desaparecer á éstos y aisló la América del resto del mundo. Al mismo tiempo se fundaban acaso, crecían y se civilizaban las naciones del Norte. En varios otros puntos de México, lo mismo que en Yucatán y Miztla, se han hallado ruinas prehistóricas que guardan los secretos de pueblos avanzados en cultura. Las cabañas que habita el salvajismo desaparecen en el transcurso de un día, y sólo las moradas y templos que ha levantado la civilización resisten á la destructora labor de los siglos.

El barón de Humboldt cree que los *Toltecas* se establecieron en México en el siglo VI, y seiscientos años después pone la invasión de los *Aztecas*, nación aguerrida y conquistadora, que los venció y arrojó hacia el Sur. Según Prescott, la aparición de los primeros debió ser probablemente á fines del siglo VII. «Después de un período de cuatro siglos, añade este célebre historiador, los *Toltecas*...., desaparecieron del país con el mismo silencio y misterio con que habían venido.... La mayor parte de la nación, según todas las apariencias, se dispersó por las regiones de la América Central y por las islas vecinas.» ¿Por qué no se podría suponer con fundamento que este *pueblo extraordinario*, como lo llama el mismo Prescott, despojado del territorio que había poseído durante cuatrocientos años, fué á su turno la oleada arrasadora que cayó sobre el pueblo culto, y quizá feliz, que moraba en Yucatán y en la lengua de tierra que divide los dos océanos? Y las reliquias de esta nación emi-

graron quizá al Mediodía, abandonando las ruinas de la patria. Juzgo probable que Centro-América sea la cuna de los *Shiris* y de los *Incas*. Fueron éstos tal vez los Eneas americanos, y en Palenque debemos ver las venerandas cenizas de la Ilíon india que no ha tenido Homeros y Virgilio que la inmortalicen. Quizá también algunos restos de esa nación vencida y despojada sean las raíces de los *Zippas*, y aun que entre ellos deba buscarse al misterioso *Bochica* ó *Nemquetheba*.

La época de la desaparición de los *Toltecas* del suelo mexicano, y por consiguiente de su irrupción á Yucatán y el istmo (fines del siglo xi ó principios del xii), coincide con los orígenes del imperio de los *Incas*. Una tradición insegura coloca el arribo de la nación *Cava* á la costa ecuatoriana en el siglo viii, y la conquista de Quito por la misma hacia fines del x. Si no hay fundamento ninguno respetable para fijar la época de estos dos sucesos tres ó cuatro siglos antes de aquellos, como se ha hecho, no queda obstáculo á la hipótesis de que ocurrieron en el mismo siglo de la venida de Manco-Cápac y Mama-Oello al Perú. Por lo demás, la circunstancia de que la nación que redujo á condiciones racionales y bastante cultas las tribus salvajes y bárbaras de las tierras ecuatoriales, fué hermana de quienes entraron la civilización en las tribus del Perú, está bastante bien probada por la comunidad de la lengua, la idolatría y las costumbres.

Después de estas breves reflexiones hijas de mi afición á las antigüedades de América, y de las cuales dirá V. con justicia que no tienen que ver con sus *Cartas americanas* dirigidas á mí, volvamos á éstas.

Duda V. que hubiese habido en América, «en el momento en que los españoles la descubrieron», «una magnífica civilización» próxima á ser creada y difundida, y

añade : «No hay que buscar este pensamiento en otros autores ; V. mismo le expresa á menudo». No he creído ni creo que «todo iba muy bien por aquí», ni que una magnífica civilización estuviese á punto de venir y difundirse entre los indios : existía ya una civilización relativamente muy notable,—esto es lo que he pensado ; pero este pensamiento no es mío, sino de muchos escritores, no sólo americanos, que pudieran ser sospechosos de parcialidad, mas también de europeos, sin que falten entre éstos muchos españoles. Pudiera yo citarlos, á no tenerlo por innecesario al dirigirme á persona tan instruida é ilustre como V., y sólo como recuerdo hecho entre los dos en plática amistosa, traeré unos pocos.

El conde Carli, que compara á Manco-Cápac con Fohi, elogia á los incas, y dice que «será eterna gloria de su sabio gobierno que la máxima fundamental haya consistido en obligar á los súbditos á ser felices». «El imperio del Perú, añade, fué el único de toda la tierra que llegó á un objeto tan digno de la humanidad.» Presenta después el sistema de gobierno, y agrega que «era seguramente mejor que todos los que se han podido imaginar en nuestro hemisferio ; porque los ciudadanos, no solamente debían ser felices con este sistema, sino que era necesario que lo fuesen, aun á pesar de ellos mismos». El P. Calancha, cronista de la Orden de San Agustín en el Perú, decía que, «verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo que tuviesen mejor gobierno que los incas», y el marqués de Nadaillac creía que tal vez en ningún pueblo del mundo había desplegado el hombre mayor energía que en el Perú. Tantos pareceres juntos de escritores respetables, abonan mi juicio favorable á los indios. Parece que los incas se hubiesen propuesto un sistema utópico ; mas lo cierto es que lo realizaron, y

bien merecían figurar en los *Estudios sobre los Reformadores* de M. Luis Reybaud. El imperio del Perú en la época de los incas, ¿no se parecía al Paraguay y al Paraná cuando los gobernaban los Jesuítas?

Prescott abunda también en la idea de la civilización de los mexicanos y peruanos, y mesurado en sus apreciaciones y juicioso en la aplicación de copiosa erudición bebida en buenas fuentes, es uno de los historiadores más dignos de fe y de respeto. Cree el escritor bostoniano que hubo una civilización anterior á los incas, como otros lo han presumido; pero sea esto así, ó sea Manco-Cápac quien trajo las simientes de la cultura, queda en pie el hecho de que ésta existió al tiempo de la conquista de los españoles.

D. Sebastián Lorente, español, en su *Historia de la Conquista del Perú*, habla repetidas veces de la sorprendente civilización á que había llegado el imperio de los Incas. Permítame V. citar algunas de sus palabras: «El comercio marítimo de los peruanos y las conquistas de los incas habían hecho conocer á los remotos salvajes del Darién, que hacia el Sur existía una gran nación civilizada y opulenta». «Á su regreso, Molina (explorador enviado por Pizarro), á quien habían encantado aquellas mujeres cariñosas, de tierna mirada y dulce sonrisa, y aquel país lleno de atractivos de una civilización pura y sencilla», etc., encomió ésta con entusiasmo. Agrega Lorente que Candía y Soto, compañeros de Pizarro, confirmaron después lo dicho por Molina, y aun dieron idea más alta de la cultura de los indios. En la *Historia de la Civilización Peruana*, del mismo Lorente, hallo estas líneas que encierran una apreciación semejante á la del conde Carli y el marqués de Nadaillac: «La civilización del Perú hubo de producir bajo los incas sorpren-

dentes efectos por la solidaridad de acción entre algunos millones de hombres, por la continuidad de los mismos esfuerzos durante siglos y por su propia fuerza de desarrollo: mientras en el interior se levantaban obras colosales y adelantaban las artes de la paz y se gozaba más suma de bienestar que en la mayoría de los países civilizados, se extendían á lo lejos el ascendiente y los beneficios de aquella singular cultura. Así los hijos del sol, bajo cuyo gobierno se confundía el interés de la patria con el de la autoridad, llegaron á formar un imperio rival de los grandes imperios del Asia por la extensión, y superior á todos ellos por el orden social y por el carácter paternal de la administracion».

Basta, pues no quiero que V. se aburra con las muchas citas: quédense en el tintero otras cien pruebas de la civilización de nuestros antiguos indios, así las suministradas por autores que merecen fe, como las que pudieran sacarse de los estupendos caminos de los Incas, de sus obras de arquitectura, de la perfección á que llegaron en algunas artes, etc., etc. Sólo añadiré dos palabras acerca de la poesía quichua. Así como he tenido defensa, poderosa á mi juicio, en punto á mis aseveraciones en la *Ojeada* favorables á la civilización en general entre los americanos, tendríala también respecto de la poesía, que fué una de las manifestaciones de esa civilización. Al hablar de una corta poesía que inserté en dicha obra, dice V.: «Los tales versos son la única reliquia que ostenta V. de la genuina civilización de esas tierras, donde no sólo había *aravicos* ó poetas, sino también *amautas* ó sabios y filósofos». Perdone V. que corrija una equivocación en esas líneas: yo no he dicho que esa *piececita sencilla y graciosa* nos da alguna idea de la *civilización* de los antiguos indios, sino de su *genuina poesía*. Si de

:

aquella hubiese querido tratar detenidamente en la *Ojeada*, otras *reliquias* habría ostentado para comprobarla. Yo no definiendo aquí esos versos; los tomé de los *Comentarios Reales* de Garcilaso, y ahora los dejo á cargo del conde Carli y del historiador Prescott: el primero los compara á «un himno de Orfeo dirigido á Juno», y el segundo los califica de composición «ligera y graciosa». Éste dice también que los peruanos manifestaban alguna disposición para las representaciones teatrales, y añade: «Las piezas peruanas aspiraban á los honores de la composición dramática, sostenidas por los caracteres y el diálogo, y fundadas algunas veces en argumentos de interés trágico, y otras en los que por su carácter naturalmente ligero y familiar corresponde á la comedia. En el día no tenemos medios para juzgar de la ejecución de estas piezas. Probablemente sería bastante grosera, como correspondía á un pueblo aún no formado; pero cualquiera que hubiese sido la ejecución, el haber concebido la idea de una diversión de esta clase es ya una prueba de cultura que distingue de una manera honrosa á los peruanos de las demás razas americanas, que no conocían más pasatiempo que la guerra ó las diversiones feroces que reflejan su imagen».

En cuanto á la sabiduría y filosofía que cultivaron los americanos, me permitirá V. hacer dos reflexiones. Hemos visto por el testimonio de la historia que llegaron á fundar grandes y poderosos imperios, y que los incas, sobre todo, crearon una legislación «cuya máxima fundamental consistía en obligar á los súbditos á ser felices», y que «el imperio del Perú fué el único de toda la tierra que llegó á un objeto tan digno de la humanidad». Para esto, ¿no era preciso que los incas fuesen sabios y filósofos? ¿Cómo sin serlo pudieron acertar en cosa tan difí-

cil? Algo de ciencia poseyeron los *amautas*, así como los pensadores del Anáhuac, lo cual está probado con los calendarios, los cómputos cronológicos, las columnas gnomónicas, el orden y solidez de las construcciones arquitectónicas, la nivelación de caminos y canales, etc.

Parece que V. duda que el quichua hubiese sido excelente lengua, como lo había dicho yo en la *Ojeada*. En efecto, creo que nunca habría competido con algunos idiomas perfectos y cultos del mundo antiguo, así los muertos como los que se hablan en las sociedades modernas; sin embargo, si V. conociese el quichua, juzgo que no tendría por exagerado el elogio que hice de él. Prescott lo califica de hermoso, y añade que «el quichua llegó á ser el más rico y variado, así como el más elegante de los dialectos de la América del Sur». Para corroboración de mi sentir acerca de la lengua en que me ocupó, había citado yo una sentencia de difícil traducción al español; pues bien, cosa parecida acaba de hacer quien conoce mejor que yo el quichua, hasta poder escribir en él bellísimos versos.

El Dr. D. Luis Cordero, ilustradísimo académico y querido amigo mío, en sus excelentes *Observaciones sobre las principales poesías* del malogrado Zaldumbide, que acaban de ver la luz en la entrega 7.^a de las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*, dice: «Nunca olvidará quien esto escribe la acerba reconvención que un pobrecito indio del Azuay dirigía al Todopoderoso, en el instante de echar la postrera palada de tierra sobre el cadáver de un vigoroso adolescente. ¡Ay Señor!, decía en el colmo de la angustia, ¿á qué fin los crías, si has de sembrarlos así en el seno de la tierra? Quien conozca la doliente energía, la singular ternura de la lengua de

nuestros aborígenes, podrá graduar con exactitud lo patético de la queja.»

Dejo para la siguiente carta algunos pensamientos más sobre la civilización y unas cortas reflexiones acerca de la conquista.

Quedo de V. respetuoso y atento S. S.

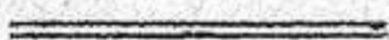
J. LEÓN MERA.

NOTICIAS



Cuando un escritor llega al límite de gloria y fama á que ha llegado Galdós, el público lee con curiosidad y busca con empeño las primicias y los desperdicios de su pluma. Por eso es de agradecer que haya recogido en un volumen, al lado del precioso cuento ó apólogo fantástico *Celín*, ya incluido en el tomo de *Los Meses*, que editó la casa Henrich de Barcelona, otra fantasía titulada *La Sombra*, la cual, según su autor, data de una época, *que se pierde en la noche de los tiempos*: de los años 66 á 67

Ni el cuento ó novela corta es el género predilecto de Galdós, cuyo pincel se mueve más á sus anchas en lienzos de vastas proporciones, ni *La Sombra* da la medida de las facultades del ilustre narrador, aun para estas mismas composiciones breves. Pero, lo repetimos: además de que nada de lo que produce el ingenio de Galdós puede ser despreciable, hay en el tomito de *La Sombra* más de una bella página que leerán con deleite los admiradores del autor de *Realidad*.



Una Cristiana.—Tal es el título que ha puesto á su reciente novela, ó al menos, á la primera parte, ya publicada, la famosísima autora del estudio sobre *La Mujer española*, tan leído, comentado y reproducido en la prensa estos días.

La última producción novelesca de la Sra. Pardo Bazán, no se cuenta en el número de los cuadros propiamente de género, como *Insolación* ó *Un destripador de antaño*; pertenece á la otra categoría, á la de las novelas que trascienden y hacen meditar, y sugestionan poderosamente al lector;

á la clase de *La Madre Naturaleza y Bucólica*. Creemos que existe íntima relación entre el primer artículo de *La Mujer española* y el problema de *Una Cristiana*. La Sra. Pardo Bazán, que presta oído muy atento á las cuestiones morales, sociales y religiosas, pareciéndose en esto á Alejandro Dumas, hijo, más de lo que ella misma creará, ha discurrido mucho sobre el antagonismo de las almas femenina y masculina, y sobre *el hombre racionalista y la mujer creyente*. Esta oposición es la base de su última novela, donde el problema está de mano maestra planteado, ya que no resuelto, porque la novela no se ha concluido aún.

El talento múltiple de la autora aparece en este hermoso libro más depurado cada vez y más apartado del naturalismo brutal de los serviles imitadores de Zola. Su estilo tan elocuente, limpio y caudaloso, va pareciéndose cada día más al del escritor con quien mayores analogías ofrece la ilustre gallega, que es, en nuestra opinión, el ruso Tourgueneff, particularmente en las notas de paisaje y en el análisis de los sentimientos, en que encontramos muy semejantes á los dos novelistas.

Nótase igualmente en el nuevo libro de la Sra. Pardo Bazán equilibrio perfecto entre la descripción y la narración. La pincelada nunca ha sido más justa ni más sobria tampoco. Hay allí constante propósito de no falsear nada, ni sacrificar las bellezas poéticas de la realidad á las galas de la retórica. Quien puede escribir tan castiza y académicamente como la Sra. Pardo tiene demostrado, y no obstante sacrifica á la verdad la misma ostentación de la forma, manifiesta que le domina la conciencia artística y que, como los buenos dibujantes, no hace un apunte sin tener el modelo á la vista.

De propósito no decimos nada del argumento, porque sería dejar en esqueleto lo que está vestido de carne hermosa. Sólo añadiremos que, por lo visto, la reciente novela de la Staël española señala, con *Los Pazos* y *La Madre Naturaleza*, el apogeo de un ingenio que tiene mil facetas, y, sin embargo, ostenta siempre su original y robusta personalidad literaria.

Según anuncia la casa editorial, la segunda parte de *Una Cristiana* no tardará en ver la luz. La esperamos con ansia para completar este imperfecto juicio crítico, y también para *ver en qué para*, pues nos ha despertado interés.

Con el título de *Nuevas Cartas americanas*, ha publicado un bonito libro nuestro ilustre colaborador D. Juan Valera.

Gran mayoría de los artículos recogidos en este volumen han sido

publicados en LA ESPAÑA MODERNA, circunstancia que nos priva de elogiarlos con el entusiasmo que merecen, tanto éstos como todos los escritos del esclarecido autor de *Pepita Jiménez*, cuyas dotes de escritor eminente han sido reconocidas infinitas veces por los más reputados críticos.

También ha salido prologado y elogiado por D. Juan Valera un libro de D. Pedro Sala, *El verbo de Dios*, escrito con ingenio; pero, á nuestro entender, de funesta doctrina.

Retazos científicos y cabos sueltos se titula un pequeño libro, en el cual expone D. P. Gascón de Gotor algunas teorías modernas de la física, la historia de la fotografía y varios estudios biográficos é históricos aragoneses.

Zola, cuyos primeros pasos en el campo de las letras fueron tan difíciles, respondió á un amigo que le preguntaba cómo había logrado que el público se fijase en sus obras.

—De las primeras (dijo el maestro), nadie hacía caso; de las segundas, tampoco; pero tantas arrojé á la calle, que formaron barrera, y el público se paró.

Recordamos esta anécdota al hojear el nuevo libro *Lujuria*, de García Alemán, uno de los más laboriosos y constantes escritores de la naciente generación literaria.

¿Logrará que el público se pare ante la barrera de sus obras, las lea y las aplauda?

¡Quién sabe! El talento y la constancia lo pueden todo.

Como prueba de ello, ya que empezamos esta noticia con una anécdota de Zola, referiremos otra que vimos hace poco en un periódico francés.

Hacia el jefe del naturalismo las visitas de costumbre á los miembros de la Academia cuando pretendió recientemente el sillón que dejó vacante Emilio Augier.

—Tengo paciencia, soy testarudo (dijo el novelista á Camilo Doucet); me estaré presentando hasta que me recibáis.

— ¡Oh! ¡Sr. Zola, estad tranquilo! Nosotros pondremos á prueba

vuestra paciencia , pero no vuestra tenacidad. Creedme; haced visitas.... ¡Haced visitas!

Esto mismo aconsejamos á García Alemán ; que sea paciente , tenaz si es preciso , y veremos.

Fr. Candil ha recogido en un grueso volumen los artículos suyos de crítica y sátira que durante los últimos años ha publicado en varios periódicos de ambos mundos.

En la colección hay de todo , como en los epigramas de Marcial; bueno , mediano y malo.

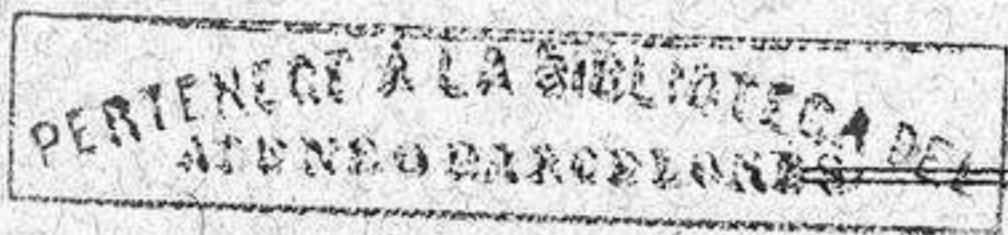
Páginas escritas al correr de la pluma luego de leídos los libros á que se refieren , forman un tomo de impresiones más que de verdaderos juicios críticos meditados y sujetos á un sistema estético preconcebido.

¡Con qué distinto criterio está juzgado cada autor en el libro de Fr. Candil!

Los Goncourt , en su Diario , hablan de un crítico francés á quien echaron en cara su distinta manera de tratar á cada escritor :

— Eso (respondió el aludido) obedece á un antiguo propósito. Si midiese á todos con igual rasero , si mis críticas se inspirasen en leyes fijas, ¿quién habría leído durante cuarenta años mis artículos? ¿No serían insoportables de pesados?

¿Es tal vez por esto de la variedad por lo que el libro de Fr. Candil se lee con tanto agrado?



El Sr. D. José Ixart ha publicado , lo mismo que los años anteriores, un volumen que comprende las críticas escritas por él durante el año pasado , y dadas á luz en varios periódicos , sobre las letras y las artes en Barcelona.

Lo que respecto á este ilustre crítico , uno de los pocos que lo son de veras en España , dijo Clarín en nuestra REVISTA en Julio de 1889 , podría repetirse ahora á propósito del nuevo volumen.

Ixart , ilustrado como pocos en toda materia de letras clásicas y co-

necedor del moderno movimiento literario internacional, sólo tiene para nosotros el defecto de no hacer extensiva su crítica á la literatura general de toda España.

El Mal, novela en dos tomos dedicada al Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta. El principal mérito de este libro, según afirma su autor D. José G. García González, consiste en figurar el nombre del ex-presidente del Consejo de Ministros en la más preferente de sus páginas.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

El catedrático de Retórica y Poética D. Marcelo Macías, ha publicado dos curiosos libros: *Epístola á los Pisones* y *Poetas religiosos inéditos del siglo xvi*. El primero tiene por objeto poner en manos de los jóvenes que se dedican al estudio de la Retórica y Poética una traducción, ni tan servil y atada como las interlineales, ni tan libre y suelta como las poéticas. Pero el Sr. Macías va más lejos, y no se contenta con publicar la epístola famosa del Cisne de Ofanto, sino que la comenta y prologa con multitud de noticias que revelan la competencia del autor en la lengua latina y su trato con los poetas del romano siglo de oro.

El segundo libro del Sr. Macías viene á enriquecer con la publicación de un manuscrito que perteneció al ilustre Jovellanos la colección ya rica de poetas religiosos castellanos del siglo xvi. Copiosa muestra de poesías de Cabrera y Aramburu, y por fin la *Batalla de la muerte*, de Sáyago, y las *Lágrimas del Apóstol San Pedro*, de Jerónimo de los Cobos, forman este volumen curiosísimo, con cuya publicación ha prestado el Sr. Macías un buen servicio á la literatura patria.

El Círculo Tradicionalista de Madrid abrió un certamen nacional, conmemorativo al 13 centenario de la Conversión pública de Recaredo y proclamación de la fe católica como Religión del Estado. Fruto de ese certamen ha sido un excelente volumen de 440 páginas, ricamente im-

presas en excelente papel. *Recaredo y la unidad católica, estudio histórico-crítico* se titula el libro de que es autor D. M. Hernández Villaescusa, escritor desconocido hasta hoy para nosotros, que sale al campo literario combatiendo el liberalismo, no con insultos y burlas, como hacen muchos de su escuela política, sino con razones históricas y filosóficas, dignas de tenerse en cuenta. Algo podía decirse en contra de las afirmaciones del Sr. Villaescusa, á quien hay que reconocer, sin embargo, gran erudición, un estilo batallador y brillante, y la habilidad, rara entre nosotros, de tratar con amenidad asuntos estériles de suyo.

Los Sres. Sáenz de Jubera, Hermanos, han comenzado la publicación de una biblioteca tan escogida y elegante, que hace honor á su casa y á la tipografía española.

El texto de los tomos publicados es de agradabilísima lectura, y las ilustraciones, sembradas con profusión entre las páginas, son artísticas en grado sumo.

Roberto Helmont, Treinta años de París, Recuerdos de un literato, La lucha por la existencia, Mujeres de artistas, son libros que en Francia gozan general renombre, y que nunca hasta hoy fueron puestos en lengua castellana: con decir que todos han salido de la pluma de Alfonso Daudet, queda hecho su mayor elogio.

También forman parte de la colección Jubera *Urania*, de Camilo Flammarión, y el libro de Miguel Moya *Oradores políticos*, al cual hemos dedicado un largo artículo en LA ESPAÑA MODERNA del mes de Junio.

El último tomo publicado, *La bella Nivernesa*, es delicadísimo; se lee irremisiblemente de un tirón, y se recomienda por el interés que despierta y la moral que encierra.

Esto de la moral lo tiene presente siempre la casa editora; por eso pueden recomendarse, en general, sus libros á toda clase de personas.

Lo más notable de esta colección es el precio baratísimo á que se vende; con ser tan bello, cada tomo sólo cuesta tres pesetas y cincuenta céntimos.

Pocos libros ven la luz en España con tanta gallardía de estilo y tanto conocimiento de causa escritos como el publicado recientemente por don Miguel López Martínez acerca de *El absentismo y el espíritu rural*.

Trátase en esta obra de la emigración y del descuido con que propietarios, trabajadores y gobernantes miran el cultivo de los campos y el fomento de la industria rural.

Un detenido examen del absentismo entre los romanos sirve de motivo al Sr. López Martínez para explicar de qué manera pueden sobrevenir aquí desgracias iguales á las que cayeron sobre Roma, debilitándola hasta el punto de no poder resistir la invasión de los bárbaros.

Algo hay en esta parte del libro que más que de la historia antigua parece sacado de la historia española de nuestros días, y muchas de las consideraciones hechas por el Sr. López Martínez será preciso tener en cuenta y poner en práctica sus consejos, si no queremos caer en la esclavitud de pueblos que se curan más y con más inteligencia y constancia que nosotros de las cuestiones agrícolas.

Hermano gemelo del libro de que nos ocupamos en la noticia precedente puede considerarse otro, publicado por el sabio ingeniero D. Lucas Mallada, colección de artículos que vieron la luz en un periódico con el título de *Los Males de la patria*.

Claramente expuestas quedan en las 360 páginas las llagas que por efecto de la pereza y la ignorancia nacional, la incapacidad de los gobiernos, la inmoralidad pública, el desbarajuste administrativo, etc., etc. corroen á la patria.

¡Qué triste idea formarán de nosotros los extranjeros que lean este libro! Seguramente les inspiraremos lástima, ó desprecio, que para todo hay motivo.

¡Qué tristeza causa la última parte del tomo, en la que el autor se ocupa de nuestros partidos políticos!

La elocuencia de aquellos datos, que no dejan lugar á duda, es abrumadora, y pide á gritos reformas que cambien la cosa pública en cualquier sentido, segura de que no puede empeorar.

Es lástima que el Sr. Mallada se concrete á descubrir los males, callándose los remedios que, en su sentir y en el nuestro, son tan necesarios. Las economías mejorarían algo la situación, pero no la sanarían por completo.

Esperamos que en la segunda parte de *Los Males de la Patria* nos diga su autor lo que ha callado ahora.

A. Houghthon era en España muy conocido como corresponsal de importantísimos periódicos extranjeros.

La sinceridad y discreción con que ha tratado siempre de nuestra política en muchas publicaciones europeas, su ameno trato, su ilustración, y el conocimiento profundo que tiene de nuestro idioma, captáronle las simpatías de los personajes que más han intervenido en la política de veinte años acá. Nadie, por lo tanto, más á propósito que él, por las dotes que dejamos apuntadas, por su cualidad de extranjero y su imparcialidad notoria, para escribir la historia contemporánea.

El libro que acabamos de leer *Les origines de la restauration des Bourbons*, empieza relatando el golpe famoso del 3 de Enero, y describe aquellas Cortes tumultuosas que derrotaron á Castelar, á quien rinde justicia por sus esfuerzos para restablecer el orden, por tanto tiempo perturbado, y la disciplina del ejército.

Testigo Houghthon de las campañas del Norte, hace consideraciones sobre los que no supieron aprovechar las victorias obtenidas para concluir pronto la guerra, y señala la falta de tacto político de los que por torpeza no evitaron á tiempo el golpe de Sagunto, formando un gobierno fuerte que contrarrestara los adelantos de los conspiradores.

La venida de D. Alfonso se imponía como único medio de salvar á la patria de los desastres á que la condujeron los radicales, y así lo reconoce y proclama el Sr. Houghthon, quien hace justicia á Sagasta y al duque de la Torre por su patriotismo, prefiriendo dejar sus puestos á los restauradores, antes que teñir en sangre las calles de Madrid con una nueva lucha que hubiera resultado estéril.

INDICE

Páginas.

SECCIÓN EXTRANJERA.

<i>Balzac</i> , por Emilio Zola.....	5
<i>España</i> , por Gabriela Cunninghame Graham.....	72
<i>La arlesiana</i> , por Alfonso Daudet.....	107
<i>El poeta Don Serafín Estébanez</i> , por Víctor Cherbuliez.....	113

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

<i>La cuestión social y la paz armada</i> , por Concepción Arenal.....	133
<i>La mujer española</i> , IV, El pueblo, por Emilia Pardo Bazán.....	143
<i>La metafísica y la poesía ante la ciencia moderna</i> , III, La ciencia moderna, por Campoamor.....	155
<i>Holandeses en América</i> , Expedición del almirante Cordis al Pacífico, 1600, por Cesáreo Fernández Duro.....	166
<i>Versificación por pies métricos</i> , I, Parte histórica, por E. Benot.....	171
<i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , II, por J. León Mera.....	202
<i>Noticias</i>	215
